



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA.

FUNDADOR Y PROPIETARIO.—D. EDUARDO ASQUERINO.

PRECIOS DE SUSCRICION: En España, 24 rs. trimestre, 96 adelantado.—En el EXTRANJERO, 40 francos al año, suscribiéndose directamente; si no, 60.—En ULTRAMAR, 12 pesos fuertes.

ANUNCIOS EN ESPAÑA: medio real línea.—COMUNICADOS: 20 rs. en adelante por cada línea.—REDACCION Y ADMINISTRACION: Madrid, calle de Florida Blanca, núm. 3.

Los anuncios se justifican en letra de 7 puntos y sobre cinco columnas.—Los reclamos y remitidos en letra de 8 puntos y cuatro columnas.—Para mas pormenores véase la última plana.

COLABORADORES: Señores. Amador de los Rios, Alarcon, Arce, Sra. Avellaneda, Sres. Asquerino, Auñon (Marqués de), Alvarez (Miguel de los Santos), Ayala, Alonso (J. B.), Araquistain, Alberto de Quintana, Becquer, Benavides, Bueno, Borao, Bona, Breton de los Herreros, Campomanes, Camus, Canalejas, Cañete, Castelar, Castro y Blanc, Cánovas del Castillo, Castro y Serrano, Conde de Pozos Dulces, Colmeiro, Correa, Cueto, Sra. Coronado, Sres. Dacarrete, Eguilaz, Escosura, Estrella, Fernandez Cuesta, Ferrer del Rio, Figuerola, A. Pita, Figueroa (Augusto Suarez de), Forteza, Félix Pi-zueta, Garcia Gutierrez, Gayangos, Graells, Harzenbusch, Janer, José Feliu, José Joaquín Ribó, Lopez Garcia, Larra, Larrañaga, Lasala, Lorenzana, Llorente, Labaila (D. Jacinto), Madoz, Mata, Mañé y Flaquer, Montesino, Molins (Marqués de), Matos, Moya (F. J.), Ochoa, Olavarría, Olózaga, Palacio, Pasaron y Lastra, Pl Margall, Poe, Reinoso, Retes, Ribot y Fontseré, Rafael Blasco, Rios y Rosas, Rivera, Rivero, Romero Ortiz, Rodríguez y Muñoz, Rosa y Gonzalez, Ros de Olano, Rossell, Ruiz Aguilera, Rodríguez (Gabriel), Selgas, Sanz, Segovia, Salvador de Salvador, Salmorón, Serrano Alcázar, Sanmartín y Aguirre (D. José F.), Teodoro Llorente, Trueba, Torres Mena (D. J.), Varela, Valera, Vicente Boix, Wilson (la baronesa de).

SUMARIO.

Revista general, por F.—Discursos de los Sres. Ruiz Zorrilla, Sanromá, Martos y Rivero en la reunion del día 16.—Estudios literarios. Juan Güell y Ren-té. Odas, por D. Andrés Avelino de Oribea.—Proceso de la Commune de París.—Estudios críticos sobre el Fausto de Goethe, por D. Mariano Calavia.—Contestacion de D. Juan Eugenio Hartzenbusch al discurso leído ante la real Academia Española, en la recepción pública de D. Salustiano de Olózaga el día 25 de Abril de 1871.—Movimiento religioso. El reverendo C. Noysey en Saint-Georges Hall. (De el Daily Telegraph).—Discurso del señor don Francisco de Paula Canalejas, individuo de número de la real Academia Española, leído ante esta corporacion en la sesion pública inaugural de 1871. Los Autos Sacramentales de D. Pedro Calderon de la Barca.—Minas de Almadén, por D. José Navarro y Heigadas.—Poesías alemanas, por D. E. S.—Anuncios.

LA AMÉRICA.

MADRID 28 DE NOVIEMBRE DE 1871.

REVISTA GENERAL.

I.

Desengaños progresistas llamaría yo a este artículo, si no tuviera otro epígrafe, algo inexacto, porque aquí se habla de varias cosas y de otras más, que ninguna es la política universal; pero suficiente al cabo para dar idea de lo que se piensa decir, al que ya está en el secreto de cómo escribimos estas crónicas.

Bien que el engaño de los progresistas, ha mucho tiempo conocidos por la extrema sencillez de su carácter, no puede parecer cosa rara, cuando tantos otros que militan lejos de nuestras filas, aparecen igualmente burlados por los sucesos de la última quincena.

Pensábamos que la existencia del ministerio Malcampo no duraría más que las representaciones de esas farsas en que el traidor queda siempre castigado antes de la tercera intriga, y la justicia siempre satisfecha antes de la tercera ofensa, y vá para dos meses la duracion del sainete gubernamental.

Pensábamos que el imperio del Sr. Sagasta caería al primer desden de la fortuna, y hélo ahí gozando del sosiego que faltó a sus contrarios; más seguro el día de la derrota, que confiado el día de los triunfos. Tan confiado, y tan seguro y tan firme, que el ilustre resellado sin ser gobernante mueve a su capricho los ánimos del Gobierno, aplaca con su gesto las tormentas ministeriales, y burla con su consejo las esperanzas de la opinion.

Pensábamos que en estos tiempos que parecen consagrados a ensayar la última modificación de los poderes irresponsables, y en estas crisis que alguien creerá provocadas para someter a prueba las excelencias de la monarquía, debieran tenerse por fallos inapelables las advertencias del Parlamento, en las cua-

les el pueblo manifiesta sus necesidades y pide remedio cuando lo há menester; más ya habrás visto, confiado lector, como sin escuchar las demandas de tus procuradores, ni consultarte directamente por medio de nuevas elecciones, se puede poner término a la más grave y señalada crisis que hayan engendrado jamás las tempestades parlamentarias.

Y para que no quede ni aun esperanza de curar con tan costosas lecciones esa enfermedad de candidez que padecemos, ahora mismo se nos figura estar asistiendo a la exposicion de una trama que debe terminar como todas, por bodas y regocijos, cuando a la verdad estamos jugando con los más oscuros problemas de la ciencia política, y preparando quizá sucesos que han de tener grandísima trascendencia, ya sea que nos entreguen a lo desconocido, ó ya que nos vuelvan a lo que nunca debimos conocer.

Fuera inútil el callar, puesto que hay gentes consagradas exclusivamente a pregonarlo en alta voz, y conrepeticion. Las revoluciones no llevadas a completo término, difícilmente pasarán sin menoscabo por crisis tan profundas como la actual. Las monarquías no agarradas con hondas raíces a los ánimos, a los intereses, a las costumbres, a los progresos nacionales; las monarquías nacientes, faltas, no ya de propósitos, sino de edad bastante para haber conquistado el aprecio general, nunca deben traducir por aplauso el silencio de los pueblos, ni creer que la irresponsabilidad legal, a todas otorgada, escusa de la responsabilidad moral, a más de una exigida, con durísimo mandato.

II.

Supongo yo que el lector no habrá esperado a la publicacion de esta Revista para conocer sucesos tan importantes como son siempre las derrotas de un Gobierno, por humilde que él parezca; la clausura de unas Cámaras, por gastadas que ellas estén; supóngole ya enterado de aquel voto de censura que no se llegó a dar ni a discutir siquiera, gracias a cuatro discursos de cierto diputado unionista, que en esta ocasion ha hecho una obra tan milagrosa y tan poco honesta como la que atribuye al celebrado San Vicente Ferrer el originalísimo doctor Boneta, cuando cuenta del santo varón que moviendo los vestidos de un mercader, espantando la mula en que montaba, y aplicando otros parecidos medios, dió tiempo a la esposa del caminante para ocultar la prueba de su infidelidad.

Pienso con el mismo fundamento que no será preciso referir cómo en los instantes en que el Gobierno disputaba a la oposicion los votos carlistas, haciendo a esta minoría ofrecimientos tan halagüeños, como el de retirar el proyecto de arreglo eclesiástico, y concesiones y favores de que las crónicas públicas no

pueden dar completa noticia, ofrecieron los mismos carlistas ocasion y arma para derrotar al ministerio, presentando una proposicion que exigía en buenas palabras el cumplimiento de los preceptos constitucionales, y la aplicacion de las garantías individuales en favor de las órdenes monásticas, no por contrarias a nuestras ideas, menos acreedoras al respeto y a la tolerancia que otros errores y otras tendencias igualmente perniciosas gozan entre nosotros.

Escúsome tambien de combatir los argumentos que para negar, no ya proteccion, sino derecho de vida a las comunidades religiosas, hicieron este Gobierno, según el cual las escuelas liberales son tan poco progresivas, tan poco adelantadas, que no hayan dado un paso desde el año 34, desde aquella época en que la persecucion de frailes y la clausura de conventos, imperdonable por más que pudiera parecer escasa represalia para una ofensa sufrida por tantos siglos, eran casi todo lo que distinguía a un liberal de un moderado.

III.

El caso es que de esta cuestion, debatida en el Parlamento por espacio de diez y ocho horas, no interrumpidas un punto ni para proporcionar descanso al espíritu, ni para dar alimento al cuerpo, de esta cuestion, interesante para nosotros, y al decir nosotros quiero decir el partido radical; no por que se ventilasen en ella la historia y los fines de las comunidades religiosas, harto conocidos y juzgados de muy antiguo, sino porque se refiere a lo más trascendental, a lo más respetable que hay en toda nuestra obra, en todo nuestro sistema político; al título primero de la Constitucion, a los derechos naturales del hombre; derechos tan apreciables y tan fecundos que nuestros mismos enemigos cuando se ven en apurados trances, recurren a ellos; cuando quieren restablecer sus más queridas instituciones, apelan igualmente a ellos para que las proteja con su sombra y las escude con su inviolabilidad; de esta cuestion, repito, habia surgido la crisis, y tras de cuatro ó cinco escaramuzas en que la mesa, la derecha ministerial, el centro indefinido y todos cuantos elementos se conjuraron para librar de la muerte al Gobierno, fueron derrotados; quedólo tambien éste de tal suerte, que no hubiera resurreccion posible, a no ser el sistema constitucional obra de expertos matemáticos que han repartido con gran exactitud entre todos los poderes cierta cantidad de prerogativas, dando a cada uno las suficientes para que nunca le falte defensa.

Por esto, ó por lo que fuere, el Gobierno ha resucitado; el voto de censura duerme sobre la mesa de las Cortes, las Cortes permanecen cerradas hasta que parezca llegado el momento de consultar

al país, y el país tema que esta consulta la presencien los actuales ministros, los actuales gobernadores, gentes que han entrado a saco en el poder, sin otra mira que la de concluir pública y claramente lo que ya ha comenzado la intriga, la mistificacion de la obra revolucionaria; y que para lograrlo, repartirán el mapa electoral entre la falange de resellados que los apoya, y los pretendientes dispuestos a resellarse.

F.

DISCURSOS

DE LOS SEÑORES RUIZ ZORRILLA, SANROMA, MARTOS Y RIVERO EN LA REUNION DEL DIA 26 (1).

Primer discurso del Sr. Ruiz Zorrilla.

El Sr. Ruiz Zorrilla: El objeto de la reunion, señores, es tratar de la situacion en que se encuentra el gran partido progresista-democrático. Pero antes de que los señores que quieran hacer uso de la palabra se ocupen de la situacion en que se encuentra el país, creo que debemos proceder a la eleccion de los individuos que han de formar la base del Comité central que ha de dirigir la campaña electoral, cualquiera que sea la situacion en que se halle el partido, en union con los representantes que tengan a bien elegir las provincias. En esto cumplimos con una antigua tradicion del partido progresista, y satisfacemos al mismo tiempo un deseo que han manifestado todos nuestros amigos de que se proceda a su organizacion para que nos conozcamos todos, para que sepamos quiénes están conformes con nuestros principios, con nuestra conducta de siempre y quiénes son los que protestan contra los principios y contra la conducta que el partido liberal ha sostenido y que está resultado a sostener, cualesquiera que sean las circunstancias, los peligros que tengamos que arrostrar y deberes que cumplir. (Grandes aplausos.)

Voy, pues, a designar una junta nombradora para que esta proponga los individuos que, en representacion de Madrid, han de formar parte del Comité, y despues que los señores nombrados hayan cumplido con su encargo, yo concederé la palabra a todos los que la pidan y procuraré que hablen todos los grandes oradores, todos los eminentes hombres públicos, que grandes y eminentes los tiene afortunadamente el partido progresista-democrático. Y para no distraeros más, porque he de hablar despues, momentos antes de que termine esta reunion, con la franqueza y con la sinceridad con que he hablado siempre a mi partido, voy a dar lectura de los nombres de la comision nombradora para que vosotros digais si estais ó no conformes con ellos.

El Sr. Ruiz Zorrilla leyó los nombres de los señores marqués de Perales, Moret, Lagunero, Mata y Rodriguez (D. Vicente).

Discurso del Sr. Rivero.

El Sr. Rivero: Señores: al dirigiros las pocas palabras que puedo pronunciar en este momento, me mueven a ello dos grandes razones; primero, señores, que yo soy un soldado de fila

(1) Del objeto con que se reunieron anteayer en el Circo de Price los electores del partido progresista-democrático, dan cumplida idea estos discursos, que por eso, y por su propia importancia política, insertamos en LA AMERICA.

muy amante de la ordenanza de mi partido, y en tal concepto, debo dar siempre un ejemplo de la subordinación, y mucho más en momentos tan críticos como los actuales. Hablo, señores, sin poder hablar, porque me lo ordena aquel á quien el partido liberal español ha levantado sobre sus hombros y aquel á quien ha encomendado la inmensa tarea (que estoy seguro que llenará cumplidamente) de salvar las libertades patrias, de mantener incólume el honor del partido liberal y de hacer que la bandera de la libertad ondee para siempre en España.

Es verdad, señores, que las fuerzas no me ayudan y que tengo la salud verdaderamente quebrantada, pero estoy seguro de que esta palabra flaca y débil me habrá de obedecer para saludaros ardientemente, porque si mi cuerpo se halla decaído, mi corazón rebosa de alegría, y tengo hoy entera confianza en el pueblo aquí reunido, porque lo considero digno de la libertad que gozará, tendrá y transmitirá á sus hijos. (Grandes aplausos.)

Pero hoy, señores, una razón más, que me mueve á hablar en esta solemne reunión: durante los últimos tiempos mi humilde nombre ha sido objeto de grandes calumnias y de grandes imposturas; y yo, que he rehusado con la altivez de un pecho honrado dar explicación alguna á mis contrarios, tengo en este momento el mayor placer y la más cumplida satisfacción en darla á mis amigos y á mi partido congregado, para que siempre mi nombre, por humilde que sea, se mantenga limpio de toda impostura, de toda calumnia, de toda mancha.

Señores: se me han dirigido dos cargos, y si la palabra me alcanza (porque, repito, que apenas puedo hablar), voy á sincerarme de ellos, rindiendo un homenaje de consideración á esta respetable Asamblea.

Se me ha llamado *filibustero* y se me ha llamado *republicano*. Quiero sobre estos puntos explicarme, abriendo mi pecho y presentando mi corazón tal cual es á mis amigos políticos aquí reunidos.

Señores: yo he defendido siempre un principio, del cual no me separaré jamás. Yo quiero que las provincias de Ultramar sean verdaderas provincias de España; pero que siempre, eternamente, la bandera de Castilla ondee en aquellas comarcas. (Grandes aplausos.)

Esto he defendido siempre, y me atrevo á decir que he sido el primero que he levantado la bandera de la perfecta asimilación de aquellas comarcas en el régimen político y administrativo, á las demás provincias de nuestra patria. Pero, señores, por lo mismo que quiero á aquellos habitantes como á hermanos, deseo para ellos las libertades y franquicias que nosotros hemos conquistado con tanto afán; libertades y franquicias que les debemos porque se las hemos prometido, y porque son, porque quiero que sean, porque ellos están dispuestos á ser nuestros verdaderos y leales hermanos. (Aplausos.)

Señores: yo no quiero esclavos (prolongados aplausos); no quiero que mi país, no quiero que la nación de Isabel la Católica, no quiero que la patria del padre Las Casas sea la última que borre de su seno ese balón de la humanidad.

Pero si deseo para mis hermanos de Ultramar la Constitución y las libertades de España, por mi parte no concurriré nunca á que mi país conceda esa libertad y esa Constitución á los que nos las piden á balazos. (Aplausos.) Ha de ser don expontáneo de nuestras almas; acuerdo de los poderes públicos, generosamente tomado. Sólo así podemos concederles dignamente lo que nuestros padres han conquistado, lo que nosotros mismos hemos conseguido, lo que ha costado tanta sangre, tantas lágrimas y tan heroicas víctimas; porque si es verdad que yo quiero las libertades y la Constitución que aquí tenemos para nuestros hermanos de Ultramar, quiero más aun el honor de mi país, que se mancharía si concediésemos la libertad á los conjurados contra España; y sobre todas las cosas, sobre la misma libertad, pongo yo la honra de mi patria. (Estrepitosos aplausos.)

Que soy *republicano*, se ha dicho! Señores: yo he proseguido durante treinta años una sola idea: he querido para mi país dos grandes principios, sin los cuales la libertad es una mentira y un nombre vano; he querido el sufragio universal y los derechos individuales, porque he creído que con derechos individuales y con sufragio universal, la tiranía es imposible y los pueblos pueden desenvolverse tranquilamente en todos los progresos de la razón humana. La revolución de Setiembre ha proclamado esos mismos principios; las Cortes han hecho una Constitución, y ante esa Constitución, villano, cobarde y vil será quien no se incline, y quien pretenda en manera alguna menoscabarla. (Prolongados aplausos.)

Esa Constitución ha proclamado la monarquía; yo me inclino ante la monarquía, y al inclinarme no me degrado, porque me inclino ante mi país, ante la voluntad soberana de la nación, delante de la cual todos somos pigmeos! (Incesantes aplausos.)

Las Cortes Constituyentes, en uso de su poder soberano, han proclamado una dinastía: yo acepto esa dinastía y seré constantemente fiel á ella, y me constituiré en uno de sus más leales defensores. Pero enténdase bien (y lo digo aquí muy alto, aunque por mi propia cuenta): yo no antepongo la monarquía á la libertad; yo pongo la libertad sobre todas las instituciones del mundo. (Ruidosos y prolongados aplausos.)

Señores: quisiera poder continuar, pero no puedo; no me bastan las fuerzas, y sólo me atrevo á hacer una última reflexión.

Quizá algún día, en medio de estos vaivenes que experimentamos los hombres políticos, ha

sufrido mi ánimo instantes de desfallecimiento; pero cuando os veo aquí reunidos y congregados bajo una bandera tan grande como el manifiesto de 15 de Octubre; cuando tenemos un jefe tan identificado con nuestras ideas y tan digno de nuestra confianza, yo os declaro que en este momento creo por mí que la libertad es indestructible, que salvaremos cuantas crisis sobrevengan, y que, gracias á nuestros patrióticos esfuerzos, España ocupará el puesto que debe ocupar ante las grandes naciones del mundo. (Incesantes y prolongados aplausos.)

Discurso del Sr. Sanromá.

El Sr. Sanromá se felicitó por el espectáculo que estaba dando el partido progresista-democrático. Rechazó las indicaciones que en ciertos círculos se hacen sobre supuesto miedo de los radicales. Los que durante dos meses, dijo el orador, constituyeron un poder fuerte, popular y acertado; los que aconsejaron al rey un viaje á las provincias más hostiles á la monarquía, proporcionándole una ovación constante y pruebas inequívocas de respeto y de simpatías y de cariño; los que por razones de consecuencia y de dignidad sostuvieron una candidatura para la presidencia del Congreso sin temor á la derrota; los que hicieron un llamamiento al crédito nacional y extranjero con tan asombroso éxito; los que han presentado contra el Gobierno un voto de censura franco y desembozado, éstos ni tienen miedo ni pueden tenerlo. (Aplausos.)

Pero hoy, sí, quienes lo tienen, y son aquellos que aun cuando no reaccionarios, porque no quieren serlo, inauguran una política que lleva fatalmente á la reacción. Tienen miedo los que en vez de examinar y estudiar la cuestión de la clase obrera para investigar los medios de mejorar su suerte, piden contra ella el hierro y el fuego; los que creyéndose todavía en la raíz de la primera revolución, creen que los frailes son ó pueden ser lo que eran en 1833; quienes así piensan tienen que ser mata-frailes y espanta-monjas; los que no teniendo confianza en sí mismos para defender su causa, que es la de la libertad, según dicen, la entregan á los enemigos de las libertades para que calumnien é injurien á los hombres más distinguidos de nuestro partido; y los que duermen tranquilamente y se presentan después envueltos en un gabán tras el que se descubren un frac y unos guantes blancos, denunciadores de una especie de golpe de Estado ministerial. Y tienen miedo, dijo, porque en efecto son débiles (nuevas interrupciones por no haber la concurrencia en el local), porque no tienen conciencia de la fuerza.

Censuró el manifiesto de los sagastinos, diciendo de él que no era, como algunos habían dicho, un documento del bajo imperio, sino de imperio bajo. Examinó igualmente la interpretación que los sagastinos dan á los derechos individuales, diciendo que sólo aceptan las libertades de asociación para aquellos fines que les conviene, falsando al mismo tiempo el régimen parlamentario, haciendo de modo que las Cortes sólo se ocupen de lo que no pueda perjudicar á la posesión del poder que quieren monopolizar contra el torrente de la opinión. Los amigos de este ministerio, dijo, son los que acusan á la mano que prende el fuego y sin tener en cuenta el fuego que quema, ó lo que es lo mismo, la idea que vivifica.

Dirigió graves acusaciones á los partidos conservadores, á quienes atribuyó la mayor parte de los males públicos y de la corrupción de las costumbres políticas, y hasta les negó la legitimidad con que llevan el título de conservadores, pues no son conservadores á la antigua ni á la moderna, sino reaccionarios.

En prueba de ello, añadió, que en vez de crear clases conservadoras, lo que ha hecho ha sido corromper cuantas ha tratado de utilizar: se apoderó del trono constitucional, é hizo de él corrompiéndolo un trono absoluto: tuvo ejército y lo corrompió por la indisciplina y rebelión como en 1841 y 1854; tuvo al clero y en vez de ilustrarlo ha hecho de él una clase ignorante (risas): tuvo propietarios é industriales y los ha abrumado con mil trabas hasta enagenarse sus simpatías; ha tenido, en fin, la nobleza, robusto apoyo de la monarquía en otros pueblos, y en vez de ponerla á la cabeza del movimiento intelectual, político é industrial del país, ha hecho de ella un cuerpo flojo, débil y entregado casi en su totalidad, con muy raras excepciones, á la holganza. (Aplausos.)

Explicó lo que es el partido radical, que ha elevado el cuarto estado y ha hecho grandes reformas que aun ha de complementar para que después las mantengan los conservadores. Declaró que el partido debía cuidar no solo de número, sino de la idea, manteniendo su unidad de acción.

Después, dirigiéndose á los partidos conservadores, dijo que no tenían de tales en nuestro país más que condiciones externas. Tienen banqueros, oradores, inteligencias, periodistas, títulos de Castilla, grandes propietarios; pero les falta idea, principios, y por la tanta fuerza numérica en el país. Por último, para inutilizar los esfuerzos de los conservadores, basta que nuestros correligionarios se unan y luchen con fe y entusiasmo al grito de: ¡Viva la libertad! (Grandes aplausos.)

Discurso del Sr. D. Cristino Martos.

El Sr. Martos se acercó al extremo del escenario desahogado, siendo recibido con grandes aplausos é invitado á que se cubriera. Dijo que, por costumbre y por educación, se descubría siempre ante los soberanos, y no podía proceder de otra suerte ante la majestad del

pueblo; pero á la vez era obediente, y acatando la soberanía se ponía el sombrero. Después dirigió un saludo al pueblo de Madrid y al partido progresista-democrático allí reunido en imponente número como protesta contra los que hipócritamente llevan este nombre.

Añadió que la situación no es tan grave como el Gobierno cree con el miedo de la debilidad y de la inopia de ideas. Antes de seguir en su discurso protestó de que sus ataques se referían siempre al Gobierno, y nada más que al Gobierno, cuya conducta censuró al paso que elogió la conducta del pueblo, con cuyo apoyo creía que había de triunfar legalmente el partido radical. Calificó de terror, de inoble bofetada al pueblo leal de Madrid el que estos días se hubiera tenido las tropas en los cuarteles, y protestó contra esta conducta.

Nosotros no tenemos miedo ni podemos tenerlo. La suspensión de la palabra y del pensamiento no es la extinción, porque cuando las Cortes se abran de nuevo, se pronunciará el voto de censura. Si las Cortes se disuelven, tampoco se extinguirán los medios de acción, pues queda el sufragio universal. Y para preparar la victoria se reane el pueblo de Madrid en virtud de su propio derecho, no como en otras épocas, por la tolerancia de los Gobiernos, haciendo uso prudente y sensato de las libertades democráticas, porque el pueblo de Madrid tiene estómago bastante fuerte para digerir todos los derechos. (Risas.)

¿No es un escándalo, preguntaba el orador, que el Gobierno haya tenido consignadas en los cuarteles las tropas con humillación del vecindario de Madrid? El Gobierno no ha tenido razón para desconfiar, y nosotros, decididos é interesados en no abandonar la legalidad amplísima que se ofrece á todos los partidos, debemos protestar y protestamos contra las medidas del Gobierno. (Aplausos.)

Recomendó que no se dé gran importancia al sistema de calumnia y difamación empleado contra las personas del partido para herir el partido. Nos llaman filibusteros por que queremos las reformas liberales para nuestras provincias de Ultramar, para Cuba después de haber hecho sentir nuestra mano á los rebeldes, y por que queremos igualmente la abolición de la esclavitud, afrenta del siglo. ¿No podremos nosotros llamar con igual título negros á los que así discurren?

Porque queremos mantener incólume el derecho de asociación lo mismo que el mejoramiento de las clases obreras que para realizar fines religiosos, nos dicen que somos internacionalistas y amigos de los frailes. Y por que no somos aduladores del trono, aunque sí respetuosos, ni queremos escudarnos en él para coonestar nuestros desaciertos, nos tachan también de antidinásticos.

Tales cargos no merecen refutación, sino á lo más, cuando viene bien, tratarlos en el tono ligero y hasta epigramático, por que ni aun los mismos que los propanan los creen.

Hay una cosa respetable y que debía preocupar, porque es el mejor apoyo que hemos de buscar: la opinión. Con ella á nuestro favor seremos invencibles, ganaremos el poder, pues hoy ya no hay obstáculos que á ello se opongan. Y pues nuestros enemigos nos presentan un capitulo de cargos, presentemos nosotros el memorial de nuestros pensamientos, de nuestros actos, de nuestros títulos y de nuestra fuerza.

Declaró que el partido radical era el mismo energético partido que en 1812 y en 1820 reconquistó la libertad, dió seguridad y estabilidad á la propiedad, producción del trabajo, y dió elementos de vida á la clase media, rompiendo antiguas trabas; y dijo que siendo progresistas-democráticos todos, tenía que dar la noticia de que ya no habría cimbríos.

Aseguró que la obra de Setiembre, en efecto, no estaba complementada, y pasó á examinar las condiciones del partido conservador, que creía compuesto de elementos heterogéneos divididos por principios más ó menos liberales y por las diversas dinastías que sostienen enfrente de la actual, incapaces de hacer gobierno, y que no han sido garantía para ninguna de las causas que ha defendido, sino que por el contrario, ha perdido cuantas ha abrazado abandonándolas al primer peligro con un egoísmo de que sólo los conservadores son capaces.

Y en corroboración de esto recordó que los conservadores abandonaron los primeros á Fernando VII para ir á servir á Pepe Botellá; más tarde dejaron á Cristina que se entendiera solo con los revolucionarios de la Granja; más tarde, se separaron del Regente, cuya caída precipitaron, y, por último, después de haber perdido con sus desaciertos á Isabel II, la dejaron completamente abandonada en los momentos supremos. Los conservadores de España, añadió el Sr. Martos, no ofrecen, pues, garantías para la estabilidad de las instituciones, y esto es necesario que lo aprendan, por si no lo saben ó lo han olvidado aquellos á quien más interesan.

El partido conservador no puede disputarnos el poder, continuaba, pero nos lo disputa este ministerio, del cual no quiero ocuparme. Nació de una tenebrosa intriga realizada en el secreto de la urna, y de una deslealtad cometida para derribar á un Gobierno que había demostrado su capacidad para hacer gobierno, administración y hacienda. Y cuando se le ha acusado de incapacidad, de falta de títulos de política y de ideas, ha encomendado la defensa de su causa á los enemigos encarnizados del partido liberal, por que este es un ministerio mudo con una sola excepción parlante.

Y si se tiene en cuenta su ausencia del Parlamento en los momentos de una gran batalla,

prefiriendo á ella el reposado sueño sobre los cogines de un abrigado gabinete, puede llamarse el ministerio de los siete durmientes, y ó el ministerio extranjero en su patria, si se tiene en cuenta que ni *intra* ni *extra* muros tiene la opinión de su parte. (Aplausos.)

Esto no quiere decir que no tenga hombres en su seno amigos de la libertad, pero seguramente extraviados. Todavía, pues, debemos esperar que el patriotismo les toque y vean al país tal y cual se presenta. Si vienen, bien venidos sean y ocupen las posiciones á que les llamen sus merecimientos, aunque tengan que hacer penitencia.

Entretanto vamos con nuestra bandera á las elecciones. Somos partido de franca y abierta oposición al ministerio actual, y debemos aspirar á ganar las elecciones municipales, base del organismo político, y después las de senadores y diputados. Y cuando la opinión diga que debemos ir al Gobierno, á él iremos contra todo género de dificultades y obstáculos. (Estrepitosos aplausos.)

Segundo discurso del Sr. Ruiz Zorrilla.

El Sr. Ruiz Zorrilla: Señores: los diversos oradores que habéis oído esta tarde, han tratado perfectamente la cuestión política en lo que se refiere al Gobierno, al Parlamento, á la situación de nuestro partido, y han hecho algo más: contestar á las calumnias que venimos siendo víctimas durante muchos días. No voy á repetir lo que ellos os han dicho en mejores términos que yo pudiera hacerlo; he contestado en otro sitio y conmigo todo el partido progresista-democrático, al cargo de filibusterismo; he contestado en otro sitio, y conmigo todo el partido progresista-democrático, al cargo de antidinástico.

Antidinásticos nosotros á los diez meses, de haber votado en masa todos los progresistas y demócratas al príncipe que ocupa el trono español, y habiéndole votado precisamente por que no se parecía á casi ninguno de los príncipes que habían reinado en nuestro país! Antidinásticos los que veíamos sellar con la sangre del jefe de nuestro partido el amor á la monarquía y el respeto á la votación de las Cortes!

Y el cargo de antidinásticos se nos ha hecho, ¿sabéis por quién? Por aquellos á quienes no gustaba ningún monarca, ningún candidato; por los que venían defendiendo uno solo, exclusivo, desde el primer día de la revolución; por los que, maliciosamente, no recordaban que la revolución de Setiembre había arrojado para siempre á los Borbones del trono de España (Grandes aplausos); y en una palabra, por aquellos que nunca han podido vencer al partido liberal en buena lid, que nunca han combatido con él cuando se ha encontrado en el poder, más que por medio de la intriga y de la calumnia; cuando se ha encontrado en la oposición, por medio de la difamación y del engaño; por medio de la calumnia hacia los que se conservaban fieles á su bandera, y por medio del engaño á los espíritus débiles, que no se acuerdan de lo que fueron, ni á quien deben aquello que son hoy. (Grandes aplausos.)

Yo he contestado al cargo que se nos hace de antidinástico, no quiero añadir una sola palabra más. Lo ha dicho aquí uno de nuestros primeros oradores, lo ha dicho aquí el Sr. Martos; nosotros somos tan amantes de la Constitución como de la dinastía; tan amantes del título I como del art. 33, y así como combatiremos en todas partes y por todos los medios legales á los enemigos encubiertos ó descarados de la dinastía, también combatiremos con la misma resolución y con la misma energía á los amigos encubiertos ó descarados del título I de la Constitución. (Estrepitosos aplausos.)

¿Hay algún delito en esto? ¿Cuánto hemos retrocedido desde la revolución de Setiembre? ¿Qué corrientes reaccionarias son aquellas á que han obedecido ciertos hombres que siempre estuvieron con nosotros? ¿Hay algún delito en esto, repito?

Pues qué, señores, ¿no somos nosotros los sucesores de los que durante la guerra civil derramaron su sangre defendiendo el trono constitucional? ¿Y por qué razón el partido liberal fué mirando, primero con frialdad, después con desden, y última mente con ira á la persona que ocupaba el trono? ¿Por qué defendía el trono constitucional en frente del trono absolutista que sostenían los que estaban en el campo de D. Carlos? ¿Por qué ha de extrañar entonces á los conservadores de todas clases, á los reaccionarios de todos géneros, á los realistas de ciertos momentos, que nosotros estemos dispuestos á defender lo mismo la dinastía que la libertad, el título I que el artículo 33 de la Constitución?

Si no hicieramos esto, si no estimáramos lo mismo el título I que el art. 33, si no procediéramos de esta manera, no hubiéramos tenido derecho á hacer la revolución de Setiembre, ni le tendríamos para llamarnos como nos llamamos, ni para reunirnos aquí á ser la base de lo que existirá, que para mí ha existido siempre, que no puede menos de existir, el gran partido progresista-democrático, el partido que dentro de la monarquía está dispuesto á realizar todas las reformas, á llevar adelante y desenvolver los principios constitucionales en el sentido más liberal y progresivo. (Aplausos prolongados.)

De otro género de ataques que se han dirigido al partido y á mí personalmente, no quiero ocuparme aquí. Tengo la seguridad de que las especies injuriosas vertidas en algunos discursos que combatiré ó desmentiré en otro lado cuando lo crea conveniente, han de ser (permi-tidme este rasgo de inmodestia) el mayor elogio para mí cuando, trascurridos algunos años,

pueda decirse: «ahí tenéis el hombre á quien han tratado con odio y saña; hé ahí la historia de sus actos y de su vida política y privada; hé ahí el fundamento de los cargos que le han hecho sus enemigos políticos durante el tiempo que fué poder y precisamente en las circunstancias más difíciles de la revolución. (Aplausos.)

Peró veamos de qué se trata aquí. Aquí tratamos, como todos los partidos cuando celebran reuniones solemnes, de proclamar la alta importancia de nuestras ideas y las reformas que debemos realizar si llegara á confiársenos el poder, porque nos creemos con derecho á ello y la opinión ha de ser juez de nuestra conducta, de la del gran partido reunido aquí hoy y que se irá reuniendo en provincias para hacer ver que hay unidad de miras, unidad de pensamiento y que de esta unidad de pensamiento y de acción, dependerá que vuelva á traducir sus doctrinas desde el poder, en hechos y en leyes. (Aplausos.)

Aspiramos, pues, al poder, no para satisfacer medros personales, sino para realizar una gran idea, un gran pensamiento, hacer compatible la libertad con la monarquía. ¿Qué digo yo hacer compatible? Ya la hemos hecho durante 67 días. Aspiramos al poder para continuar aquella obra y para hacer ver al mundo que cabe la práctica de todas las libertades, el respeto á todos los derechos, el juego de todos los partidos dentro del principio monárquico y dentro de la Constitución. (Aplausos.)

Peró para aspirar al poder en la situación en que hoy se encuentran los partidos en España, y en las condiciones que nosotros hemos proclamado siempre, y que siempre han reconocido nuestros adversarios, es indispensable que hagamos depender nuestro triunfo de la opinión pública.

Y con esto no se falta á ninguna institución, que las más altas eligen sus ministros responsables dentro de la Constitución y estudiando la opinión pública, única fuente de todas las acciones humanas y origen de todos los partidos políticos. (Aplausos.)

Es indispensable, pues, ir con fe á la lucha en las elecciones municipales, organizarse y estar dispuestos á luchar en las elecciones de diputados á Cortes si se llegaran á disolver las actuales. Y si fuéramos nosotros Gobierno cuando hubieran de hacerse, nada habríamos perdido con la organización, y en caso contrario, estaríamos dispuestos á la lucha; y yo tengo la seguridad, ¿qué digo seguridad? tengo la evidencia de que ni con este Gobierno ni con cualquiera que le suceda, se puede disputar en los colegios electorales al partido progresista-democrático la mayoría de los sufragios.

Y voy á concluir, señores, porque estoy cansado; es hora de retirarnos y conviene que nos retiremos.

Cuando os hablen de conciliación, decid siempre que estais dispuestos por que los partidos predicen para atraer, no para alejar; pero la conciliación, si es propia esta palabra cuando ya no hay nada que conciliar, si es posible á la altura que hemos llegado, es una cosa fácil y sencilla; todo el que acepte el manifiesto de 15 de Octubre, está con nosotros; todo el que no lo acepte está contra nosotros; y pocos ó muchos responderemos de la gloriosa bandera de nuestro partido, y el país decidirá de parte de quién están la razón y la justicia. (Grandes aplausos.)

Cuando os hablen de la mayor ó menor proximidad de ser Gobierno, debéis contestar: nosotros no disputamos que el Gobierno haya de ser para nuestro partido hoy ó mañana ó pasado ó nunca; tenemos fe en nuestras ideas; creemos que con ellas se puede labrar la felicidad y la ventura del pueblo español, y cuantos más Gobiernos pasen, y cuantos más sistemas se ensayen, con más fuerza en la opinión ha de ser el poder más accesible, con más facilidad hemos de alcanzarle y en él hemos de realizar nuestras doctrinas con más amplitud y más general aplauso. (Grandes aplausos.)

Y cuando os hablen en uno ó en otro sentido extremo, los unos excitando vuestro amor propio, los otros recordándoos hechos y épocas que no tienen semejanza con la actual para que prescindáis de uno ó de otro punto de los dos que forman la base de vuestras creencias, decidles: que si hubiera que retroceder, otros serían los encargados de hacerlo, pues jamás hemos de incurrir en la inconsecuencia de llevar á cabo lo que es abiertamente contrario á nuestra conciencia, á nuestros antecedentes y á nuestro decoro.

Y á los que os exciten en otro sentido y os digan que es necesario avanzar, les debéis contestar también respetando sus opiniones, que nosotros representamos las glorias de un gran partido que ha proclamado siempre, que ha defendido siempre la monarquía constitucional; dentro de la que son posibles todas las reformas económicas y políticas, y la realización del progreso humano en su más vigorosas manifestaciones.

Termino, por consiguiente, dando dos gritos que están en la conciencia de todos los buenos liberales, cualquiera que sea la interpretación que los enemigos de un lado ó los impacientes de otro quieran dar á los últimos sucesos: «¡Viva la Constitución de 1869!» «¡Viva el rey Amadeo II!» (Grandes y prolongados vivas y aplausos). Queda terminada la reunión.

ESTUDIOS LITERARIOS.

JUAN GÜELL Y RENTÉ.

ODAS.

Un volumen en 4.º, de venta en Madrid, precio 60 reales.—Imprenta de Berengüello, Huertas, 70.

Muy de tarde en tarde se presentan en la república de las letras obras que forman época por su importancia y desempeño; son muy señaladas las que contienen en mayoría bellezas dignas de merecida reputación, pocas las que alcanzan celebridad y aplauso de los que siguen el curso de los adelantos literarios contemporáneos. Entre éstas, no podemos menos de reconocer como un verdadero acontecimiento provechoso y digno de encomio la publicación de las treinta y cuatro odas del poeta americano JUAN GÜELL Y RENTÉ, verdaderas joyas de nuestra poesía castellana.

Las pocas líneas en prosa que contiene la dedicatoria que hace el poeta á su señora madre, DOÑA JOSEFA TERESA RENTÉ DE GÜELL, pura y bien sentida expresión del amor filial, es un idilio de lo más sencillo y espontáneamente inspirado, digno preludio á la alegría con que comienza la obra, consagrada á lamentar la muerte de su adorada madre; en ella, expresando tan amarga pesadumbre, dice, con tan buena entonación como sentimiento:

—«¡Madre adorada! Relicario santo
Que en la fuente de amor tu sed abrevas,
De la mansión celeste dulce encanto,
Hoy que mi angustia y mi dolor renuevas,
Dame la inspiración con que cantaba
Homero allá en Ilión, Pládar en Tebas.
¡Oh, musa del dolor! Mi canto acaba,
Que ya no tienen lágrimas mis ojos
Para llorar á la que tanto amaba.»

No en todas las composiciones poéticas que examinamos es tan feliz el autor por su desempeño, pues que á veces divaga, separándose del pensamiento principal motivo de su inspiración, para con bastante riqueza de colorido llevar al lector á muy distintas reflexiones, sin que por esto adolezcan de incorrecciones, sobresaliendo siempre la armonía imitativa, estro y fluidez de estilo.

Hemos leído una y otra vez todas las odas, y á nuestro gusto sobresalen las que llevan por título ALA CREACIÓN, A LA IMPRENTA, AL MAR, AL SOL, A CUBA, A LA CLEMENCIA, A QUINTANA Y EN LA MUERTE DE MI HUO, por lo correcto y feliz de los pensamientos que contienen. En todas GÜELL Y RENTÉ consagra recuerdos al país de su nacimiento, en algunas deplora la ausencia de la patria; transcribiremos lo que dice de América, apostrofando á Quintana, para que pueda apreciarse la belleza de estilo y riqueza de colorido en la concepción, cuando dice:

No eran los tiempos de terrible pena
En que la España, en sus nubladas horas
Al escucharte de entusiasmo llena
Hizo temblar las huestes vencedoras
Que lanzaron las márgenes del Sena.
Al ronco son de la guerrera trompa
Sucedió tu laud blando y sentido,
Y así, depuesta la orgullosa pompa,
Y de amoroso sentimiento henchido,
Conseguiste calmar ódios tiranos
De los que fueron y serán hermanos.
¡Cuánto de bienes y eterna ventura,
América inocente
De tí no recibió!... Cuando inclemente

La envidia atribuía
A la maldad de la española gente
Los males que la América sufría;
Libre de manchas y de torpe miedo,
Dijiste al mundo con marcial denuedo:
«Tantos horrores y tan dura saña,
Crímenes son del tiempo y no de España.»
Al escuchar tu voz cien y cien siglos,
De rencor se borraron, y en las olas
De los Indios mares,
Y en el pintado bosque de palmares,
De las que fueron tierras españolas;
Repite sin cesar la gente indiana
Vitores mil al inmortal Quintana.»

Generalmente las poesías de GÜELL Y RENTÉ las encontramos bañadas en cierto tinte de melancolía que las caracteriza; á veces profundo pensador y filósofo se entretiene en medio de su arrobamiento, paseando su fantasía por cierta metafísica muy delicada, donde siempre se conserva creyente, cristiano y religioso.

La escuela á la que pertenecen estas odas es la misma en que tanto brilló el célebre Tirteo español MANUEL JOSÉ QUINTANA: pocas las cultivan hoy, porque no admite medianías; GÜELL Y RENTÉ la ha seguido con buen éxito; esta obra

pasará á la posteridad como el nombre del autor y será siempre considerada como una de las pocas perlas de la literatura de nuestro siglo.

ANDRÉS ÁVELINO DE ORIBUELA.

PROCESO DE LA COMMUNE DE PARÍS.

(Continuación.)

—P. ¿Sabéis qué se hizo de todos esos objetos?

—R. Los vestidos fueron quemados el día 25 en el mismo sitio en que se fusiló á los rehenes.

—P. ¿Habéis oído decir que el acusado Ferré estuviese con el piquete que llevó á cabo la ejecución?

—R. No lo he oído decir.

El testigo manifiesta que nada sabe de lo ocurrido el día 26, y si le consta que Robin dió la orden de ir á buscar los gendarmes, que se suponía que la Commune iba á instalarse en el 20.º distrito, y que era preciso conducirlos allí.

El día 27 el testigo estaba encargado de la custodia de ochenta y cinco presos que se hallaban en los calabozos encima de los de los sacerdotes detenidos en rehenes. A las cuatro de la tarde oyó la voz de los presos, los cuales estaban dispuestos á defenderse de los federales. Bajaron en seguida armados con muebles y objetos que pudieron proporcionarse, de limas, etc. En el patio hablaron con un individuo de la Commune, y gritaron: «¡Dadnos armas; vamos á colocarnos á vuestro lado.» Fueron á buscar armas y salieron.

—P. ¿Visteis á Ferré?

—R. Sí, Ferré vino; le vi pasar.

—P. ¿Cómo vestía?

—R. Llevaba banda encarnada y un fusil con adornos de cobre.

—P. ¿Conoceríais al acusado?

—R. No podría reconocerle, pues que estaba muy distante de mí cuando le vi, Ferré.—Ruego al Consejo que pregunte al testigo si oyó la respuesta que dió cuando los presos pidieron armas.

—P. Testigo, contestad á esta pregunta.

—R. No oí la contestación de Ferré.

—P. ¿Quién hizo bajar á los presos?

—R. Uno de los vigilantes.

—P. ¿Por orden de quién?

—R. No lo sé; tampoco sé si fué el vigilante quien los armó.

—P. ¿Qué hicieron una vez se hallaron en el patio?

—R. Pusieron en actitud de defensa.

Los federados habían cerrado la puerta exterior para fusilar á todos los presos. Estos hablaron desde detrás de la reja con un individuo de la Commune. No oí lo que éste respondió, y sé tan sólo que al cabo de un rato se abrió la puerta y salieron los presos.

M. Juan Bautista Francois, de edad de cincuenta años, portero, habitante en la calle de Chaveau-Lagarde, núm. 2. Este testigo se halla detenido en la Orangerie.

El presidente manda prestar juramento al testigo.

M. Francois.—Juro con toda verdad como lo es que me llamo Juan Bautista Francois y que soy portero.

—P. ¿No habéis sido director de la cárcel de la Roquette?

—R. Me llamo Francois; limpio las botas de los inquilinos de la casa en que vivo, y soy criado de un médico, el doctor Herbet, quien me dá 80 francos al mes para estar en su casa desde el medio día á las dos de la tarde.

El Comisario del Gobierno.—Pero habéis sido director de la cárcel de la Roquette.

—R. Soy director del cordón de la campanilla de mi portería. Estoy preso en la cárcel de la Orangerie; he tenido la desgracia de haber sido denunciado por una de las inquilinas de la casa en que vivo, y me halló en la Orangerie cincuenta y cinco días há.

M. Lambret, marmolista, estaba en la Roquette y refiere los hechos ya conocidos.

M. Chevriot, profesor del Liceo de Vanves, es introducido. El testigo fué detenido en 1.º de Mayo por orden del general Eudes; conducido á la Prefectura se le interrogó por Gaston Dacosta, siendo mandado luego después á Mazas, y trasladado á la Roquette el 23 por la mañana, en compañía del arzobispo, de M. Bonjean y de doce rehenes más.

Entre siete y ocho de la noche del 24 vió cómo se llevaban al arzobispo y á los

demás rehenes, oyendo la siguiente frase de boca de uno de los federados: «¡Ah! ¡Finalmente hoy vamos á hacerlos dormir!» Llamóse á seis personas, y cuando se las encontró se las hizo bajar. Miró por la ventana, y vió desfilar por el patio á los seis rehenes rodeados de varios guardias que andaban desordenados. Algunos minutos después oyó un fuego de fila seguido de algunos raros gritos de: «¡Viva la Commune!» El testigo oyó decir en la Roquette que era Ferré quien había traído la orden de fusilar á los rehenes.

Vuelve á ser introducido en la sala Francois, el portero de antes; viene acompañado de dos vigilantes; sin duda tienen estos la misión de declarar si el testigo es ó no el director de la Roquette. Desgraciadamente estos vigilantes son de la Prefectura y no de la cárcel de la Roquette; por lo tanto, la confrontación no produce resultado alguno.

Guerin (Claudio Luis Leon), lector en el Seminario de las misiones extranjeras.—El 2 de Mayo fué detenido en las siguientes circunstancias: Habíase practicado una pesquisa en su domicilio, y el comisario encargado de esta operación se había llevado una suma de unos 2.000 francos en efectivo, á más de 1.500 francos en objetos religiosos; en 2 de Mayo presenté á la Prefectura para reclamarlos. El Sr. Courmet le contestó, que era preciso ver á un juez de instrucción, siendo llevado al depósito, en donde se le tuvo preso.

La orden de prisión decía: «Acusado de robo de objetos preciosos.» Esto le pareció muy singular al testigo, por lo que en la puerta de su calabozo escribió su nombre y las siguientes palabras: «Acusado de haber sido robado.» El 23 fué trasladado á la Roquette.

El testigo suministra los mismos detalles, ya conocidos por relación de los anteriores sobre la ejecución de los rehenes. Asimismo declara además haber oído decir también que la orden de ejecución había sido traída por Ferré.

M. Alfonso P. Camel, ó Simon, vendedor de limonada, dice que fué arrestado y conducido á Mazas y después á la Roquette por haber sido encontrada en la Prefectura una solicitud firmada por él durante el imperio.

Por lo demás, no sabe ni puede declarar nada más.

Se levanta la audiencia á las seis menos cinco minutos, para ser continuada al día siguiente.

Aspecto de la segunda audiencia.

A las doce en punto abrió la audiencia. La parte del salón destinada al público está todavía menos ocupada que el día anterior.

Sobre este hecho se dan mil explicaciones. De una parte las malas condiciones acústicas del local, y de otra la dificultad material que existe de proporcionarse entradas, atendido también que se retraen muchos parisienses que acudirían á las sesiones si con su presencia no pudiesen dar lugar á que se creyese que Versailles tiene vida y movimiento suficiente para ser la capital de Francia, hacen que tan interesantes audiencias se vean poco menos que desiertas.

En cambio los periódicos que más detalles publican sobre los debates entablados se buscan con avidez y merecen el favor del público en su más alto grado.

Después de haber entrado el Consejo, penetran los acusados en la estancia, colocándose en el mismo orden que el día anterior.

Régère, el simpático veterinario, entra con su acostumbrada imperturbabilidad, llevando en la mano un ejemplar de la obra de M. Jules Clére, titulada *Los hombres de la Commune*; libro que lee atentamente durante toda la sesión.

Courbet, el pintor, lleva un cojín debajo del brazo, que coloca prudentemente en el banco de madera antes de sentarse.

Así viste, como el día anterior, el traje de coronel de la Guardia Nacional, á propósito de cuya circunstancia circula por París una curiosa anécdota.

La madre del joven obrero, para que pudiese presentarse al Consejo, mandóle un traje civil. Así lo rehusó con estas palabras: «Madre mía, mucho me ha costado ganar el traje de coronel de la Guardia Nacional, y por lo mismo que me ha costado mucho, lo llevaré delante del Consejo, y no he de quitármelo hasta el fin.»

Llama mucho la atención la circuns-

tancia de haber mandado sentarse en esta Audiencia, intercalados con cada uno de los acusados, diversos gendarmes, con el fin de que aquellos no puedan comunicarse, ni como durante la primera audiencia, pasar la mayor parte del tiempo hablando y riendo.

En los sitios reservados figuran varios diputados de la Asamblea, en su mayoría procedentes de los grupos monárquicos. También se nota al general La Rüe y á M. Emilio Durier, secretario general del ministerio de la Justicia.

Pero la figura que llama más grandemente la atención es Ferré. Aun cuando no haya entrado sonriendo y con tanto desembarazo como el último día, refléjase en su cara toda la energía de su carácter indomable, y se le ve dispuesto desde el primer momento á dificultar lo posible el juicio de su causa.

Ferré es moreno, tiene nariz aguileña, ojos negros y penetrantes, viste con cierta elegancia y su peinado es casi irreprochable.

Nuestros lectores habrán sin duda podido formarse una idea de su carácter con la lectura de sus contestaciones durante la segunda audiencia, que publicamos anteriormente, y con la relación de algunos incidentes de su vida contenidos en el informe leído en la primera audiencia.

Ferré ha adoptado para su defensa una táctica muy adecuada á su temperamento revolucionario. La síntesis de todas las declaraciones de Ferré puede expresarse con estas cortas palabras: «Hoy habeis combatido con las armas en la mano, habeis salido vencedores; somos nosotros los vencidos; haced cuanto os dé la gana, en cuanto á nosotros: no reconocemos el derecho que pretendéis tener para juzgarnos.»

Así, en la lectura de sus conclusiones, lejos de mostrarse arrepentido por haber formado parte de la *Commune*, tiene á honor haber pertenecido á ella. Y en el exámen de los testigos, negándose casi siempre á contestar, limitase á desmentir con franca rudeza aquellos hechos, no ciertamente los más delicados que se le inculpan, y en los cuales, según sus persistentes negaciones, no debe haber tomado parte.

Durante el exámen de los testigos, escucha con suma atención, haciendo de cuando en cuando varias observaciones muy atencibles, y algunas de ellas con una oportunidad tal, que bien revelan la viveza de su espíritu.

El Consejo de guerra llama también la atención de los concurrentes al Pica-dero. El Presidente M. Merlin, sobre todo, se hace digno de los más justos encomios por la delicadeza con que procede y la imparcialidad de que da patentes muestras á cada punto.

M. Merlin es ya un hombre entrado en años, flaco, de ojos saltones y de una fisonomía bastante inteligente, y sobre todo que revela una extrema bondad.

Desgraciadamente el comandante Cavaeu, comisario del Gobierno, de un carácter fogoso y á menudo intemperante, destruye con sus salidas estemporáneas su acento provocador el buen efecto que produciría el tercer Consejo de guerra.

Tanto es así, que el pacífico abogado M. Dupont de Bussac, defensor de Ré-gère, durante el curso de la audiencia, como así lo habrán observado nuestros lectores, se ha visto forzado á erguir su cabeza, cubierta de canas, para aplacarle, aunque fuese retándole en todos los terrenos.

Tercera sesión celebrada el 9 de Agosto de 1871.

PRESIDENCIA DE MERLIN.

Se abre la sesión á las doce.

Introdúcese á los acusados.

El abogado Delzant.—Importantes piezas autógrafas sobre las cuales descansan acusaciones formuladas contra nuestros clientes, han sido destruidas de los autos y reemplazadas por copias. Pedimos, pues, al Consejo que mande reintegrarlas á los autos.

El Comisario del Gobierno.—La instrucción sobre ciertos asuntos ha sido llevada á cabo en París por los jueces de instrucción MM. de Loverdo y Mathieu de Vienne, por lo que se han visto obligados á conservar en otros autos las piezas originales cuyas copias auténticas producimos.

El abogado Delzant.—Ya que el señor

Comisario del Gobierno presenta obstáculos á la justa reclamación que tenemos el honor de someter al Consejo, depone las siguientes conclusiones.

«Conclusiones para MM. Clément, Ré-gère, Ferré, Assi, Urbain, Paschal Grousset, Ferrat, Descamps, Billioray y Verdure:

«Considerando que varias piezas originales incriminadas de una considerable importancia han sido destruidas de los autos y reemplazadas por copias;

«Considerando que para el esclarecimiento de la verdad importa que todas las piezas que forman las bases de tan grave instrucción estén revestidas de un innegable carácter de autenticidad;

«Que del cotejo de esas piezas autógrafas entre sí debe nacer la luz en la conciencia de los jueces;

«Por estos motivos pedimos al Consejo declare que todas las piezas incriminadas serán inmediatamente reproducidas originales en los autos, comunicándose para ello á quien corresponda de derecho.

«A. Delzant, Dupont de Bussac, Laviolette, Royer, Marchand, Bigot, Gattineau, Manchon, André Rousselle L. de Sal, Thiroux, Hausmann.»

El Comisario del Gobierno.—No podemos admitir bajo ningún concepto la expresión *distraídas* que se ha pronunciado.

El abogado Delzant.—*Distraer* no es sustraer, y esta expresión no tiene en este caso ningún sentido injurioso.

El abogado Fernando Gattineau.—Pedimos simplemente que los documentos que tuvieron á la vista los jueces de instrucción nos sean presentados. Ni más ni menos.

El Comisario del Gobierno.—Permitidme explicar cómo las cosas sucedieron. La información llevada á cabo por los jueces de instrucción no concernía especialmente á los asuntos sometidos al Consejo de guerra. Así había un juez de instrucción para instruir lo que concernía á los asesinatos de los rehenes, otro para los incendios, y así sucesivamente. Necesitaban las piezas originales; en vista de esto quedé acordado que nosotros no tendríamos más que la comunicación de dichos documentos, y por esto se nos ha remitido copia exacta de los mismos.

El abogado Gattineau.—Si pedimos la comunicación de los originales es solo con el deseo de esclarecernos y de esclarecer asimismo al Consejo. Las piezas originales han sido traídas á Versalles antes de la audiencia; ¿es mucho pedir que se traigan también aquí durante la audiencia?

El presidente.—Las piezas especiales, excepción hecha de los interrogatorios, están todas en los autos. En su consecuencia vuestras observaciones solo pueden referirse á la fidelidad en las copias. Se os ha proporcionado copia exacta de todas ellas, ¿oponeis la exactitud en las copias?

El abogado Gattineau.—En el curso de los debates, cuando la ocasión se presente, pediremos que se nos comuniquen los originales y persistiremos en nuestras conclusiones.

Braquand, vigilante en el depósito de la Prefectura.

P. Ayer omitisteis hablar de una circunstancia durante la instrucción declarasteis haber oído á Ferré en el gabinete de la Prefectura; así dijisteis también: «El 21 de Mayo se llevaba á Veysset y á una mujer, pretendiéndose que eran espías.» El 22, Ferré vino á interrogarles y dijo á Veysset al despedirse de él: «Os doy seis horas para reflexionar, y si haceis revelaciones habreis salvado vuestra vida.»

El testigo.—Yo no he dicho tal. Solamente sé, y aun por que lo han repetido muchas personas, que, despues de haber entrado la mujer que iba con Veysset, un tal Fourrier exclamó. «Hé aquí una fuiana que no me inspira mucha confianza.»

Ferré.—Sería posible que yo hubiese firmado una orden de registro.

El presidente al testigo.—Vos declarasteis despues: «Veysset fué extraído el 24 de Mayo para ser pasado por las armas. Veysset reprochó vivamente á Ferré por haber faltado á la palabra que le diera de salvarle la vida.»

El testigo.—Esto se me dijo por un vigilante.

El presidente.—Añadisteis también: «Ferré mandaba el peloton de ejecución; habiendo querido marcharse uno de los

individuos de la guardia, le dijo un federado: «Márchate, que ya verás cómo yo me cuido de hacerte volver;» á lo que contestó aquel: «¡Bah, bah! Reflexionado todo, me quedo.» Partieron, y algunos minutos despues se oyó un fuego de peloton.

El testigo.—No he sido yo quien ha dicho esto, sino mi mujer, que lo ha oido repetir no sé á quién.

M. Pinet, vigilante en la Roquette.—El 27 de Mayo estaba de servicio en la enfermería, cuando uno de mis compañeros entró apresuradamente, diciendo: «Acaban de llegar los individuos de la *Commune* con un piquete de ejecución. Veamos si podemos abrir una brecha en la pared para hacer evacuar á los presos.»

Ferré estaba allí con ellos, llevando el fusil en bandolera.

El sub-brigadier Picon me dijo: «Estamos perdidos.» Lloraba. Un poco despues volvió diciendo: «Acaban de llevarse á nuestro colega Ramin.» «¡Oh! le contesté, ya volverá.» Él añadió: «Haced bajar á los rehenes.» Si hubiese llegado á tener la debilidad de hacerlo, estaban perdidos.

Ferré.—¿Me vió, en efecto, el testigo?

M. Pinet.—Sí, os vi; gesticulábais con un revolver en la mano. Me ocurrió la idea de lanzarme sobre vos, quitaros el arma y romperos con ella la cabeza.

Ferré.—¿No es este el carcelero que armó á los presos despues de inducirles á batirse contra los federados?

El testigo.—Hé aquí lo que sucedió: Habiéndome dicho algunos presos: «No se deben entregar los rehenes,» creí que eran de los nuestros. Me dirigí entonces á los presos ordinarios que trataba de atraer á nuestra causa. Me enganaron y me contestaron: «Sí, sí; estamos con vosotros; vamos á defendernos contra los federados; dadnos armas.»

Salí en busca de armas, y cuando volví vi que se les había puesto en libertad, que les habían abierto las verjas y les habían armado con barras de hierro y otros objetos. Se habían exparcido por el patio; si hubiera estado allí me hubiesen muerto.

Ferré.—Algunos días despues de la caída de la *Commune* se estampó en los periódicos que ella fué quien armó á los condenados detenidos en la Roquette. Como esto produjo muy mal efecto, deseaba de todas veras que se rectificase esta columna. Por lo tanto, me congratulo de que el testigo lo haya hecho.

El Comisario del Gobierno.—Es decir: el testigo quería armar á los condenados; pero al volver, ya los encontró armados por los federados, por lo mismo que declara en la instrucción que se le forzó á ello.

El testigo.—Sí, y fué un condenado á muerte, quien, arrancando el fusil á un federado me amenazó con él.

Entonces hubo una verdadera invasión en las rejas. Nos encontrábamos en la tercera sección, segundo piso.

Viendo los federados que estábamos decididos á defendernos en la tercera sección, en el segundo piso, trataron de hacernos bajar por medio de la persuasión, pero nos negamos, aunque los federados gritaban: ¡viva la tropa de línea! Cuatro de los rehenes que tuvieron la imprudencia de bajar fueron fusilados. Hicimos una barricada, y por consejo mio, los soldados y los gendarmes, presos como rehenes en mi sección, se decidieron á defenderse enérgicamente.

Ferré.—Me interesa que conste que los presos no fueron armados por la *Commune*, y lo hago por mi honor y por el honor de mis amigos.

El presidente (al testigo).—Y vuestros condenados detenidos, ¿en dónde estaban?

El testigo.—Abajo, en el corredor de la primera sección.

—P. ¿Fuisteis vos quien les condujo allí?

—R. No.

—P. Y pues, ¿quién abrió las verjas?

—R. Lo ignoro.

—P. ¿Y quién les armó?

—R. Las armas que tenían se trajeron de fuera.

Ferré.—Pero de ningún modo fuimos nosotros quienes mandamos abrir las verjas.

—P. Veamos por última vez; ¿en dónde estaban ordinariamente los condenados?

El testigo.—En el calabozo, en el patio ó en los talleres.

Ferré.—No hace mucho que ha dicho que él fué quien les hizo bajar.

El testigo.—Yo no he dicho esto, y si lo he dicho me habré engañado. Habiendo venido Francois, el director, me dijo: «¿En dónde están los condenados?» No lo sé, le respondí; han partido.—Bueno: pues, añadió Francois, si no los encontráis, os levanto la tapa de los sesos.»

Julio Leon Vatiér, de treinta y nueve años de edad, trabajador en plomo.—Ese testigo está todavía detenido en la Roquette, condenado á diez y ocho meses de cárcel por robo de un caballo en 10 de Enero de 1871.

El Comisario del Gobierno.—El testigo ha sido citado para ser oído á título de que nos informe.

—P. ¿Qué sabeis de lo pasado en la Roquette?

—R. El 24 de Mayo me encontraba en la cocina del primer cuerpo del edificio, á eso de las siete, cuando vi entrar en el patio como unos cuarenta guardias nacionales, pertenecientes á los batallones 195.º, 206.º y 130.º.

Entre ellos se hallaban también algunos vengadores de la república. Al frente de ese piquete iba un individuo de estatura regular, rubio, y con el bigote retorcido, el cual dijo á los guardias nacionales: «Ya sabeis cuántos faltan de los nuestros; seis, pues, podeis fusilar á seis rehenes.»

Como yo ejercía las funciones de lampista, el brigadier Ramin me dió orden de encender las luces de la escalera de socorro. Una vez allí, vi pasar al presidente Bonjean, al abate Deguerri, al P. Allard, al P. Ducondray y al sexto rehen. Los federados cargaron sus fusiles bajo los arcos de la enfermería y tomaron la puntería por la parte de la muralla de ronda, en donde fueron fusilados los rehenes.

—P. ¿Visteis al acusado Ferré?

—R. No, señor presidente.

—P. ¿Reconocéis á Ferré?

—R. No señor; pero se hallaba, como he dicho ya, un hombre rubio que yo reconocí perfectamente aquí entre los acusados cuando se leyó el acta de acusación.

El presidente.—Servios designar entre los acusados el que decís haber reconocido.

El testigo se vuelve por el lado del banco de los acusados y designa á Lullier. Este se levanta y sonríe.

Ferré.—El testigo, señor presidente, puede tal vez suministrar detalles sobre lo dicho por el precedente testigo.

El presidente al testigo.—Acabais de oír la súplica del acusado.

El testigo refiere que el 27 los federados fueron á la cárcel, pretendiendo que se les entregase á los militares que se hallaban en una de las secciones.

El carcelero Pinet tomó las llaves de esta sección y subió diciendo á esos militares: «No bajéis, que quieren fusilaros.»

Entonces invitóse á Pinet á que bajase; pero éste se negó á ello diciendo: «No, no lo esperéis; ya sé yo lo que pretendéis hacer.» Un brigadier pidió entonces al testigo que fuese á apoderarse de las limas, martillos, y en una palabra, todo cuanto pudiera encontrar para armar al mayor número de detenidos, que en aquel momento decían querer defenderse.

Abrense las puertas, bajan los detenidos, y entre ellos un condenado á muerte cogió un fusil de un guardia nacional, á quien desarmó, apuntándolo al carcelero Pinet. Entonces hubo una grande confusión. Los detenidos querían salir, y se les dijo: «Gritad ¡viva la *Commune*! y no se os hará daño alguno. Los guardias nacionales iban entonces entregando las armas á los que las querían.

Ferré.—Yo quisiera que el testigo declarase quien le obligó á ir á proveerse de armas, limas y martillos con que armar á los detenidos.

—P. ¿Quién mandaba á los prisioneros?

—R. El brigadier y el sub-brigadier de la Roquette, Ramin y Picon.

M. Pablo Cierskowski, de diez y ocho años de edad, estudiante.—Este testigo estaba en la Roquette desde el 26 de Noviembre último, y cuenta lo que sucedió el 24 de Mayo. Se hallaba entonces en la enfermería y vió entrar un piquete de guardias nacionales en el patio con algunos vengadores de la república y un bombero, llevando su casco puesto todavía. (Continuará.)

ESTUDIOS CRÍTICOS
SOBRE EL FAUSTO DE GOËTHE.
POR
MARIANO CALAVIA.

(Conclusion.)

XVI.

Goethe pasa, á continuación del enunciado, al hecho; la universalidad de su sentido y la totalidad de relaciones que abrazaba, pedían todo el vasto campo de la actividad humana, para hacer en ellas apurar á su héroe la copa del mal en todas sus múltiples manifestaciones. Por otra parte, su alto sentido crítico tenía que poner de relieve los vicios que le eran contemporáneos, y velando su causticidad en la fábula, presentar las deformidades que contemplaba en todos los órdenes y relaciones esenciales de la vida de su tiempo. Por eso, después de haber señalado el propósito de su segunda parte, traslada á su protagonista como autor y testigo á un palacio imperial, y examina de cerca los poderes históricos y el lugar que su Mefistófeles ocupa en ellos. La corte tiene todos los rasgos sensibles y todo el aparato externo de la Edad Media; pero los vicios que señala son los contemporáneos de todas las edades, y el fondo que determina es el maquinismo de todos los tiempos.

El procedimiento común á todas las arbitrariedades, á todos los caprichos, á todas las tiranías del poder, y todas las máscaras con que el mal se disfraza, están perfectamente señalados por el mismo Mefistófeles, inspirador eterno de todos los extravíos, de todos los vicios y crímenes de Estado. «¿Quién es, exclama, dirigiéndose al emperador, el punzante burlón, el que es siempre maldito y siempre bien recibido? ¿Qué es lo que se desea con ardor y se rechaza siempre? ¿Qué es lo que cada cual toma bajo su protección? ¿Qué es lo que siempre se critica y acusa cruelmente? ¿Quién es el que no debe ser nunca invocado, y aquel cuyo nombre se oye siempre con placer? ¿Quién es el que se acerca á las gradas de tu trono? ¿Quién es el que se desterró á sí propio?» Semejantes preguntas dirigidas tan á quemarropa y con tan diabólica intención, son una influencia harto decisiva para que el emperador deje de reconocer en ellas el artificio de su poder, y pretenda desechárlas como una consideración importuna. Por una alucinación cómoda del amor propio, refiere el enigma á los demás, y no quiere apercibirse de que al ser su explotador es también su cómplice y su víctima.

El cuidado de los negocios serios le molesta; el eterno aguijón que le impulsa al cumplimiento de sus deberes le causa una fatiga intolerable de la que solo puede aliviarle temporalmente la distracción sensible en la bacanal y la crápula. «¿Por qué, dice, estos días libres de todo cuidado, consagrados al Carnaval; esos días, en los que solo pensamos en gozar de lo que más nos halaga, debemos pasarlos en consejo?» El desvanecimiento tras lo sensible tiene tan cogido al emperador, y ha sabido Mefistófeles disfrazar tan bien en el dominio formal de las cosas su carencia absoluta de poder real, que le ha hecho creerse señor de cuanto alcanza su vista, cuando no es otra cosa que esclavo de lo que contempla, puesto que lo fascina. Se cree dominador potente, y no es más que juguete de las pasiones ajenas que satisface, dejándose arrastrar de las suyas. Gobernar es para él un asunto molesto.

Sin embargo, por una concesión forzada que siempre hacemos á las exigencias ineludibles de los compromisos que nos cercan cuando no nos contrarian enteramente, el emperador acepta lo propuesto, y se resigna á cumplir el deseo de los consejeros. Para alentarle, el canciller se decide á remover las vanidades del despota, predisponiendo favorablemente su ánimo á secundar las ambiciones con que este sueña.

El canciller no está ménos cogido en las redes de Mefistófeles que el emperador: el canciller está en el pensamiento, en las aspiraciones, en la tendencia del pueblo á quien dirige, es verdad; pero tiene á una con esto ambiciones personales que satisfacer, complacencias que tener con el amo á quien maneja, y secretos que ocultar á las miradas indiscretas de los que quieren apoderarse de la causa oculta de su favoritismo.

El canciller condensa todas las interrogaciones que ha hecho Mefistófeles, siendo su expresión viva y su enigma encarnado. Como encargado de abultar todas las pequeñeces y de dar á las cosas el aspecto de lo deslumbrador, hace de la justicia la palabra que disfraza todas las injusticias, y de la tiranía del emperador la necesidad suprema contra los extravíos de sus súbditos.

¿Sospechaba, acaso, Goethe el advenimiento próximo de su emperador, tipo eterno de todos los Césares y de su canciller, modelo de todos los sofistas de Estado, y de aquel mariscal, y de aquel tesoro, y de aquel gran maestro del ejército, ejemplos vivos de todas las ambiciones que florecen á la sombra de todas las tiranías? ¿Veía levantarse ya, allá en algún rincón oscuro de la Alemania del Norte, alguna de esas visiones y se anticipaba á presentirla con el colorido mágico que tiene siempre á mano el poeta al describir sus presentimientos?

No tenemos para qué preocuparnos de ello; pero es lo cierto que los males de Estado y el Mefistófeles de la política se hallan descritos de mano maestra y seguidos en su curso y denunciados en sus procedimientos con admirable intuición y con sublime delicadeza. El pretendido derecho divino, esa tutela de otros días y ese sofisma de todos los tiempos, es sin duda ninguna la fórmula de Mefistófeles, á favor de la cual se pueden encubrir todas las insensateces y todas las ambiciones.

«Roma, dice el heraldo del imperio, ha salvado los altos Alpes por su ventaja y vuestro placer, y conquistado para sí un alegre reino. El emperador, al pedir á las santas sandalias el derecho para su poder, al ir á buscar su corona, nos ha traído también el manto de loco, y hémos aquí regenerados á todos.

Como el sofisma no es, sin embargo, valedero para el hombre de mundo, éste, dice, saca el mejor partido que puede, y echándose fácilmente sobre la cabeza y las orejas por más que le iguale con los locos, es por debajo sábio y prudente á su modo ó como puede.» Admirable expresión de la impotencia de todas estas artificiosas urdimbres del mal, de cuyas viejas redes acabará por fin el mundo de librarse por completo.

Mefistófeles en este cuadro se multiplica: poseedor del secreto de todos los móviles pequeños; concedores de todas las ambiciones que bullen, de todas las aspiraciones en agraz, y de todos los envilecimientos que se apresuran á rodear el éxito coronado, se convierte en el héroe de la fiesta, y hace gala de presentar á Fausto la vasta extensión de sus reinos, y las apariencias de su poder.

A Fausto, sin embargo, no puede ocultársele toda la basura que hay por bajo de aquellos esplendores: condenado á transigir con ella y á ser cortesano, y á contemporizar con lo que le rodea, no puede, sin embargo, ocultar su disgusto, y obliga á Mefistófeles á alejarse de aquellas alegrías siempre emponzoñadas que son su centro, y de aquellos placeres siempre quiméricos y envenenados que son su obra.

«¿Por qué me conduce, exclama éste, á esos sombríos corredores? ¿Acaso no reina allá bajo bastante alegría, y no hay entre aquella turba cortesana sobrados motivos para la mofa y la impostura?»

«No me hables de eso, replica Fausto; por que ese lenguaje, sobre ser viejo, me es sumamente pesado.»

El doctor reconoce los estériles y ya gastados procedimientos del mal; en medio de las seducciones momentáneas que le ofrece como espectáculo, halla, sin embargo, nauseabundo el espectáculo mismo; y se siente esclavo de los caprichos de los demás, cuando ambicionaba ser su dueño y su dominador. «El emperador quiere, y es preciso complacerle, quiere contemplar á Elena y París, esto es, á la obra maestra del hombre y de la mujer, y verlos, sobre todo, dotados de formas arrobadoras. Manos, pues, á la obra, porque no puedo faltar á mi palabra,» exclama.

Del mismo modo que en la primera parte, aparece aquí el doctor profundamente esclavo de los sentidos; y la hechicería de entonces no hace aquí más que reproducirse en su más honda y más insaciable representación. Es el idealismo de la materia llevado hasta sus últimas enervadoras consecuencias. La in-

sensatez y la demencia, llegando á su colmo, quieren poner á su servicio todo lo más elevado; y de aquí esa furiosa impaciencia que de él se apodera por penetrar en todos los abismos y por poner á contribución de sus sentidos codiciosos á las ideas mismas. Es el avaro de la lujuria.

No contento con los sensualismos que le rodean, quiere traspasar los horizontes próximos y aspira á penetrar las voluptuosidades pasadas. Para ello, necesita poner á sus órdenes las ideas, esos permanentes medios de la representación y de la formación de las imágenes.

Todo el mundo clásico se puede reproducir por este medio; pero si bien el entendimiento no encuentra difícil esta obra, se le presenta en cambio peligróse y para él inútil después de todo. El tiene brujas, espectros, fantasmas, enanos de velludas papeas; en una palabra, toda la banda de las ilusiones, todos los procedimientos del vicio; todos los lazos vivos que pueden aprisionar al hombre desvanecido, ¿qué necesidad hay de recurrir á sendas muertas, y por otra parte no bastante conocidas del diablo, demeritismo? El infierno pagano es un infierno particular que no está en sus dominios... Sin embargo, entrevé el medio y lo expone con cierto tenebroso presentimiento.

XVII.

No le faltaba razón para ello. El alma inagotable de Fausto era harto atrevida para satisfacerse con los manjares en último término insípidos que Mefistófeles le presentaba. Fausto necesitaba penetrar y apurar todos los sensualismos para encontrarlos al fin incompletos, carentes, y sobre todo vacíos de lo que en su anhelo andaba buscando. Tenía avidez para hacer infinita la sensación y eterno su goce explosivo; no hallando en el presente agua bastante para satisfacer su sed devoradora y calenturienta, concibe de pronto la insensatez de creer al pasado más rico y exuberante en placeres, y de aquí su sueño y su delirio por Elena. Olvidado de Margarita, gracias á las precauciones que á cada paso toma Mefistófeles para distraerlo, y cada vez más enagenado del amor que redime, y más envuelto en el amor que envilece, excita á Mefistófeles á que le reproduzca á Elena y á que la traiga á su tiránica fantasía.

Hémos, pues, aquí á Fausto desdeñoso del amor romántico y codicioso del amor clásico. Epicuro venciendo á Platon; el materialismo que degrada sobreponiéndose momentáneamente al espiritualismo que redime: Margarita reemplazada por Elena.

Mefistófeles halla á su esclavo como lo deseaba, enteramente á sus plantas, vencido, estropeado, delirante, desvanecido. Pero ¿no podría haber peligros formidables en esa excursión atrevida que iba Fausto á emprender hácia la región de las ideas para ponerlas al servicio de su fantasía calenturienta? Ese vacío para el entendimiento, ¿no podía convertirse en la luz redentora que lo oscureciese sin réplica? ¿Por qué no podía Mefistófeles hallar en esa expedición histórica el espectáculo y la evidencia de la nulidad de su obra?

Este es el presentimiento que por primera vez comienza á invadir al despreocupado Mefistófeles; su repugnancia por las ideas, por las Madres, es invencible: un secreto terror le hace sospechar lazos en ese mundo, á pesar de la victoria que por el momento le ofrecen, puestas á su servicio por el doctor enloquecido; pero necesita disimular, y no manifestar escrúpulos pueriles. «Lánzate al Océano, le dice, pírdete en la contemplación de lo infinito, allí al ménos verás dirigirse hácia tí las encrespadas olas... Mientras que en el apartado y eterno vacío, no verás cosa alguna, ni oírás el rumor de tus pasos, ni hallarás un punto sólido para reclinar la cabeza;» tal es el juicio ligero que el entendimiento tiene formado de las ideas.

El terror de Mefistófeles no se oculta enteramente á Fausto, y halla aquí un camino que si puede agrandar su condenación, en cambio puede por otra parte servirle de punto de partida para romper los lazos con que el diablo lo tiene aprisionado. «Yo pienso en tu nada encontrar el todo,» exclama contestando á la objeción de Mefistófeles; y verdaderamente este presentimiento es la más

grandiosa de las adivinaciones de Goethe.

Mefistófeles, sin embargo, no se fia, ni quiere dejar enteramente solo al doctor en su visionaria expedición; para ello le entrega como auxilio aparente, pero en realidad como garantía de cautiverio, su famosa llave, es decir, la lógica formalista y atrabiliaria, que por espacio de tantos siglos ha tenido aprisionada la inteligencia humana en las cárceles del sofisma escolástico, si bien dudando de que la tal llave pueda ajustarse á las exigencias de aquel espíritu vigoroso é inagotable en sus eternos deseos. Es preciso, le dice, que subas tripudiando y que desciendas tripudiando y que no dejes de tripudiar, que es como si le recomendase que no abandone de manera alguna los procedimientos de la dialecta ergotista.

Es preciso ir desde el principio de contradicción al principio de identidad, pasando por el entimema, por el vano silogismo de las palabras sin las ideas, y por todo el artificioso mecanismo que enseña á encajonar el espíritu, resbalándolo por la superficie de las ideas, pero sin penetrar jamás en su fondo. Así es como Fausto podrá encontrar las ideas unas sentadas, otras en pie ó andando, pero todas mudas y solitarias como un dogma sin eficacia. De este modo, el juicio seguirá siendo erróneamente considerado como el comienzo de la ciencia, y el punto de partida de la investigación; quedando así el entendimiento Mefistófeles otra vez como soberano de los sofismas que se enjendren, y explotador incesante de todos los errores en que se caiga.

A pesar de todo, Mefistófeles se queda con una ansiosa curiosidad. «Deseo saber si volverá,» exclama.

En el entretanto, y mientras Fausto hace su excursión hácia las ideas, Mefistófeles continúa explotando su reino, en la corte del emperador. Desde las bajezas del cortesano, hasta los devaneos que enloquecen y extravían á los humanos, todos los círculos recorre, y en todos ellos tiene aberturas por donde penetrar libremente. La expedición de Fausto, le tiene, sin embargo, preocupado, y hace que la corte entera participe de las mismas alucinaciones de que Fausto se halla poseído.

Por fin aparece éste invocando á las madres, esas reinas que imperan en el infinito, y desde cuya mansion, «poderes supremos» saben repartir lo eterno entre la noche y el día, y «dejan ver al mágico los misterios que desea contemplar.» No puede hacerse del poder de las ideas un cuadro más acabado, ni un retrato más fiel de la perversion que enjendran, cuando el entendimiento las pone al servicio de la fantasía extraviada, repartiendo lo eterno entre la noche y el día, ó sea queriendo llevar lo permanente á la sensación y lo eterno á lo temporal, para reducirlo á lo meramente histórico.

Por todos estos medios consigue Fausto reproducir á Elena. Toda la belleza plástica que el soñador enloquecido puede imaginar, aparece en este fantasma con sus más vivos colores. Es la obra suprema de la hechicera de la primera parte aquí realizada con todos los esplendores clásicos con que la profunda experiencia del doctor la engalana.

El brebaje que la hechicera sabe confeccionar, acaba aquí por hacer su obra maestra, concluyendo por sumergir á Fausto en el mayor arrobamiento y en el más hondo olvido de sí mismo á que puede llegar un espíritu que se tuerca.

«El dulce rostro, exclama, cuyo mágico reflejo excitó en mí tanto arrobamiento, no era más que la sombra de semejante belleza. A tí consagro toda fuerza activa, toda pasión; á tí consagro toda simpatía, amor, adoración, delirio.» La fantasía, cuyas alas se han hecho para dominar las alturas, se convierte aquí, por los pecados de Fausto, en el instrumento de todos sus sensualismos, y lo sujeta á la tierra en vez de transportarlo al cielo. «Aquí, dice insensato; aquí he sentado el pie, aquí está la realidad; aquí el espíritu puede combatir á los espíritus y disponerse para la conquista del doble reino... Valor, pues, ¡oh madres, que deis beis oírme! El que la conoce no puede vivir sin ella.» La suprema visión, tomada por la suprema de las realidades; el idealismo más rabioso, adorado como la más positiva de las evidencias; la calentura y la fiebre de un momento, estima-

da como la eterna felicidad y como la dicha inagotable. ¿Puede darse mayor desvanecimiento...?

XVIII.

Las inevitables consecuencias del mal que se siembra lo mismo que del mal que se hace, no tardan en aparecer ostensiblemente, y no necesitan más que el tiempo para dar sus frutos naturales. Los extravíos de la primera parte y las falsas tesis sentadas para Mefistófeles, tienen en la segunda su cumplimiento lógico. Ha sembrado excepticismo, y es natural que recoja negaciones, vanidades y orgullos insensatos. Fausto está harto cogido en los inextricables lazos del amor para que pueda inmediatamente recuperar su energía y su vitalidad de otros tiempos; y por eso su antiguo cuarto, aquel gabinete de sus sublimes investigaciones y de sus más altos pensamientos, se ha convertido en el albergue de todos los sofismas, y en el estrecho recinto de todos los errores.

El viejo ropón de pieles de Fausto, desprende al descolgarlo toda la serie de insectos con que Mefistófeles ha sabido apollillar. Es la gran alma del doctor caída en un lodazal, y gusanada por todas partes. Nunca como ahora es Mefistófeles más dueño de aquella morada, desierta de verdad y llena de quimeras.

El entendimiento alucinador vuelve a ocupar su antiguo puesto y continúa sustituyendo a Fausto en su viejo sillón. Puesto que es aun, como dice, doctor, y a la verdad, aun sigue en nuestros mismos tiempos siendo el preceptor de la vida, y a cuyas insinuaciones rinden exclusivo culto así los hombres como las instituciones y las cosas. Todavía hay muchos «que lo reconocen como tal,» y entre ellos el antiguo estudiante de la primera parte.

Aquí, el doctor se ha transformado en la pedantería misma. Las lecciones de Mefistófeles no han sido desaprovechadas, y el estudiante se presenta «dotado de una audacia sin igual.»

Cree que no solo ha asistido al génesis del mundo, sino que le ha dado su fuerza y sus elementos. «El mundo no existía antes de que yo le formase, exclama: yo soy el que hice brotar el sol del seno de las ondas, y empezaron conmigo su curso las revoluciones de la tierra.... ¿Quién sino yo os libro de las tristes preocupaciones en que viviais?»

En cuanto a mí, libre sigo los impulsos de mi fantasía, recorro alegre el camino que me traza mi luz interior, viéndolo con arrobo la claridad ante mí, y detrás las tinieblas. El mismo Mefistófeles se sorprende del orgullo que ha sabido engendrar en su discípulo. Viejo experimentado, reconoce en medio de todo los límites dentro de los cuales se agita, y sabe demasiado que hay un círculo que no puede traspasar, y en el cual se mueve sin lograr perturbar en nada los fundamentos y el ser y esencia de las cosas. «¿Cuál sería tu disgusto, dice para sí, si pudieses llegar a hacerte esta sencilla pregunta: ¿Quién puede tener una idea, sabia ó estúpida, que no haya sido concebida en lo pasado?» Y en verdad, no puede trazarse más gráficamente la esfera única en la que el entendimiento actúa, se desenvuelve y obra.

Porque con eterna actividad amplia y extiende los horizontes de las cosas, piensa que las crea y se supone fundamento de todo, cuando no es más que el poder reflexivo, calculador que las descubre, pero que también con suma frecuencia, las extravía en su dirección y en su sentido. El estudiante no ha llegado aun a ser bastante diablo, para comprender esta verdad profunda, de que tan amargamente se sabe Mefistófeles.

De su parte Wagner, ese perpétuo buscador de noticias, ha llegado a formar con su erudición un pequeño mundo, de pequeñas interpretaciones. Es el retórico, el crítico menudo que ha sabido sintetizar sus liliputienses investigaciones, y que ha sacado de la exploración de los clásicos un héroe de invención. Su Hemúnculus no es otra cosa que la resultante de los delirios románticos combinados con las tradiciones que ha llegado a recoger del clasicismo; y cuya resultante era indispensable para acabar de alucinar a Fausto calenturiento todavía, y ansioso de poseer a Elena.

Solo así, podía Mefistófeles acabar de recomponer el pasado. Fausto traía las madres, las eternas solitarias para el entendimiento, y las ponía a las órdenes de

los menudos detalles y de las minuciosas noticias que Wagner había sondeado y comentado. La representación fantástica de esta combinación, iba á ser Homúnculus, introductor natural de los visionarios, en la región de las sombras y de los fantasmas del mundo antiguo. Esta obra halagaba á Mefistófeles, puesto que al fin y al cabo había sido su engendro; pero no le borraba, sin embargo, sus terrores, ni la repugnancia con que se veía obligado á hacer aquella exploración peligrosa. Desde luego se nota que al llegar aquí, Mefistófeles va á poner la planta sobre un mundo para él desconocido en sus detalles. Elera en esto el diablo de la Edad Media; la personificación de las quimeras y de los males del espiritualismo cristiano; tenía su montaña de visiones, su Brocken especial, el que nos presenta en la primera parte al conducir á Fausto á su noche y á sus tinieblas; pero nada sabía de la noche y de las tinieblas de la antigüedad.

Derrotada á pesar de sus cisnes, de sus beldades, de sus sirenas, de sus esfinges y de sus espectros todos, ¿por qué había de ser más poderoso el diablo de las brujas, de las hechiceras y de los géminos de la Edad Media? ¿No podía él también ser vencido?

Sin embargo de todo, se consuela con el pensamiento de que lo que van á hacer, no es más que un pequeño ensayo de Brocken, si bien con los *cerrojos descorridos del paganismo*. «Nunca, dice, valió gran cosa el pueblo griego; solo logró deslumbrar por medio de la libertad de los gozes sensuales, y atraer el corazón del hombre á pecados alegres, mientras que los nuestros han sido considerados siempre como tenebrosos.» Esto es, toma el mayor refinamiento del mal por un escudo que lo perpetúa, cuando es, sin él sospecharlo bastante, una hipocresía á que tiene que recurrir, por lo mismo que ha perdido terreno.

Es necesario, pues, emprender el viaje; á Fausto se lo exigen sus locas visiones, y Mefistófeles se encuentra atraído por la curiosidad voluptuosa que le ha llegado á producir su engendro. Homúnculus se encarga de ser el interlocutor de los viajeros, puesto que es el que sabe designarlos y clasificarlos. Solo Wagner se queda en casa, para continuar «hojando los viejos pergaminos, reunir, según la regla, los elementos de la vida, clasificarlos en debida forma, y no olvidarse de meditar la causa y aun mucho más el medio.» ¡Ironía admirable, con la cual Goethe ha sabido burlarse de las pueriles elucubraciones del erudito desvanecido!

XIX.

La noche clásica de Walpurgis, reproducción notable de la montaña de Brocken de la primera parte, pero referida aquí á la representación del mal antiguo, es indudablemente una de las más brillantes osadías del poeta alemán, y uno de los medios plásticos más acentuados de que podía servirse para patentizar la obra insignificante del mal, á pesar de sus ruidosas y altubadas apariencias. Era el espectáculo más abrumador para Mefistófeles, y el que mejor podía evidenciarle la nada de sus esfuerzos y el vacío de sus propósitos, al cabo anulados por la eterna energía del bien y por su virtud imperecedera é inagotable.

Más extenso, aunque menos refinado, más rico en el dominio de elementos, con mayor influencia en la vida, con no menor cantidad de historia, digámoslo así, ofrece, sin embargo, á los ojos de Mefistófeles, el espectáculo aterrador de una derrota sin réplica. También tiene sus hogueras, sus fuegos fátuos que tenebrosamente iluminan con luz siniestra las malas acciones, y también abunda en sofismas, en atractivos, en encantos avasalladores y tiránicos.

A pesar de todo, su transformación ha sido inevitable, y no puede negarse su retroceso y los pasos que ha dado atrás, reduciendo su esfera y concentrando sus trincheras. Por otra parte, el bien que, á su despecho, ha producido, no puede tampoco ocultarse. Alejandro ha tenido ambiciones y sombríos sueños, y César no ha dejado de estar acariciado por esas sombras que alucinan; y á pesar de todo, Alejandro y César han hecho bienes que nunca les agradecerá bastante la humanidad, y que bastan para perdonar sus extravíos y sus errores. «¿Cuántas veces se ha repetido, exclama la som-

bría Ercilto, lo mismo que pudiera hacerlo Mefistófeles, y se repetirá esta lucha hasta la consumación del tiempo!»

Era además indispensable presentar este cuadro fantasmagórico á los ojos de Fausto, para poder con exactitud reproducir, en toda su vasta extensión é influencia, la figura de la belleza clásica, la representación de Elena, expresión compleja de todos los bienes y males que habían movido y agitado la antigüedad. Para Mefistófeles, al primer impresión no tenía de pronto más que una novedad aparente. «Al través de antigua ventana, dice, veo en los escombros del Norte algunos espectros horribles; aquí, como allá, estoy en mis dominios.» Pero no tenía en cuenta el embarazo y la soledad en que aquel espectáculo había de dejarlo.

Todos sus arduos, todos sus procedimientos, todos sus trabajos se resentían de viejos, de gastados y de infecundados para el mal á cuyas aspiraciones obedecía.

A pesar de su aparente dominio, el mundo se les había escapado, á los Esfinges, á los Griiones, á los Arimaspes y á las Lamias (1); y sin embargo, también estos se habían creído más eternos y omnipotentes que el mismo Mefistófeles. «A medida que voy errando al través de estas pequeñas hogueras, exclama, me veo cada vez más aislado; reina la desnudez casi en todas partes, y solo de vez en cuando descubro algunas camisas. Los esfinges carecen de pudor y los grifones de vergüenza.... Aunque en verdad seamos nosotros extremadamente obscenos, veo que lo son aun mucho más los antiguos.» Confesión terrible y de cuyas consecuencias no acaba Mefistófeles de persuadirse enteramente, porque, como él dice, con suma facilidad ha comprendido á cada uno de aquellos espectros en particular. El mismo, ¿no es el resumen de todos? Su concentración ha de parecerle una fuerza mayor, pero no puede explicarse cómo han podido llegar al extremo en que los encuentra.

¿Podrías decirnos qué hora es? le pregunta con ironía el Esfinge. A esta interrogación, Mefistófeles con osadía irónica invoca al tiempo como su fuerza, y á la sucesión de las cosas como la garantía de sus resultados, por lo cual aparenta no impacientarse; además de que «sería extraviarse queriendo subir de un brinco á lo alto.» «Deja, le dice, los enigmas de allá arriba, y conténtate con hacer charadas.»

El Esfinge le contesta oportunísimamente: «Proponte conocerte á ti mismo, y tendrás ya un enigma. Procura, si no, explicarte esto claramente: útil para el bueno y el malo, para este un peto con el que pueda pelear en su ascetismo, para aquel un compañero de locuras, y todo por disposición de la Divinidad.»

Efectivamente: el entendimiento aun extraviado, aguijonea al espíritu en el descubrimiento de la verdad y en la realización del bien. Cuando envanece pretende haber llegado á las grandes negaciones y á los grandes exceptivismos, y cree haber anulado la realidad en fuerza de análisis y de juicios forzados, el buen sentido de la humanidad huye de semejantes asertos, y despliega energías ignoradas por el excéptico, á quien dejan abrumado y corrido. «Tiene la humanidad fino el oído, exclama Fausto; una palabra pura inspira grandes acciones; conoce el hombre muy bien lo que le falta, y acepta ó sigue con placer los consejos serios. Así, pues, me separo de tí, y no tardaré en volver triunfante.» Divina réplica y la más consoladora y profunda de las evidencias! Podrá el extravío dominarnos temporalmente; seremos juguetes momentáneos de lo falso; pero al cabo la inagotable y eterna energía del bien triunfa de todo, y repone de nuevo las cosas en su lugar, como la fuerza de gravedad coloca siempre los cuerpos en el orden inmutable de sus densidades respectivas.

Por eso Mefistófeles no se encuentra bien dentro del círculo del mal antiguo. A primera vista le es simpático el rostro

(1) Divinidades paganas que personifican el mal, y que son las formas poéticas de que la antigüedad lo ha revestido. Representaciones múltiples, y al cabo desvanecidas del infierno clásico y de las pasiones reinantes en aquel mundo ya sepultado y en aquel reino ya extinguido. Las brujas, los duendes y las hechiceras de la civilización antigua, evocadas para servir de ejemplo desespetante á la soberbia impenitente de Mefistófeles.

del Esfinge; pero mirado por dentro y desde abajo, le horroriza. «Hipócrita, le dice el Esfinge; se te condena á venir aquí en penitencia; nuestras patas son al menos sanas, mientras que tu pié contrahecho es indigno de estar en nuestra compañía.» Y así es la verdad; el mal antiguo es más inocente, digámoslo así, á pesar de sus apariencias y de su mayor extensión, y más poderoso por lo mismo que deja más puertas abiertas á la generación y es menos intencionado y tiene menos refinamiento. Es menos profundo, pero más sincero. Reinó en el mundo antiguo; Edipo estuvo un día en su presencia; el mismo Ulises se estremeció ante aquellos lazos que le sujetaban; cada uno de los héroes pagó su tributo á los límites y á las debilidades de su tiempo; pero á pesar de todo, el mal no pudo impedir sus buenas acciones, ni borrar la eternidad de sus obras. El mal pasó, y los grandes ejemplos de aquellos héroes continúan siendo la admiración permanente de la posteridad.

¿Qué busca, pues, Fausto en este mundo de espectros y de sombras? ¡Ah! Fausto busca el bien, aun en medio de lo torcido de las sendas que emprende. Es verdad que se equivoca al evocar la belleza antigua como el prototipo único de lo absoluto; pero si en Elena no encuentra lo absoluto más que en un término, ¿no es, sin embargo, un descubrimiento que puede y debe concluir por reconciliarlo con el pasado haciéndole justicia y reconociendo lo que ha legado como indestructible al porvenir? Sin duda ninguna.

La representación de Elena, es una representación permanente del amor plástico; si produce extravíos y locuras, los produce por la interpretación torcida y por el desconocimiento del contenido interior que debe acompañarle.

La belleza clásica es una forma divina y eterna, el sentimiento sensualizado, digámoslo así; carece por dentro de sustancia moral; es un ropaje vistoso, pero sin armadura; un cuerpo sin alma. En medio de su majestad y de su gallardía, la misma Elena es la encargada de presentar el enigma de su destino en la antigüedad. «¿Soy aquí soberana ó cautiva?» exclama. «Lo ignoro por haberme reservado los inmortales una fama y un destino equívocos.» Y á la verdad, dominadora de los sentidos, es reina al subyugar con sus placeres, pero no es esclava de los caprichos de los héroes á quienes encadena? Su camino, por otra parte, ¿no le deja sembrado de ruinas? ¿Cuándo podrá Troya olvidar los estragos de su belleza? Y, á pesar de todo, la antigüedad la adora, y Antonio no tiene presentes sus ruinas y sucumbe por Cleopatra, esa consecuencia histórica que al fin no es menos esclava que el modelo ideal de las aberraciones y miserias que degradaron tan profundamente aquella civilización, y que originaron su inevitable catástrofe.

XX.

La antigüedad desconoce por completo el amor elevado y sublime del espíritu; idolatra de la materia, la diviniza, la reviste de incomparables galas; pero las emociones purísimas de este sentimiento delicado, le son extrañas é ignoradas. En presencia de Fausto, Elena queda naturalmente sorprendida; Fausto, ha evocado los sensualismos del mundo clásico, pero no ha perdido por eso ni ha renunciado á las emociones románticas del idealismo cristiano. Es el espiritualismo de la Edad Media, reconciliándose con los esplendores materiales de la belleza pagana, y refundiendo en un verdadero sincretismo las dos civilizaciones y los dos ideales. Goethe señala aquí con adivinación profunda la armonía que, á pesar del aparente antagonismo, existe entre las dos edades humanas de la historia. «Comparte conmigo, dice á Elena, el mando de tu reino infinito, y haz que sea un solo hombre tu admirador, tu esclavo y tu custodio.» «Dime, replica Elena, ¿qué debo hacer para hablar una lengua tan bella?» «Lo lograrás fácilmente, responde Fausto, porque todo el secreto está en el corazón.» No podía llegarse á una conclusión más feliz. Fausto que, exhalado, buscaba en las voluptuosidades paganas un nuevo extravío, se convierte sin él sospecharlo, y solo por la eterna virtud del bien, en redentor y rectificador del mundo antiguo.

Es cierto que Elena le seduce, lo atrae y lo fascina; pero ella, á su vez, ¿no es

halla como renovada y con atributos de que verdaderamente carecía el modelo histórico? La Elena que Fausto reproduce no es, no puede ser estrictamente la Elena clásica de Homero. ¿Cómo había de desprenderse Fausto de la propia superioridad de su edad histórica, ni cómo había de dejar de imprimirle el sello de su eterno ideal, de la belleza que tan profundamente se distinguía y elevaba sobre el de Homero?

En vez del laberinto sin salida en que Mefistófeles creía encerrar a Fausto, halla éste, en su propia locura y desvarío, una rectificación que hacer y una justicia que cumplir. De su unión con Elena ha de salir Euforion, producto del maridaje del clasicismo griego con el romanticismo cristiano, lo cual es hacer una obra divina que Mefistófeles no podía sospechar. Euforion viene a ser el arte moderno en su primera adolescencia, pero desligado ya de las preocupaciones de sus progenitores; la plasticidad incomparable de Elena del arte antiguo, de aquella forma eterna, combinada con la delicadeza estética, con el sentimiento tierno y sublime del amor romántico, en una palabra, el clasicismo sin *ondas y muros*, sin trabas preconcebidas, intimado con el romanticismo sin exclusión, sin imposiciones dogmáticas, sin fantasmas engañosos; la conciencia de cada cual, como el mismo Euforion dice, y «el pecho del hombre que es su muro inexpugnable», erigido en fuente eterna de inspiración para el arte del porvenir.

Todo el cortejo que acompañaba al arte clásico ha sido también invocado como necesariamente al reproducir a Elena, y también como ésta queda libre de los encantamientos y de los repugnantes lazos de la *bribona de Thesalia*, es decir, de las limitaciones y preocupaciones históricas en que se extravió y perdió su pureza y su sencillez la antigüedad.

No ha sido, pues, inútil la excursión de Fausto; al ascender a la alta cumbre de sus quimeras, ha podido contemplar otra vez que, a pesar de sus extravíos, la imagen eterna de sus deseos no le ha abandonado, y descendiendo de ella, sintiendo fluir de nuevo en sí los tesoros de la primera edad «hasta entonces, dice, ocultos en el fondo de mi corazón.»

«Amor de la primera aurora, exclama, que vienes con vuelo rápido a hacer revivir en mí la primer mirada que me penetró el alma, apenas comprendido y recordado siempre, borra todo otro esplendor ante su brillantez deslumbradora. Semejante a la belleza del alma, la grata forma se eleva sin sufrir alteración ninguna, y se balancea en el aire, llevándose la mejor parte de mí ser.» Ciertamente, por encima de todo extravío y de toda falsa relación, el amor en su permanente energía se llevará consigo y poseerá todo lo noble de la naturaleza humana, sin que Mefistófeles pueda hacer otra cosa que turbar momentáneamente la santidad y pureza de esta unión divina, cuya esencia no puede jamás quebrantar.

A pesar de esta derrota, todavía le quedan a Mefistófeles recursos; aun puede levantar sobre los incansables deseos de Fausto un plano de sibirismos, construir un magnífico palacio, dentro del cual se enervan los sentidos, y disponer para las mujeres que le ofrece varias *casitas elegantes y cómodas*, llenas de voluptuosidad y de misterio, «a fin de pasar en ellas horas infinitas en una soledad encantadora y social;» es decir, todavía puede presentarle a Fausto su *Parque de los ciervos*.

Fausto adivina toda la pequeñez de esos atractivos para saciar sus sublimes deseos; pero, sin embargo, aun «quiere dominarlo todo y poseerlo todo;» no está aun libre de los lazos de Mefistófeles, pero puede por la acción y la vida desligarse de él. Y en verdad; toda la profundidad de sus aspiraciones escapa a la previsión de Mefistófeles. «¿Qué es lo que tú puedes saber acerca de los deseos del hombre? le dice el doctor; ¿cómo puede tu naturaleza llena de amargura y de hiel, saber lo que conviene al humano ser? La conciencia del hombre que vive en el infinito, que se halla en presencia permanente de lo absoluto y que hace a cada individuo moverse hacia ella, por más que frecuentemente equivoque las sendas, harán al cabo que éste encuentre la verdadera, y se dirija hacia ella como el hierro irresistiblemente tiende hacia el iman y como la aguja al polo.

La intranquilidad de la vida es un minuto de su eternidad; todo al fin pasa y sucumbe, y cuando el silencio de las pasiones llega, comprendemos con Fausto la inutilidad de los procedimientos errados para apartarnos enteramente del bien mismo. El error más profundo es, bien analizado en su fondo, un conjunto de verdades mal dispuestas y relacionadas, este desorden momentáneo, es el que toma Mefistófeles como su mundo inagotable. ¿Puede darse mayor pobreza?

A la larga, y después de la sombría noche en que Fausto ha caído y cuando ya ha quedado ciego para el mundo exterior a causa de las repetidas visiones de sus extravíos, concentra su actividad en la luz interior de la conciencia que nunca ha dejado de llamarle, y entonces emprende su obra de regeneración y comienza a sentirse abrumado por el remordimiento.

Pero el remordimiento no es ya de suyo y sin más la redención; es un punto de partida, pero no el sistema de rectificaciones por los agravios inferidos ni por los extravíos consumados. El trabajo es titánico, pide muchos operarios; hay que cavar en el foso y desecar perfectamente todos los pantanos que pueden seguir infestando el país conquistado. Esto es una profunda verdad; pero Goethe aquí delinea vagamente el cuadro y se limita al enunciado y a las tesis generales, sin entrar detalladamente a desenvolver su contenido.

XXI.

Parecía natural que Goethe hubiese determinado concretamente el camino de la rehabilitación, y que hubiera seguido paso a paso rectificando todos los torcimientos de su héroe, elevándolo al origen de sus errores para que en su fuente los fueradesecando y extirpando; pero realmente no hace otra cosa que entrever el medio sin llegar a fijarlo ni formularlo de un modo terminante.

El lector puede sospechar la posibilidad y hasta los medios redentores, pero el poeta no los enumera ni los especifica claramente. Aquí está, en nuestro concepto, la laguna capital de este poema gigantesco. Toda la vida de Fausto, condensación admirable de la historia de la humanidad, y resumen individualizado de sus actos cumplidos, llega a su fin sin fórmula segura para la historia del porvenir.

Es cierto que el mal no es, y que, como efímera accidentalidad, no representa más que un minuto de dolores en medio de la perpetuidad del tiempo y de su eternidad; pero ¿no hay todo un proceso sistemático de recomposición y toda una obra compleja de reivindicación para todas y cada una de las falsas relaciones en que ponemos nuestra propia naturaleza? Sabemos cómo desvía el entendimiento; cómo extravía Mefistófeles, y esto está admirablemente desenvuelto en el poema; pero ¿por qué no hemos de conocer tan detalladamente cómo regenera la razón y cómo la conciencia para y aleja siempre de sí los golpes que el entendimiento alucinado pretende asestarle?

La actividad de Fausto es inagotable; pero ¿de qué modo se determina y actúa en cada caso y en cada punto para irse desembarazando del mal que lo ha ido apartando del recto camino?

La fe sola no basta; la fe, que jamás es otra cosa que un grado inferior de conocimiento, puede servir de fuerza impulsiva; pero si esta fuerza no se desarrolla y crece y se eleva a la categoría de conocimiento racional y de obra ejecutada, de nada sirve, y para nada aprovecha. Fausto, la humanidad, aspira incesantemente a reconciliarse con lo absoluto, y a vivir de sus aspiraciones; pero para anteponer lo absoluto a lo particular y erigirlo en criterio incorruptible de la actividad y de su fin, hay un camino; solo uno, es cierto, pero el suficiente y el que basta para hacer de la vida el medio legítimo del destino inefable é infinito de la humanidad.

Ya el sentido común histórico guarda como depósito alcanzado en fuerza de experiencia, este axioma que si no le es regla de conducta constante, le sirve al menos de aplicación de justicia en momentos dados y en casos excepcionales. «La verdad, dice, no tiene más que un camino,» y este presentimiento y esta anticipación divina de la conciencia y de la razón, le sirve constantemente de escudo, de vigía de tutela contra el sofisma

invasor que viene a tenderle lazos. Es cierto que hasta ahora la historia no ha hecho de este axioma otra cosa que un uso egoísta, é individualmente interesado; pero en los profundos presentimientos a que por su edad ha llegado, la humanidad, comienza a entrever la común vitalidad que encierra, y la universalidad de sentido a que se adapta en sus aplicaciones.

El extravío de Fausto, como todo error y todo mal, arranca de las facultades mismas del sujeto humano; pero por encima del conocimiento que tuerce y del sentimiento de que se deja arrastrar y de la voluntad que pervierte, están en el conocimiento mismo como fuente necesaria é incorruptible que se halla siempre en presencia de la verdad, y el sentimiento y la voluntad y la actividad humana toda, que siempre comunican con lo bello y lo bueno y pueden como ley que son de la libertad misma, rectificar eternamente lo falso, lo deforme y lo malo.

Conocemos, pensamos, sentimos, queremos, absoluta y necesariamente; no somos libres en dejar de conocer, pensar, sentir y querer, y no como quiera, sino en pensar, sentir y querer lo absoluto, lo permanente, lo esencial, lo verdadero y lo bueno; pero somos libres por bajo de esto para extraviar lo bueno, lo verdadero y lo bello en los particulares seres y detalles que libremente reconocemos, pensamos y queremos. Fausto mismo, ¿no aspira a la verdad eterna y no tiene como carcoma incansable su anhelo insaciable de poseer la belleza absoluta y el bien supremo? Y, sin embargo, a cada momento extravía la dirección y confunde entre los accidentes que se le interponen el objeto real de su propósito, con su apariencia engañadora y con los espejismos que le forjan sus impacencias.

Déjase adivinar, por lo que Goethe simplemente enuncia, que Fausto ha emprendido la obra laboriosa de su penitencia. «Me siento, dice, con fuerzas para consagrarme eternamente a esta idea, que es el complemento de la sabiduría; solo es digno de la libertad y de la vida, aquel que sabe cada día conquistarse una y otra.» Pero, ¿y los medios concretos de llevar a cabo esta idea que efectivamente es el complemento de la sabiduría? Este es, en nuestro concepto, el vacío del libro de Goethe; ¿por qué caminos se cura de las aberraciones en que ha caído, y de los vicios a que ha rendido tan sombrío tributo?

Aquí la crítica no tiene más medio que el de procurar adivinarlo. El sentimiento, no ha sido meramente el que ha extraviado a Fausto; el sentimiento ha sido la ocasión, el motivo directo de su falta; pero a una con él, se ha dado en el doctor la aberración intelectual de soñar con reducir a la parte, a lo particular, a lo determinado, a lo finito, la totalidad de sus aspiraciones y deseos; ha querido condensar en lo histórico que pasa, lo permanente y lo absoluto y lo que como esencial queda y dá sustantividad a lo histórico mismo, y entonces, ha trastrocado los términos, y ha falseado todo el sistema de la vida. Alejándose de sí, ha perseguido su ideal buscándolo entre lo sensible, y se ha encontrado con humo y viento y con que todo lo que tocaba se le deshacía entre las manos.

El sentido, jamás dá de sí más que lo particular, lo concreto, y lo enteramente finito; lo general, ni nace de él, ni está a su alcance, ni podrá jamás penetrarlo. Fausto no ha hecho más que pagar un tributo amargo al desolador y pretendido positivismo que desde hace algunos siglos viene descomponiendo la vida, las instituciones y las cosas que la Edad Media nos ha legado. Excelente para demoler el pasado, cuyas consecuencias deduce, no puede fundar nada, ni se encuentra con fórmulas que satisfagan las aspiraciones infinitas de la humanidad, que a despecho de los tiempos y de las circunstancias sigue amando en su buen sentido, lo absoluto, lo permanente, lo real, la inmortalidad, Dios, lo supremo. «La huella de mi vida, dice Fausto, no puede quedar envuelta en la nada. Basta el presentimiento de aquella felicidad sublime para hacerme gozar mi hora inefable.» Y este presentimiento, a la verdad, jamás ha podido ser arrancado del corazón y del alma de la humanidad.

Fausto ha necesitado, por consiguiente, rehacer todo el camino y llegar a la

fuente oculta de donde proceden todos nuestros errores y todos nuestros males y aberraciones. Persiguiendo su ideal, era lógico que a través y por dentro de sus locos extravíos, llegase por fin a contemplar la intimidad esencial de nuestra naturaleza con el objeto mismo de nuestro deseo. La belleza eterna que en su anhelo buscaba no era, no podía ser, un producto, una consecuencia de la intimidad efímera de los sentidos, que solo puede hacer esencial y fecunda el principio permanente de esta misma unión, a la cual ha de presidir, y en la que ha de tener su origen imperecedero. El espectáculo que Elena le ofrece es una muestra elocuentísima de ello: Elena es reproducida con toda la lozanía y con todos los encantos plásticos que más pueden halagar la voluptuosidad; y sin embargo, Elena contemplada por dentro, sondeada en su espíritu, nada permanentemente encierra, y se reduce a un capricho fugitivo y deleznable.

Sus formas son divinas pero su fondo es quimérico é insignificante y solo aquel vestido y aquel ropaje de los dioses es lo único que se queda entre las manos de Fausto para que éste le infunda el alma de su espiritualismo y anime su permanencia. Lo demás se evapora. ¿Cómo no había de despertarse en el doctor una reacción favorable al sentimiento que dignifica y una repulsión necesaria al mero sensualismo que degrada?

La rectificación de Fausto, es, pues, una vuelta a la intimidad de la propia naturaleza, una reconciliación con la conciencia; Mefistófeles mismo, el entendimiento, le ayuda sin saberlo ni quererlo en esta obra redentora.

Mefistófeles le sirve poderosamente para analizar y desenvolver los conceptos y las ideas; «los diablos como Mefistófeles, dice, siguiendo la pista a una llama desconocida;» esta llama no es otra que la permanente y esencial relación del hombre con la realidad, que acaba al fin por apretar la nuca del entendimiento alucinador. «Es este un elemento, exclama, hecho para domar los diablos, más penetrante que las mismas llamas del infierno.» Y efectivamente, ¿quién puede resistirse al encanto inefable y divino de dos seres que enlazan su esencia en un destino común y desafían desde aquella altura las embravecidas olas de la pasión, que por más que se hinche y alucine jamás puede quebrantar, antes por el contrario, confirma más y más la inefable identidad suprema de esta relación, que nunca deja de solicitar vivamente y con energía inagotable a la humanidad?

«Siempre me ha herido su vista odiosa, replica Mefistófeles, y sin embargo, ahora gozo al contemplar a esos tiernos niños; hay un poder que me impide maldecirlos... ¡Les odio mortalmente, y no obstante, me dejo deslumbrar de su belleza! Y en verdad; cuando el amor con sus dulces encantos llega a arrobar el alma, dignifica cuanto toca é impide absoluta é imperativamente a Mefistófeles sumergido en el fango.

La cantidad de respeto que engendra y los sentimientos que inspira, engrandecen al objeto amado elevando al que ama. Es el fenómeno más incorruptible, y el que como Goethe dice, «puede guiar al santo imperio de los firmamentos.»

XXII.

Por este lado era por donde efectivamente había de desembarazarse Fausto de Mefistófeles. Las alucinaciones de aquel habían de llegar fatal y necesariamente a su fin. Desde el momento en que la conciencia, en fuerza de su permanente actividad, llegue a hacer vislumbrar al sujeto, la eterna realidad que el entendimiento le ha velado entre nubes a pretexto de particularizarla reduciéndola a los estrechos lazos de los sentidos, todos los esfuerzos de Mefistófeles serán inútiles, y el mismo tentador, aunque resbalándose por su superficie, aparecerá como deslumbrado por ella y quedará suspendido de sus redes y como abortado y anulado.

Este momento de atracción, esta concesión momentánea llegan y bastan para anonadarle y destruir su plan. «¡Maldita aventura, exclama, que me ha dado a conocer el elemento del amor! ¡Cuánto daría por una de vuestras sonrisas, que sería para mí un éxtasis eterno!» Cuando quiere volver en sí ya no hay remedio; podrá «el interior del diablo quedar intacto, porque aquella chispa de amor

solo le ha llegado á la superficie; pero su obra ha sido contraproducente y se ha dejado escapar á Fausto, que ha visto al fin y contemplado, si bien de un modo vago, inefable y brillante, las causas de su extravío y los motivos de su disipación. «Me ha sido arrebatado un gran tesoro, dice Mefistófeles con amargura; un tesoro único; el alma sublime que se me había entregado.»

«Mefistófeles, el entendimiento, no ve, no puede ver desde la distinción de términos, desde el juicio de que parte, la unión y la relación esencial que primeramente le une, y desde cuya unión supuesta puede únicamente obrar Mefistófeles y extraviar y torcer su posición y su armonía.

Encerrado en este círculo de hierro, batalla, pelea, lucha, se encrespa, abulta sus alucinaciones; pero ni llega á los términos, ni puede destruir la esencia y el fondo de su relación fundamental. Por vulgar que le parezca un deseo y por vacío que le suponga, siempre hay en él toda la naturaleza humana presidiéndolo y dándole contenido, vitalidad y robustez. A pesar de sus años, sigue encastillado en sus errores, y no logra ni logrará jamás una victoria decisiva: su enemigo es la misma naturaleza humana, y no hay pelea con éxito contra el ser y esencia de las cosas. Por eso exclama: «Te han engañado en la vejez, pero debes confesar que lo tienes merecido; he obrado como un necio consumado, y perdido vergonzosamente el fruto de todos mis afanes. ¿Es posible que un deseo vulgar, que un amor absurdo, haya podido cojer de este modo al diablo albardado de pez, y que con tanta experiencia, haya podido caer en semejante necesidad un cofrade de mi especie?»

Y así es la verdad; la malicia del diablo, es al fin y al cabo una malicia inocente. En el fondo de sus planes torcidos hay siempre y palpita un bien de que no se percibe y que es el que anonada su experiencia inutilizando su obra y convirtiéndola en instrumento del bien mismo que quiere repeler y á cuya edificación contribuye.

Después de esto, el poeta experimenta sin duda la necesidad de reconstituir y de afirmar un ideal superior de vida, que pueda servir de pauta segura para el porvenir; pero se siente débil y no encuentra la fórmula. Un nuevo Paraíso de Dante se le aparece aquí como el complemento de su obra y como el corolario y resumen del triunfo del bien sobre el mal. Pero, no ha ido demoliendo el mismo palmo á palmo todas las bases de vida y todas las creencias de la Edad Media? ¿Qué restos de fe cristiana puede traer á la reorganización de su ideal? Y por otra parte, ¿es el pedestal cristiano bastante extenso para edificar sobre él el plano de la vida que viene?

Hé aquí las dificultades con que Goethe tiene que luchar. Al evidenciar la disipación del mal histórico, al haber anulado á Siva, á Tifón, á Arhiman, á las Furias, á Satanás, al mismo Mefistófeles de la escolástica, ha puesto también de manifiesto el vacío y errante del concepto de vida de que todas aquellas civilizaciones se han resentido, y no es posible volver á su reproducción y á nuevas determinaciones de aquel orden histórico sin caer de nuevo en el círculo vicioso de sus errores y de sus males y deformidades. ¿De qué serviría entonces el haber hecho el resumen entero de la vida de la humanidad, hasta el presente realizada y cumplida? ¿Dónde está la nueva fórmula que al redimir y sanar las llagas y los males pasados ha de servir de ley y regla permanente de la vida futura?

Hé aquí lo que Goethe no encuentra ni puede encontrar, dadas las fuentes filosóficas en que se inspiraba. Spinoza y Hegel son, después de todo, cristianos de la oposición, pero cristianos al fin, á pesar de todo, y por una necesidad histórica derivada de su propio estado de pensamiento.

Ellos han demolido lo legendario de sus tradiciones, han evidenciado lo absurdo de su misticismo, lo han purificado de sus supersticiones, han sometido la creencia al crisol de su análisis, y han evaporado sus sustancias extrañas y los fanatismos de que la piedad y la exaltación teológica le habían recubierto; han entresacado el oro puro que el cristianismo contenía en su fondo; pero en último término, no han hecho otra cosa que dar al cristianismo una dirección más inte-

lectual, y al sentimiento y á la fe un temperamento más racional y un aspecto más en armonía con el espíritu analítico de los tiempos. Han demolido las bases angulares en que la creencia descansaba, y, á pesar de todo, no se han apercebido de que los preceptos morales de eterna eficacia que al cristianismo le han quedado, no eran ni podían ser piedras angulares del sistema de vida del porvenir, y si solo medios y medios permanentes del bien; pero bajo superior concepto científico y dentro de principios más íntimos, universales y humanos. Necesitábase fundamentos de razón, y no son ya suficientes anticipaciones no analizadas de creencia impuesta; y si es cierto que Margarita salva, no puede hacerlo al modo de Beatriz, por más que el amor de ambas redima al cautivo y lo arranque de los círculos sombríos del infierno en que se han metido.

La fecundidad del amor es inagotable; pero el calor del sentimiento, necesita la luz del pensamiento y uno y otro los esplendores inefables de la conciencia y de la razón que es donde realmente está el Paraíso que Dante encontraba en las alturas del empleo y que Goethe no hace más que entrever vagamente, dejándolo in formulado.

XXIII. CONCLUSIÓN.

Hemos terminado la tarea que nos habíamos propuesto. Resumiendo nuestro juicio, diremos que Goethe, al presentar su grandioso cuadro, ha seguido paso á paso analizando los vacíos y las lagunas de la humanidad de su historia, haciendo en su poema, no solo la apoteosis del bien sobre el mal, sino la insuficiente actividad de éste para anular aquel y para desviar su eficacia final. El mal, que como mero accidente, jamás hace otra cosa que perturbar un minuto de la eternidad, se desvanece al fin y deja al hombre asombrado, cuando pasada la tormenta, reconoce que solo en su impaciencia no contenida, ha estado el secreto de sus amarguras y de sus penas. «Siempre, dice Mefistófeles, os quejáis de la vida que tan pronto pasa; y, sin embargo, al ver las cosas á la luz del gran día, se ve que su duración al fin os basta.»

Por encima de esto, y como su complemento, hay sin embargo y se siente cada día con más viveza, lo que Goethe llegó á sentir sin lograr darle alcance. Ni la edad clásica, ni la edad romántica poseen el secreto del porvenir. Han dado elementos, han acaparado experiencia, han proporcionado datos y materiales de edificación para la tercer edad humana; para esa edad de armonía, que estrechando cada vez más al mal, ha de irle haciendo perder terreno y reduciendo sus trincheras. Por de pronto, la aprensión de que el mal viene de afuera, ha quedado completamente desvanecida en el inmortal poema de Goethe: y ciertamente que haber adinado de dónde procede el mal, es haber dado el gran paso para anticiparse á sus explosiones y para reducir sus efectos.

Ya no puede producir grandes cataclismos, ni cortar en su fatalidad las corrientes de la vida, ni interrumpir la solidaridad y el engranaje de las civilizaciones que vienen. El porvenir se le ha escapado á Lucifer, y rechaza desde luego aquellas sombras tinieblas en que se ha sumergido el pasado, víctima momentánea de los misterios del mal y de la soberbia que le engendraba lo oculto y velado de su causa á los ojos de la humanidad.

Mefistófeles lo reconoce al fin, y exclama en su última palabra: «no se trata ya de diferir ni de quedarse. El gran Vicario truena desde lo alto, y no puede ignorar que él y los suyos saben arrojarle, como yo sé arrojar á los ratones.»

Toda la obra está, pues, reducida en adelante á encontrar, desenvolver y hacer prácticas las leyes rectificadas, y las eternas ideas renovadoras del panorama de la vida que viene, y cuyos horizontes van ya siendo coloreados por la aurora. Por más que la tradición sea aún dura y estemos á mitad del purgatorio, es lo cierto que el ideal viene, y viene á pasos agigantados. Goethe no lo ha formulado, pero lo ha presentado; y por más que el grandioso poeta alemán no nos dé en su poema el libro de consulta del porvenir, nos ha legado, sin embargo, el epítáfio de la historia, y podemos en él consultar como enseñanza provechosa, las pá-

ginas antiguas de la vida, y los defectos que tuvo el cadáver que dentro de su nicho encierra.

MARIANO CALAVIA.

CONTESTACION

DE D. JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH AL DISCURSO LEÍDO ANTE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA DE D. SALUSTIANO DE OLÓZAGA EL DÍA 23 DE ABRIL DE 1871 (1).

Señores: Día memorable, de generoso júbilo para la Academia Española, es aquel en que vé llegar á sus modestos umbrales candidato á quien llaman la voz de nuestro deber y nuestros afectos, unido al eco universal que se repite dentro y fuera de los españoles dominios; voz que proclama hoy al patrio insigne, colmado de merecimientos en larga y desigual carrera de dignidades, alternativa de luchas y triunfos, y cuya frente se corona con el lauro inmarcesible de la elocuencia. Quieto albergue de las letras pacíficas esta neutral morada, que igualmente recibe á la juventud y á los años mayores, encuentra en ella desahogado taller la edad vigorosa, y tranquilas tareas, noble término de otras, quien prefiere y necesita dulce descanso. Así, allí en las inmediaciones del polo, no dudan acercarse á una roca viajeros que han recorrido el mundo, y graban en ella, para noticia de venideros exploradores: «Aquí nos paramos, pues aquí ya se nos acaba la tierra.» (2)

La Academia Española, benévola siempre y obsequiosa con sus individuos, así con los que há tiempo juntó, como con los que nuevamente reúne, se dignó conferirme el honoroso encargo de dar al nuevo académico la bienvenida, acto en el cual toma ella para sí las felicitaciones. No ha buscado un contraste que no fuera caritativo; proporciona, sí, al que es entre sus hermanos inferior á todos, pública y solemne ocasión de manifestar al Excmo. Sr. D. Salustiano de Olózaga las obligaciones que tiene (que tengo) con el eminente orador, por inolvidables deudas, bien antiguas ya, de agradecimiento.

Punto de reposo para el nuevo académico puede parecer esta casa; no ha de ser, sin embargo, para su inteligencia incansable, reposo inactivo. Su discurso lo prueba: nuestros oyentes han asistido en él á una de nuestras ordinarias sesiones, y algunas ocuparán acaso ciertas especies de las que toca. Trabajo es completamente académico; y bien deberá parecer que discorra sobre dificultades de nuestro idioma quien lleva tantos años de práctica felicísima de superarlas y embellecerlas. Todo lenguaje tiene realmente sus asperezas, que se allanan con el estudio; el mejor, pero el más largo también, el de más atractivo, el más autorizado, es el que se hace sobre el ejercicio práctico público, sobre la viva voz de los grandes maestros. El pensamiento, rectamente concebido por el espíritu, animado por la pasión, expresado en voz que arrebatada, fortalecida con el ademán que impone, lección viva resulta, que la memoria conserva indeleble; y no se le puede comparar el mudo y solitario lenguaje del libro: habla el uno por señas; el otro hierde el oído, fascina los ojos, sobrecoge el corazón, convence el entendimiento, y la voluntad se le postra. El libro, empero, es indispensable.

Los infinitos estudiosos, que no pueden oír de continuo á los maestros del bien decir, ni en las cátedras, ni en el púlpito, ni en el foro, ni en los Parlamentos, necesitan valerse del consultor en signos, paciente y leal compañero, que nos habla con méos viveza, pero cuyo auxilio se tiene á mano siempre que se necesita.

No han debido acudir sobrado ni á la enseñanza escrita ni hablada, los que dan en ciertos errores que el Sr. de Olózaga señala en su magistral discurso. Es común el acertado empleo de la expresión, *Sol de Justicia*; y los que la usan mal no tienen disculpa, si alegan que no la han podido leer en libros de necesaria consulta: Dios mismo designó así al Sumo Juez de vivos y muertos en el capítulo cuarto, versículo segundo del último de los profetas, Malaquías (3). Más

(1) Véase el número 17 de LA AMERICA, correspondiente al día 13 de Setiembre último.

(2) *Hic tandem stetit, nobis ubi defuit orbis.* Véanse: *Œuvres de Regnard. Notice sur Pauteur.*

(3) *La Biblia Vulgata Latina, traducida en Español por el Ilmo. Sr. Obispo de Segovia Don Phelipe Seo de San Miguel.* Tomo XI, páginas 281 y 282.

Et orietur vobis timentibus nomen meum Sol justitiæ... Y nacerá para vosotros, los que teméis mi nombre, el Sol de justicia.—Y dice la nota correspondiente: «Entonces comparecerá Jesu-Christo, lleno de gloria y majestad, y como un Sol de justicia, arrojará de sí rayos de viva luz, que no podrán soportar los ímpíos.»

Alvar Gómez, señor de las villas de Píoz y Atarzon, *Theológica Description de los Misterios Sagrados* (canto VI, copia 23). Háblase con la Virgen Nuestra Señora:

Tú eres aquella de donde ha tomado Su púrpura sacra (su sagrada sangre) mi Sol de Justicia.

Fray Fernando de Zárate *Discursos de la Paciencia Cristiana* (Biblioteca de Autores Españoles, tomo XXVII, pág. 561):

«Longínos, centurión, á quien (según el Metáfraste) se había encomendado la guarda del cuerpo de Cristo, llegóse cerca, y abrióle el lado derecho con una lanza, hasta el corazón. Esta herida no la sintió el Señor, por estar ya muerto; pero bajó al corazón de la Madre á dar el

disculpa cabe á los que impropriamente aplican el adjetivo *sendos*; y acaso podrá convenir indicarle algo sobre la historia de la voz; pues y, que es, aunque añeja, no desusada, importa empearla debidamente.

En nuestro *Diccionario* primero, que solemos llamar el de *Autoridades*, porque trae para casi toda dición ejemplos que enseñan la manera de usarla, se lee que el plural *sendos*, *sendas*, que proviene de las voces latinas *singuli*, *singula*, *singula* (cuyos acusativos masculino y femenino son *singulos* y *singulas*), quiere decir *cada uno de dos, ó más*; y se cita una ley allí del *Fuero Real*, que contiene dicha voz en terminación femenina: á esa autoridad preferimos otra, que abraza también la terminación de género masculino. La ley 15 del lib. VIII, tit. III del *Fuero Juzgo*, trata de las reses que, habiéndose entrado á pacer en sembrados ó viña, son halladas por el dueño del campo, quien se las lleva en prendas, y no admite la justa indemnización que el dueño del ganado se ofrece á dar por el perjuicio que hubiese hecho. Dicese en el texto original latino, respecto al detenedor de las reses: *Si hoc ita fecisse convincitur, per singula capita maiora singulos solidos reddat, per minora capita singulos tremisses*. Tenemos aquí ya los *singulos* y *singulas* indicados (*singula* es plural): veamos cómo aparece traducido este trozo en la versión, que se supone hecha durante la vida de Fernando III. El texto escogido por Alonso de Villadiego, dice: «Si esto le fuere (le fuere) provado, por cada cabeza de ganado mayor peche (pague) *sendos* solidos (*sendos* sueldos) al señor del ganado, ó por cada cabeza de ganado menor, *sendas* meyas (*sendas* meajas, monedas de corto valor).

En lugar de *sendos* y *sendas*, que traía el original publicado por Villadiego, los códices del *Fuero Juzgo*, existentes aún en las Bibliotecas de Toledo y del Escorial, traen *sendos* y *sendas*; con lo cual se evidencia que una y otra forma son las mismas palabras, distantes ya no poco del origen latino, y con la significación de *cada cual su, ó bien otra análoga*. Los seis tomos en folio, de que consta el primer *Diccionario* de la Academia Española, son obra cara y de difícil manejo, nada á propósito para andar en todas las casas: no es así de extrañar que, á fines del siglo pasado, personas de rica instrucción y escasos haberes ignoraran el significado de una voz, entonces méos corriente aún que nuestro costoso primer *Diccionario*. Don Juan Pablo Forner, sujeto de copiosa doctrina y acedo carácter, escribió contra don Tomás de Iriarte una fábula satírica, procaz y difusa (1) que publicó suelta, precedida de un prólogo; y aludiendo al prólogo mismo, trata de excusar el haber insertado allí (dice) «una tan luenga prefación á un poema tan *sendo*.» Iriarte, poco ménos bilioso que el agrio Forner, replicó, no sin razón, diciendo (2): «Me he echado á discurrir qué querrá decir poema tan *sendo*; y si acaso no es errata de imprenta en lugar de *poema tan sandio*, no doy en la verdadera significación; pues aunque hago memoria de que se dice *sendos*, *sendas*, en plural, y creo que sé lo que significa, no me acuerdo de haber oído jamás *sendo*, en singular... Yo estoy en que esta voz es siempre plural; estoy también en que significa *cada uno de dos, ó cosa semejante*.» Hasta aquí va perfectamente el discretísimo autor de las *Fábulas literarias*, que se ciñe á copiar al *Diccionario de Autoridades*; en lo que sigue, habla de cuenta propia, y se extravía un poco. Añade, pues, el Sr. D. Tomás: «Cuando decimos *le dió* (un fulano cualquiera) *sendos garrotazos* (ó otro cualquier fulano), entendemos que le dió uno y otro garrotazo, ó uno tras otro, ó garrotazos uno á uno.—Con tanto, sobrino, hubiera podido (algun tiempo ántes) decir al fabulista *fabulizado* su buen tío D. Juan de Iriarte, benemérito individuo de nuestra Academia: *teñe en buenas; que íbas bien, y te tuercas*. El plural *sendos*, como quiere decir *cada uno de dos, á lo ménos*, reclama forzosamente, si va en acusativo, un nominativo ó verbo plural, ó después de sí alguna expresión que declare y aplique bien la acción de los *sendos*. Si en tu ejemplo dijeras: *le dió sendos garrotazos en los hombros*, acertarías á expresar que el repartidor asentó al recibidor un garrotazo en cada hombro; pero eso de *le dió sendos garrotazos*, no añadiendo más, resulta mal dicho; y estaría bien, verbi-gracia, escribiendo que tú y tus hermanos daríais al señor Forner *sendas graves lecciones*, esto es, una grave lección cada uno; lección, digo, de gramática y de cortesía, que fuera mejor que de garrotazos. Recuerda que Cervantes, cuando nos pinta el miedo con que Sancho se llegaba á subir en el caballo Clavileño, para caminar por los aires, «mirando á todos los del jardín tiernamente y con lágrimas, dijo que le ayudasen en aquel trance con *sendos* paternostres y *sendas* avemarías.» *Ayudases* escribió Miguel de Cervantes, refiriéndose á los que se hallaban presentes, no que le ayudase uno con *sendos* padre-

golpe... y entonces vió puesto al *Sol de Justicia*... volver á llover... aquella poca de agua y sangre; y luego comenzó á dar fruto en la tierra, pues los ojos secos de Longinos, según se dice, regados con aquella agua, reverdecieron y vieron la luz del cielo.»

D. Diego de Saavedra Fajardo (*Empresas Políticas*, en la 75):

«No sé si me atreva á decir que en el mismo Faraón y en su reino parece que está figurado el de Francia, y el castigo que le amenaza aquel divino *Sol de Justicia*.»

(1) *El Asno erudito*. Madrid, 1782.

(2) *Colección de Obras... de D. Tomás de Iriarte*, tomo VI, páginas 380 y 381.

nuestros, porque el uno excluyera el *sendos*, y el *sendos* excluye el singular, á no ser singular colectivo: pedía el pobre Sancho que *cada cual* rezase por él un padre nuestro con su *avemaría*.

Lo mismo se observa cuando entraron en Barcelona D. Quijote y su famoso escudero: escribe Cervantes que «dos muchachos... más malos que el malo... traviosos y atrevidos... se entraron por la gente; y alzando el uno la cola del Rucio, y el otro la de Rocinante, les pasieron y encaron *sendos* manojos de aliagas.» Ya echas de ver que, delante del plural *sendos*, van los dos verbos *encaron* y *pusieron*, regidos de los dos singulares que forman plural, el *muchacho* y el otro *idem*, es decir, que cada chico de aquellos puso á cada bestia su punzante ramillete. *loco citato*.—Esto hubiera podido decir á don Tomás el D. Juan, su tío, si no se hubiese muerto unos once años antes.

Ahora bien; si de escritores de tanta instrucción como Iriarte y Forner, ignoraba el uno qué significaba la voz en que nos ocupamos, y el otro no lo sabía bien (aunque poseía ejemplar de nuestro *Diccionario*); poco extraño parecerá que en nuestros días, un autor dramático ya difunto, no escaso de mérito, D. Manuel Eduardo de Gorostiza, escribiese estos versos en su comedia, *Indulgencia para todos*, acto primero, primera escena:

Por mucho ménos, tu tía
Doña Leonor de Peralta
Y Quincoces dió á su novio
Unas *sendas* calabazas,
Sin mirar que era marqués
Y rico y tonto;

y en la escena V del acto III:

... ¡Hay toros de cuerda
En tu lugar? Si los hay,
No asistas, porque se llevan
A veces *sendos* porrazos.

Estos *sendos* y *sendas*, que parecen significar irónicamente *buenos* y *buenas*, esto es, *grandes*, *ricos*, ó como ahora se dice en sentido de burla, *magníficos* ó *soberbios*, no van por la *senda* que siguió y nos mostró Miguel de Cervantes.

Y con éste y otros ejemplos, disculpable parecerá que un diccionario, cuyo nombre sería triste recuerdo para los vecinos de esta calle de Valverde, imprimiese en su *Diccionario* que *sendos* tenía singular, y significaba, entre otras cosas, *fuertes* y *famosos*. Húbose de equivocar en esto y en muchísimas cosas más. Para no imitarle nosotros, ó no usemos la voz, que no es, aunque útil, de las más necesarias, ó usemosla como Cervantes, que no es mala gafa.

Equivocaciones de esta especie, señores, que no significan sino que se ignora el valor de un vocablo de poco uso, nada tienen de particular, porque no hay hombre que sepa todas las voces de un idioma. Los mismos que no usan bien la locución figurada, *Sol de Justicia*, y el adjetivo *sendos*, usan perfectamente frases que no dejan de ofrecer dificultad al extranjero que aprende el castellano. Cualquiera persona del vulgo dice: *En mi vida estuve en Pamplona*; y todos los que le oyen entienden que el tal nunca se ha visto en aquella plaza; pero la verdad es que el no, el adverbio negativo, se omite en la frase. Otro cuenta que iban N. y N. caminando á Segovia, y á lo mejor se les rompió una rueda del coche. Y la verdad es que no fué, ni se trata de decir que fué, á lo mejor ó peor del camino, sino de *improvisio*, de *pronto*, cuando *ménos* pensaron, cuando *no se esperaba*. Otro (y fué un extranjero doctísimo) leyó en una farsa antigua nuestra el verso,

Maldita la cosa le aqueja temor,

y no cayó en la cuenta de que *maldita la cosa* equivale á *ninguna*, ó á *nada*; expresión, por cierto, digna de la piedad de nuestros mayores, quienes, sabiendo que no se debe maldecir, á lo más que se atrevían era á figurar una maldición, que habla de caer en vacío; ya no se repara en escrúpulos semejantes. Los que aciertan en lo uno y yerran en lo otro, los que andan bien por camino escabroso y tropiezan en llano, deberán tener presente (como suele decirse) que lo errado no vale; que si forma ley en las lenguas el error general, que nadie contradice, no merece consideración cuando es de pocos, y protestan en contra los más, y con razón sobrada. No hagamos lo que aquel pobre demente, de quien dijo el P. José Francisco de Isla que habiendo oído una vez el plural *dilirambos*, y no sabiendo lo que significaba, le dió la aplicación que le pareció, y llamaba *dilirambos* á los zapatos. Tal vez aquello sería un cuento; pero lo que ha sido verdad, que recordarán acaso algunos que me oyen, fué que debilitándose lastimosamente el juicio en Madrid á un antiguo y muy estimado oficial de Hacienda, llamaba *cupones* á cualesquiera cosas de pobre valor; y en lugar de decir *esa anciana pobre, vecina nuestra*, decía á cada paso *esa anciana cuponera*, *nuestra vecina*. Conviene, pues, evitar que se formen autores *dilirámicos* ó *cuponeros*.

Otro uso erróneo se deja notar en algún escrito de fecha no remota, uso (ó abuso, por mejor decir) que puede citarse después de los que tan justamente censura el Sr. Olózaga. Sabemos todos los que hablamos el español de ambas Castillas, de Aragón y la Andalucía, que el pronombre *se* es precisa y únicamente de tercera persona, singular ó plural, y sirve como de auxiliar á los pronombres *él* ó *ella*, *ellos* y *ellas*, ó sus equivalentes. Expresiones comunísimas son: «Juan se va de Madrid, según se propuso; él se entenderá; ustedes se ausentarán después; algunos se afligen; pero Vd. (persona diferente de los algunos), usted se alegra.» Si la oración última se hubiese de traducir, empleando el antiguo tratamiento

de vos, todo español diría: *vos os alegráis*, ó simplemente *os alegráis*; y á ninguno se le ocurriría decir *vos os alegra*, usando equivocadamente el pronombre de segunda persona de plural *vos*, como si fuera igual á *usted*, pronombre, ó voz pronominal, de tercera persona de singular.—Pues hay, sin embargo, quien, ofuscándose al introducir en una oración el monosílabo *se*, precediendo á *me* y *os*, ha perdido de vista al primero, y ha concordado solamente el último con el verbo en alocuciones parecidas á estas: *se me os quejáis*, *se me os desentendéis*, *se me os arrepentís*, *vos os desentendéis*, *vos os quejáis* (me) á mí, *hablándome*, ó *tratando conmigo*. En estas oraciones de verbo reflexivo aparece claro que el *vos* que se queja, se desentende y se arrepiente, habla con un *yo*, y el *vos* y el *yo* no hablan de otra alguna persona ó cosa: por lo cual ese otro *se* de allá del principio, que no significa á *vos*, sino á *él*, ó á *usted*, carece de oficio, queda excedente, se halla de más en la frase, y no viene al caso ni como elemento gramatical propio, ni como pleonismo plausible ni tolerable. Tendría el *se* lugar oportuno si, refiriéndonos á tercera persona, dijésemos, por ejemplo: «vais á fulano y se me lo os quejáis»; esto es, «os quejáis, á él, á él (se le), á gusto, ó con gusto, ó por consejo mío, ó complaciéndome.» El *me* pleonástico, ese *me* entre acusativo y dativo, que es de mucha expresión, ese *me* ingerido entre el *se* y el *le*, ambos en caso indirecto, está bien colocado, porque entonces el *vos*, representado por el *os*, rege al verbo *quejáis*, cuya acción recae sobre el *le* y su variante *se*, lo cual no se verifica en el *se me os quejáis*, donde no interviene tercera persona, como interviniera si dijéramos *se me queja usted*, ó *ustá*, y de ahí su deber, porque hasta las majestades pueden quejarse.

Prociérese, pues, no confundir los pronombres ó las personas gramaticales, con las personas humanas, reales y verdaderas. Un señor obispo, á ruego de su anciana madre, otorga una súplica, y dice: «Yo concedo tal ó cual cosa.» La señora madre contesta al hijo: «Tú haces bien, y yo te lo agradezco.» El secretario de la diócesis comunica al pretendiente la nueva de que *Su Ilustrísima* conviene en lo que se le ha pedido; y en el documento se escribe: «Nos, D. Fulano de tal, concedemos...» etc. La individualidad del prelado aparece expresada con el pronombre de primera persona de singular, *yo*; con las voces de segunda persona *tú* y *te*, con el tratamiento *su ilustrísima*, que es tercera persona de singular, y con el pronombre *Nos*, que es segunda en plural; la entidad real y verdadera es una siempre, el obispo; mas cada pronombre con que se le designa debe regir en el verbo la persona gramatical ó voz de la conjugación que pida el pronombre, y no otra, como en los ejemplos que se repudian, donde, si buscamos la concordancia entre el *se* y el verbo, resultan los tres despropósitos *se quejáis*, *se desentendéis*, *se arrepentís*.—Perdónese me lo pedantesco y trivial de la digresión, y consiéteme dolerme de que, en el año 1871, todavía convenga explicar pronombres y concordancias en sesión pública de nuestra Academia. Ciento treinta y nueve años há que el burlón padre Isla escarneció despiadadamente á un pobre cirujano latino (y á pesar de su latín, simple sangrador en la aldea de Zamarramala) el cual había escrito, en un folleto sobre cura de sabañones, la pecadora frasecilla: «Vuestra *merced*, sabio doctor, me enseñaréis...» (1) El padre Isla, echándose encima, cual cigüeña cazadora sobre torpe lombriz, exclamaba diciendo: «¡Habrán visto los moldes, en todos sus lenguos días, paloteado de voces más necio ni más estirafalarío! Aquel casar la tercera persona de singular con la segunda de plural, ¿no es un matrimonio elegante?... Vuestra *merced* me enseñaréis, ¿no es un milagro de las concordancias? Y ¿no será muchísima razón que todos demos las gracias al señor latino, porque nos ha librado de la pesadísima corma en que nos habían constituido las reglas gramaticales, precisándonos á concordar el verbo con el nombre en número y persona?... Ya nos hallamos libres de este manantial perenne de solecismos; y así, sin incurrir en la más ligera culpa contra la buena gramática, ni exponernos á que nos siben los chulos, ó nos gruñan los académicos, teniendo por vicalaos recién trasplantados del vascuence, podemos decir sin rubor, con grandísima entereza: «Vuestra *merced*, señor latino, no sabes lo que te pescáis, porque haces usted una mezcla de lenguaje, que es para alabar á Dios, y vos nos causas risa, como quiera que las simplezas de vos nos muevan á desprecio de tí.»

Ha dado todavía el pronombre *se* lugar á otros yerros. Buen latino era, y buen escritor castellano, un distinguido personaje que imprimió en una obra suya, la cual se ha reimpresso después, este verso octosílabo:

Sentadse, amigos, *sentadse*.

Sentarse querría decir, ó *sentarse*. Y ya que tropezamos con el modo imperativo, que sirve también para el prohibitivo y otros usos, bueno será advertir que ofrece una dificultad, en la cual han tropezado algunos. «Venid conmigo (dice un padre á sus hijos); pero que sea con modo: no *venid* corriendo.» *Venid*, ha dicho, y después *no venid*, voz de imperativo la primera, de subjuntivo la segunda. ¿Por qué no ha dicho *no venid*? Porque la práctica general lo rechaza.

(1) *Cartas de Juan de la Encina*; carta tercera. Véase la *Biblioteca de Autores Españoles*, tomo xv, que comprende las *Obras escogidas del P. F. de Isla*, pág. 418, columna segunda.

¿Hay razón para ello? Según algunos, la del uso constante no bastará; pues, en efecto, hay quien escribe *no venid*, ó cosa por el estilo. Espero que los innovadores, además de las razones puramente lógicas que pueden alegarse, nos presenten varios ejemplos respetables que autoricen la novedad; yo no recuerdo más que el refrán *ni fia ni porfia, ni entres en cofradía*, cláusula en la cual (so o, acaso, por la fuerza de la consonancia *ia-ia*) aparecen precedidas de negación dos voces de imperativo y una de subjuntivo. Así también, para llamar *carnerías* en lugar de *carnicerías* á los despachos de la carne, convendría esperar á que haya en ellos (porque todavía no los hay) alguno que otro *carnerero*.

La dificultad en el uso del pronombre ó adjetivo *suyo*, *suya* (*su* y *sus*), dificultad reconocida por la Academia, y la más grave de cuantas ha señalado el Sr. Olózaga, no es de las que se resuelven con un precepto, ó se excusan con un aviso. Por imperfección de la lengua la tenemos nosotros también, y no se le conoce otro remedio que (1) emplear el pronombre ó adjetivo de modo que solo se pueda referir á un nombre, lo cual es más fácil de prescribir que de ejecutar. Bien conocería tal recurso un escritor como Quevedo, perifoneando en todas ciencias y letras; y sin embargo, no siempre se valió de él de suerte que no pueda hacerse alguna objeción, si bien de leve importancia; pues cuando en estos reparos gramaticales menudos se procede con buena fe (que no es lo común), el crítico de conciencia sana entienda siempre al escritor medianamente correcto. Ha citado el Sr. Olózaga el soneto de Quevedo, á un *escollo*; soneto cuyos primeros versos son aquellos tan valientes que dicen:

De amenazas del Ponto rodeado,
Y de enojos del viento sacudido,
Tu pompa es la borrasca, y su gemido
Más aplauso te da que no cuidado.

Si tomamos por ley que el adjetivo *su* haya de referirse al nombre anterior más cercano, entonces el *gemido* no puede ser sino de la *borrasca*; pero si queremos aplicar la propia ley á la letrilla del mismo Quevedo, citada por el señor Olózaga, el sentido más probable de los versos contradice la regla. La copia de la letrilla principia así:

Que el letrado venga á ser
Rico por su mujer bella,
Más por su parecer della,
Que por su buen parecer; etc.

En el segundo *su*, equivalente al artículo *el*, no hay tropiezo, se refiere á la cara hermosa de la *letrada*; pero el tercer *su*, al cual precede la contracción *della* (esto es, *de ella*, de la mujer), este otro *su*, decimos, no debe referirse á ella, sino al marido; y es caso contrario al del soneto, donde siguen inmediatamente al nombre *borrasca* las palabras *su gemido*. Con razón, pues, indica el Sr. Olózaga que el autor debía de pararse poco en reglas, bien seguro de que su ingenio (el de él, no el de ellas) había siempre de conseguir que se le comprendiese.

Esta es, repetimos, dificultad verdadera y grande; otras son puramente faltas del necesario estudio. Decir, por ejemplo, *traspieses* por *traspies*, *desandó* por *desanduvo*, *dintel* por *umbral*, *insulas* por *isulas*, *latente* (oculto) por *latente* (lo que late), *eplogo* por *prólogo*; *atravesar un puente*, cuando al pasar por él en toda su longitud, lo que se atraviesa es el río; *asestar un coscorron*, un *palu*, una *puñalada*, como si se hiciese puntería, á la manera que cuando se dispara un fusil, otro nombre merece que el de dificultades. No tienen tan fácil respuesta varias dudas que ocurren para la legítima pronunciación de no pocas voces. Hemos dicho *Anibál*, y decimos *Antal*; *Dirio*, y decimos *Dario*; *Nestór*, y decimos *Néstor*; *Rusia*, y decimos *Rusia*; *Penelopé*, y decimos *Penélope*; *Teofilo*, y decimos *Teófilo*; *Tersicóre*, y decimos *Terpsicore*; *Sardanápalo*, y decimos *Sardanápalo*. La pronunciación antigua de estas voces varió, y hoy es otra, constante y fija. Lo mismo podemos advertir de porción de nombres, insertos en el *Arte Poética* de Juan Díaz Rengifo, ó (determinando el verdadero autor de la obra) el P. Diego García de Rengifo, obra en la cual no se puede dudar cuál es la pronunciación de una palabra en sus últimas sílabas, viendo los consonantes de que cada una va acompañada. El P. Rengifo pronunciaba, por ejemplo, *Agátocles*, *Alcmena* (la madre de Hércules), *Atila*, *Ciclope*, *Cleopatra*, *Démócles* (el que llamamos nosotros *Damócles*), *Étipo*, *elefancia*, *Esquilo*, *genuli*, *Héleno*, *Hetocles* (el hijo de Edipo), *Jáula* (estrújulo como *fábula*), *lugobre*, *Maságeta*, *Mitridátes*, *Pátroclo*, *Pérese*, *Pollerátes*, *Polínico*, (Polínico hoy, el otro hijo de Edipo), *Praxiteles*, *Prométeo*, *Proserpina*, *Téreo*, *Téseo* y *Trasibúlo*. Tales nombres aparecen usados con diferente acentuación por otros autores en la misma época, y es (mala ó buena) la que ha prevalecido; la de Rengifo no era autoridad suficiente, porque formó su libro teniendo á la vista otro de la misma materia, que publicó en idioma toscano Antonio de Tempo; y el buen padre atendió demasiado á la prosodia italiana, conforme las más veces con la latina. Sobre esas voces no hay cuestión; tampoco sobre el doble uso actual de otras, como *Arquimedes* y *Arquímides*, *concláve* y *conclave*, *Eurídice* y *Eurídice*; pero ¿hemos de pronunciar *viscino*, ó *viscatino*, ó uno y otro? ¿*período* ó *período*, ó *telegrama* ó *telegáma*, *Cándia* ó *Cándia*,

(1) *Gramática de la Lengua Castellana*, por la Academia Española. Nueva edición, corregida y aumentada: 1870. Pág. 175.

Rávena ó *Ravéna*, *austríaco* ó *austríaco*, *circuito* y *gratuito* ó *circuito gratuito*? Acerca de algunas voces de éstas ha declarado ya su opinión la Academia; respecto de otras, la también formulada, y el público la juzgará cuando salga á luz el *Diccionario de la Rima*, ya concluido; trabajo, señores, no poco importante para el mejor uso del idioma.

Y el mejor uso del lenguaje es deber, gala y beneficio de todo hombre; que nadie puede menospreciar, ni áun mirar sin respeto, aquel tesoro familiar de dulces sonidos que sirvió de expresión al santo amor de la madre, á la honesta predilección de la esposa, á las inocentes alegrías del niño. El habla, don precioso del Criador, no se nos ha dado para usarlo en mal, ni mal, ni áun para emplearlo con indiferencia en la vida, sino para cultivarlo y ponerlo en el grado de perfección posible: se nos fia el capital, pero á beneficio de inventario. A la verdad, señores, sin la palabra, no hay sociedad, y sin sociedad, el hombre vale ménos que el bruto. No tenemos el instinto del pájaro, para buscar y entretejer los espartos, ramillas y lana de su pobre nido; ni el saber del castor, que fabrica su casa, defendiéndola de inundaciones; ni áun el de la diminuta hormiga, que abunda el suelo y establece en él asilo y trojes para sí y sus compañeras. Sin el vínculo de la voz, el trabajo de un hombre sería tal vez inútil para otro, que lo destruiría por malignidad ó capricho; y pasarían siglos y siglos, y viviríamos en huecos de peñas, ó á lo más en la choza salvaje; por la palabra sabe el hombre qué fueron los que vivieron ántes, y quién los crió, y qué debe ser él, y qué pueden esperar sus últimos nietos; y unido el caudal de saber y de trabajo de este hombre y aquel, y el de la generación que precede con el de la que sigue, unas heredan á otras, y sabe más, y ejecuta más, y merece más, y también goza más, la que mejor sabe aprovechar la inteligente herencia que ha recibido. El habla es la defensa, el respeto, la dulzura, el amor, la ley, el bien de la vida del ser que piensa; usada en mal, es ruina del mundo. El habla que salió balbuciente y ruda de entre los escorbos del imperio romano, la que se albergó en Covadonga, se entronizó en Toledo, hizo enmudecer al árabe de Granada y á los ídolos de Méjico y los oráculos del Sol de los Incas; la lengua en que suspiró Garcilaso, dirigieron himnos á la Divinidad Leon y Herrera, Quintana celebró la imprenta, y exhaló grito de dolor y de ira la patriótica musa del *Dos de Mayo*, digna es de que nosotros le conservemos su rica y augusta corona; y si no podemos añadirle diamantes, no empañemos con mano impura la brillantez vivísima de los que tiene.—HE DICHO.

MOVIMIENTO RELIGIOSO.

EL REVERENDO C. NOYSEY EN SAINT-GEORGES HALL.

(De el *Daily Telegraph*.)

«Ayer por la mañana se celebró en Saint-Georges Hall, Laugham Place, con una concurrencia inmensa y distinguida, la primera reunión de la asociación de libre-pensadores, presidiendo el acto el reverendo Cirlos Voysey, antiguo vicario de Healangh, depuesto de este cargo por el Comité de un consejo privado. Se procedió al nombramiento de una comisión formada por personas adictas á dicho reverendo señor, para erigirle en jefe de una iglesia que se establecerá en Londres, donde pueda predicar «ideas más elevadas concenrentes á Dios, y las relaciones que, á su juicio, existen entre Dios y el hombre.»

Los principales puntos de la enseñanza de M. Voysey, son: derecho y deber perfectos que tiene todo hombre de observar el culto que le mande su conciencia en materia de religión; que el carácter y los atributos de Dios están infinitamente más elevados de lo que cree el sentimiento popular, y que es necesario practicar la virtud y el amor á los hombres para comprender la bondad y el amor de Dios.

Se ha publicado ya para uso de la comunión un libro de oraciones, redactadas en una «forma que las hace muy inteligibles al pueblo inglés» porque están desprovistas del tecnicismo desusado y se adaptan estrictamente á la doctrina de Teismo que la comandita sustenta.

El autor recomienda este libro á todos aquellos que deseen tomar parte activa en la reforma de la Iglesia y la liturgia anglicanas; dice que ha conservado los salmos, pero «despojados de las maldiciones y dolorosas quejas que solo tienen un valor histórico de tiempo y lugar;» habiendo sido su único objeto hacer un devocionario que responda por completo á las costumbres y al carácter de las personas que rechazan toda tendencia de error ó superstición. En el devocionario se han introducido dos nuevos servicios, uno de deberes y oraciones, y otro de gracias, en lugar de las antiguas letanía y comunión; y á la conclusion del servicio, inmediatamente antes del sermón, se dedican breves páginas á la meditación, «con la cual el hombre pueda elevar su espíritu hasta Dios.»

M. Verrinder y los coros ejecutaron lindas plegarias acompañadas de órgano y orquesta.

El Comité general de M. Voysey se compone de los nombres siguientes: reverendo obispo Hinds (que lo ha sido de Norwich) presidente; M. F. A. Hanbury, secretario; M. G. Buchanan, tesorero; coronel Smith; Dr. Turle, juez de Stanfeld; Cap. Walhouse, Sir W. V. Guise, M. W. P. Price, diputado; el general F. Schüller, Sir R. V. Clayton, M. J. Browa, Dr. Gray, el re-

verendo G. T. Wild, el reverendo H. Mills, el reverendo T. D. La Trousche, el coronel Reynolds, M. Lawrence Heyworth, Sir Jhon Bowring, M. Charles Mackay, M. T. Browning, D. Jumann y los Sres. Winter-Wood, Smithells, Quelch, Spencer, Shaen, Drury, Treestone, Saul, Addams, Hay, Darwin, Courtauld, Miller, Pritchard, Cunningham, Cockerell, Roberts, Noyes, Benham, Wedgewood, etc., etc., todos los cuales creen firmemente que el ministerio de M. Voysey en Londres está llamado a inaugurar un gran movimiento religioso que tiende a combinar una inteligencia más perfecta y universal de Dios con la creencia despojada de toda ligadura dogmática, de todo fanatismo de secta y de toda superstición ignorante.»

El reverendo señor se levantó a usar de la palabra, tomando por tema de su primer sermón en Saint-Georges Hall el texto de la epístola de San Pablo a los Gálatas VI, 9: «No nos cansemos de hacer bien, porque a su tiempo seguremos, si no desfallecemos.» He escogido este texto, decía, como una tesis muy oportuna en las circunstancias de nuestra comunión, más bien que para que sirva de objeto a nuestra meditación. No es necesario, ni provechoso siquiera, ocupar ahora nuestro pensamiento en los esfuerzos de abnegación y perseverancia que tenemos que hacer para extender nuestras creencias; este resultado llegará el día que lo hayamos merecido. Somos todos hombres de mundo para comprender por experiencia, que si deseamos salir airoso en nuestra empresa, debemos traer nuestros mejores pensamientos e ideas, un valor indomable bajo la humildad y una paciencia y un esfuerzo extraordinarios.

Parece más adecuado en estas circunstancias que comencemos nuestra obra echando una ojeada sobre el objeto que nos proponemos realizar, para llegar a entender si es posible, por medio de palabras sencillas, el sentido y el espíritu que brota en todas las partes del mundo y que somos los primeros en representar y en profesar. Nuestro primer trabajo—el que realmente nos ha servido de base para nuestra comunión—debe consistir en minar, asaltar, y si es posible destruir aquella parte de las creencias religiosas actuales que estimamos como falsas.

No debemos en manera alguna ocultar ni hacer un secreto de nuestro antagonismo. Expresémoslo francamente nuestra negación; denunciemos las doctrinas de nuestros adversarios que no nos faltan razones para combatirlos. Deseamos pelear en campo abierto con muchas creencias que existen en el mundo con el nombre de cristianismo.

Rechazamos la mayor parte de las ideas que tácita o expresamente se han dado en llamar los fundamentos de una creencia religiosa; y para ser más explícitos, negamos abiertamente la doctrina de la caída del hombre desde un estado de original santidad e inocencia; negamos asimismo la maldición de nuestra raza por Dios y de su pretendida sentencia que condena a sus criaturas a vivir en pecado eterno, y por tanto negamos, no meramente la doctrina de la explicación, sino todos los métodos imaginados para calmar la pretendida ira de Dios, porque todas estas doctrinas entrañan un defecto en su perfección moral y viola la perfección instintiva que tenemos acerca de su bondad.

La caída del hombre envuelve la idea de que Dios ó no fué capaz ó no quiso conservar a su criatura en el estado de bondad con que la había creado: se opone a las definiciones y a las conclusiones de la ciencia, la cual afirma que la obra de Dios obedece a la ley del progreso, y que por consecuencia fué el primer hombre, no un modelo de perfecciones, sino un salvaje embrutecido.

La creencia de que Dios haya podido maldecir a nuestra raza por motivo del pecado original, entraña una negociación completa de su perfección moral. Es contrario a todo sentido de justicia que el hombre pueda ser objeto de la ira de Dios por un pecado que no ha cometido, tanto más cuanto que debían ser castigados y condenados infinitos de millones de hombres por una sola falta cometida por sus primeros padres. Nosotros descartamos esta creencia por que degrada moralmente a Dios. Por la misma razón, y con indignación extraordinaria, rechazamos la doctrina de que Dios haya levantado su maldición y su sentencia de algunas cabezas de nuestra raza por el único motivo de la muerte de Jesús, por la cual, según nos dice la Ortodoxia, el Padre se reconcilió con las criaturas.

El remedio era peor que la enfermedad, la generosidad más deshonrosa que la injusticia que se trataba de enmendar. Estos dogmas son los más culminantes de los que los llamados cristianos creen esenciales a su religión; y nuestro primer trabajo, repito, es apresurar su ruina y librar al mundo de ideas que, aunque útiles y buenas en comparación con las que reemplazaron, han llegado a ser venenosas y detestables, ofensivas a la inteligencia y al corazón del hombre, y blasfemas a los oídos del Sér Supremo.

Al lado de estas doctrinas existen otras, pero de carácter menos perjudicial, tales como la creencia en el diablo, el dogma de la Trinidad, el de la divinidad de Jesucristo y la esperanza en su resurrección sobre la tierra para juzgar a los vivos y a los muertos; la creencia que considera a la Iglesia como un poder espiritual y autoritario; las doctrinas de los sacramentos, las órdenes sagradas y la intervención necesaria del sacerdote en el enterramiento de los muertos y otras ceremonias. Todos estos puntos serán objeto de otras tantas protestas, que cumple a nuestro deber realizar; pero hay una, sin em-

bargo, que no he mencionado todavía, porque reservo para ella párrafo aparte.

En el curso de nuestra propaganda nos encontraremos con la opinión de que no tenemos derecho de formar juicio alguno acerca de los atributos de Dios que sean contrarios a la religión revelada, si estos atributos están consagrados por la Biblia, por la Iglesia, ó por ambas a la vez. Este es el punto más difícil de nuestra misión. Debemos usar de todas nuestras fuerzas para mantenernos contra esta insidiosa defensa. No solamente debemos parapatarnos en nuestro derecho usando de la luz natural que ilumina a la inteligencia humana, sino que debemos mostrar los puntos débiles de nuestros enemigos, obligándoles a que defiendan las inmoralidades y los absurdos que existen en la Biblia y en su religión revelada (cosa que no se ha atrevido a hacer ninguno de ellos); a que nos exhiban las sofisterías y los engaños que tanto abundan en sus teorías sobre la Iglesia, y a que comprendan, en fin, por qué cualquiera de nosotros tiene más derecho a ser respetado que ellos.

Debemos repetir el hecho de que las llamadas revelaciones abundan en todas partes, y que cada una es creída por sus adictos como la única verdadera; y que aun el mismo cristianismo está dividido en Iglesias separadas y antagónicas, cada una de las cuales es, por su puesto, según dicen, la representación fiel de la Divinidad en la tierra. Debemos apelar con confianza al que es superior al mundo, con el pensamiento fijo en el hecho de que todas las Iglesias, todos los sacerdotes, todas las Biblias y todos los catecismos no han sido todavía capaces de extinguir la llama de la Justicia Divina y el amor a la verdad con que el Todopoderoso ha dotado a la razón humana. Día llegará en que nuestros adversarios ortodoxos, acosados por todos lados, quieran triunfar diciendo que la Biblia y la Iglesia enseñan doctrinas indiscutibles; pero como estas son rebeldes al corazón, al entendimiento y a la conciencia, responderá el hombre: «Tanto peor para la Iglesia y para la Biblia, las cuales, como todos los errores, se verán obligadas a sepultarse en el polvo y en el olvido.»

Para preparar el camino en los trabajos preliminares, necesarios para la destrucción del antiguo edificio, debemos ante todo persuadir a los timoratos hasta que entren en la senda de la investigación religiosa, sin temor de ser castigados por sus convicciones; no se olvide que las Iglesias dirigen toda su atención en este momento a sostener la superstición y el miedo en la masa del pueblo. Desde la primera hasta la última, el grito es «Huye de la ira del cielo.» «Gree en mí y serás salvado;» y como no hay mejor medio de atracción que el miedo, la multitud intranquila se abraza a ellas para verse libre de la terrible amenaza. Gran parte de nuestra obra debe entonces consistir en predicar que hay salvación para el que duda ó investiga, y en decir a todo el mundo que aunque su opinión no sea la verdadera, aunque yerre y abraza sin saberlo el error, el Señor de todas las cosas no les condena por eso a penas eternas; que el amor de nuestro Padre no aumenta ni disminuye porque en nuestra ceguera ó en nuestra escasa inteligencia equivocamos la senda de la verdad, ó porque progresemos poco en su camino.

Debemos enseñar, que bien se profese la verdad ó bien el error, el hombre está igualmente salvo de los absurdos horrores con que se le amenaza, y que su más sagrado deber consiste en corregir sus errores cuando son sabidos en la conciencia y en perfeccionar su método de indagación cuando se halla en el buen camino. Aunque yo soy una parte insignificante en la gran comunión de libre-pensadores, adversarios de la ortodoxia, debo preguntar con legítimo orgullo: ¿No están llenos de creencias positivas nuestros libros? ¿Acaso se puede encontrar en ellos un sermón siquiera que no proclame tan alto como yo: que debemos enseñar la verdad y denunciar el error?

Si no fuera así, no sería yo ciertamente el que llevara en este momento la palabra a presencia de tantas personas ilustradas. Urge estar preparados para toda clase de recriminaciones. Cuando las gentes digan de un hombre «solamente es un teista,» como queriendo dar a entender que el que tal doctrina profese no se ha atrevido a ir más adelante, probarán que no saben lo que teísmo significa y que nunca se han tomado la molestia de pensar en qué y por qué creemos, y menos todavía que estudiar el valor de una gran idea. Nuestro principal deber y nuestra mayor satisfacción debe consistir en proclamar muy alto las convicciones que sustentamos contrastándolas con las que con tanta alegría hemos abandonado; en dirigir reclamos a los que luchan entre dos opiniones, y a los indiferentes que tienen corazones para ser educados y que no comprenden la magnitud de nuestra dicha.

Nos complacerá en llamar a Dios nuestro padre, confiar ciegamente en él como rector de la vida y como la fuerza que nos anima en el cumplimiento del deber; en sentirle que está en nuestro camino, junto a nuestro lecho, cerca de nosotros en todos los momentos, dispuesto a concedernos toda la luz y todo el conocimiento que puede recibir nuestro espíritu; a consolarnos en cualquier desengaño ó dolor, y a darnos esperanzas cuando todo nos falte.

Será nuestra alegría cuando consideremos que la fe en nuestro padre es la consecuencia natural de la posesión y del ejercicio de la virtud y del amor, porque si hay Dios, debe estar arriba y no abajo, como debe estar en el cielo y no en la tierra la belleza moral de la más perfecta de sus criaturas. A medida que nos desarrollamos en el sentimiento del amor hacia nuestros seme-

jantes, más nos daremos cuenta del inefable é indescible amor de Dios, cuyo amor calificamos hoy con el nombre más adecuado, estando dispuestos a cambiarlo por otro más perfecto, si la vida humana y sus relaciones se elevan más todavía.

Entre las creencias que debemos proclamar sigue desques nuestra esperanza en la vida futura. Ni en éste ni en ningún otro punto queremos dogmatizar; solamente lo predicamos para multiplicar y fortalecer la evidencia en que descansan nuestras esperanzas. Todos sentimos que la vida futura tiene su fundamento en la misma existencia de Dios; ambas deben coexistir ó caer juntamente; pero mientras cuidamos de que nunca desfallezcan las esperanzas en una vida bienaventurada, es nuestro deber contar y medir los pasos que damos en la tierra; mientras que cumplimos rigurosamente con nuestras obligaciones, es necesario hasta donde alcancen nuestras fuerzas, ahondar las raíces de la creencia en el mundo que nos aguarda como el único consuelo que podemos ofrecer a nuestras angustias, como el estímulo más poderoso a los esfuerzos que hagamos en esta vida.

A todo esto, que podemos llamar nuestra obra externa, hay que añadir asuntos de mayor importancia, porque son también altísimos deberes, cultivar el espíritu de la verdad, la integridad, la pureza y la caridad, y dirigir nuestra atención a conocer más y más a Dios hasta convencernos de su bondad para ser buenos y hacer el bien. El único camino que conduce al trono del Omnipotente, es la creencia en la bondad del corazón de los hombres. «Bienaventurados los puros de corazón, porque ellos verán a Dios.»

Faltarame el tiempo si fuera a enumerar los deberes que tiene que realizar nuestra asociación. Debemos estar resueltos a hacer frente a ellos con la misma sinceridad y la misma actividad que deseamos emplear en el orden de nuestra vida. Del acto que realizamos unidos en este momento solo debo hablar en términos de humildad y de esperanza, porque ha sido preparado con mucha diligencia. Por lo demás, no es más que un ensayo, y solamente el tiempo consignará su valor y corregirá sus defectos: os ruego a todos que tengáis completa confianza en este primer paso; una palabra más y concluyo. No nos cansemos de hacer bien, porque en tiempo oportuno seguremos si no desfallecemos.

Por lo que a mí respecta, he tomado parte en esta gran obra con la seguridad completa de que no ha de producir conflictos dolorosos, y por lo mismo pienso continuarla en cuerpo y alma, día y noche, a pesar de la oposición que encuentre y del desfallecimiento que pueda apoderarse de mi alma-espíritu, y aunque me cueste la vida.

Mientras tenga espíritu que me aliente, dirigiré mis palabras a enaltecer la bondad del Señor y a hablar bien de su nombre. Ninguna clase de terror sellará mis labios, ninguna amenaza apagará el calor de mi lenguaje cuando exprese la voz de mi corazón, para lo cual imploro la ayuda de Dios. Al decir esto por mi cuenta, sé que hablo en nombre de los miles de personas que me apoyan y de la inmensa reunión aquí congregada. Si combatimos de frente, sin torcer a derecha ni a izquierda, desarmaremos con el tiempo a nuestros adversarios, ganaremos a la multitud que se guía por la rutina, por la moda ó por el temor, y plantaremos nuestra bandera de verdad, libertad y amor en puesto a que no alcancen los ataques de nuestros adversarios. Demos gracias a Dios: la causa que defendemos no es nuestra causa, sino la suya. No depende de mi vida, ni de mi fidelidad, ni de mis escasas fuerzas, no, ni de todas las nuestras reunidas; prevalecerá, al fin, removiendo los obstáculos que hallo al paso, y levantándose poderosa sobre los accidentes de aparente desfallecimiento, porque está consagrada a la verdad y al honor de Dios, y a la felicidad del hombre.

«Nuestro apoyo firme está en el nombre del Señor criador del cielo y de la tierra.»

DISCURSO

DEL SR. D. FRANCISCO DE PAULA CANALEJAS, INDIVIDUO DE NÚMERO DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, LEÍDO ANTE ESTA CORPORACIÓN EN LA SESIÓN PÚBLICA INAUGURAL DE 1871.

Los Autos Sacramentales de D. Pedro Calderón de la Barca.

Excmo. Sr.: No se han apagado aún en este recinto los ecos de las felices y elocuentísimas frases con que un poeta ilustre alababa y aplaudía las glorias y merecimientos del insigne don Pedro Calderón de la Barca; cuando repito este nombre verdaderamente augusto, entendiéndolo que aun hay mucho que decir y no poco que estudiar en el gran poema del siglo XVII. De otro lado, el anuncio del propósito de señalar algunos caracteres de sus inmortales producciones, basta para que no pareis la atención en mí, y os encuentre, sin pretenderlo, atentos é indulgentes mi humildísima palabra.

Es privilegio del arte, y lo disfruta grandemente Calderón de la Barca, el presentar de continuo a todas las edades originales aspectos y novísimos prismas que dan testimonio de la sublimidad y grandeza que entraña toda concepción estética. No es punto de extrañar; la belleza es lo divino, es lo infinito, y perdurablemente ante el espíritu del hombre limitado y finito presentará no sospechados y sorprendentes aspectos y maravillas, sin cesar sustituidos por otros no menos peregrinos. Calderón estudiado como lírico; Calderón estudiado como trágico, compitiendo con Shakespeare y oscureciendo a todos los demás trágicos de la edad moderna; Calderón como poeta cómico; Calde-

ron como espejo de los usos y costumbres de nuestros antepasados; Calderón como reflejo de las pasiones españolas; Calderón como corona del arte castellano, recogiendo y fecundando en su seno todas sus grandezas y todos sus extravíos; Calderón como poeta católico; Calderón como filósofo; Calderón como teólogo, entendido y muy entendido en sagradas letras, y yo no sé a cuántos aspectos y relaciones, a más de las enumeradas, en la historia particular y en la historia universal del arte, ha servido ya de tema y de asunto el ingenio del gran poeta de los tiempos de Felipe IV. Y, sin embargo, la crítica calderoniana comienza, y es fácil predecir, advertido el vuelo de los estudios, que aspectos aun no sospechados, conceptos y relaciones, que el gusto poco educado de la edad presente no ha visto en las comedias de Calderón, saldrán a luz, pasando a las generaciones venideras, como nos han sorprendido a nosotros la tendencia lírica y musical en la agrupación del diálogo dramático, el doctrinal místico, la concepción de lo trágico, la facundia cómica y el ímpetu siempre creciente en fuegos y en atrevimientos, que señala el origen y término de las pasiones humanas en los dramas de Calderón de la Barca, y que apuntaron Schlegel, Goethe, Durán, Schack, Harzenbusch y Escosura.

Sin acudir a novedades, que no me consienten el escaso y vulgar de mis estudios, quisiera escribir antiguos juicios y refrescar antiguas impresiones respecto a los Autos Sacramentales de Calderón de la Barca, midiendo el valor y trascendencia del símbolo y alegoría en la historia dramática moderna, para sacar de todo ello lección provechosa y sano consejo para la cultura general.

Es noticia y lección repetida por todos los doctores y tratadistas de artes y letras, que la representación escénica en una y otra edad y en todas las naciones se originó del culto, siendo el templo la cuna primera del arte teatral. A poco que el pensamiento se detenga en el hecho da con la explicación cumplida del caso; porque la creación artística que constituye y forma la sustancia y la apariencia del arte teatral es una aplicación, ó mejor dicho, una demostración por ejemplos visibles de la bondad, de la grandeza y de la eficacia del dogma creído y reverenciado. La poesía dramática, por necesitar de la acción, esconde siempre el propósito de patentar la esencia buena ó mala del hombre, ó una victoria ó una derrota que declare un vicio ó exalte una virtud. No es posible tejer y preparar el origen y fin de la acción, sin representarla como modo y demostración, por caso práctico, de una ley general, como una ostentación de los supuestos morales y teológicos que el autor tenga por verdades, ya mirando al hombre, ya en lo que toca al ordenamiento general de las cosas.

De aquí el hecho apuntado por los historiadores griegos, latinos, ó de la Edad Moderna, al referir los orígenes siempre sacerdotales del teatro, definiendo como dogmática la primera edad de la poesía escénica; y de aquí los calificativos de teológicos y religiosos a los más antiguos de los autores dramáticos. Poeta teológico fué Esquilo: autos sacerdotales pudieran llamarse sus tragedias, y trayendo a la memoria el Prometeo encadenado, única parte conocida de una gigantesca trilogía, la religión inspira constantemente a sus personajes y aconseja a su autor la forma amplísima y gigantesca en que hace visibles sus creaciones. Y este sentido eminentemente religioso sirve a Esquilo para marcar el puesto y lugar que el hombre ocupa en el mundo, y al mismo tiempo para demostrar la constitución firmísima de un poder supremo que tenía su asiento soberano en la inteligencia. Prometeo, defendiendo al hombre contra Júpiter, le dota de cualidades antes ajenas a su naturaleza, y sufre el castigo de la falta voluntaria que cometió movido por piedad. Las rocas gigantescas del Cáucaso, los coros de las ninfas oceánicas, los enviados ó los mensajeros de Júpiter, dan una solemnidad y grandeza a la fábula esquila, que avisan las ulteriores formas que revestirá la escena sacerdotal en edades futuras. En Sófocles y en Eurípides, el más trágico, según Aristóteles, porque es el más místico ó órfico de los trágicos, no desnudó el teatro griego el carácter teológico y sacerdotal inherente a la tragedia.

Llegada la Edad Cristiana, las basílicas y las catedrales fueron las cunas que merecieron las representaciones escénicas. Al Norte y al Mediodía, en Oriente y en Occidente, las narraciones y las parábolas evangélicas se ostentaron a los ojos de la muchedumbre, representando cada uno de los pasos de la inmensa tragedia, conmemorada en las bien ordenadas fiestas que se eslabonan en el año eclesiástico. La Iglesia católica consideró y estudió las representaciones escénicas como medios de educación y de instrucción, muy eficaces para el auxilio de la predicación y para el endoctrinamiento, que cumplían según su cometido, todas y cada una de las garantías eclesiásticas. No bastaba encantar el oído con la palabra enérgica y elocuente del franciscano y del dominico; era preciso encantar la vista para que por uno y otro sentido llegaran al alma fiel y confesora, las sagradas narraciones de los evangelistas, y las reglas y preceptos escondidos en el seno de las alegorías y parábolas del texto sagrado. El arte en la Edad Media es eminentemente religioso, y por tanto, eminentemente didáctico. La representación escénica es la forma general, constante, que emplea la Iglesia para instruir y para educar en la doctrina cristiana a los pueblos de Occidente. Los misterios, las moralidades, las escenas litúrgicas, las representaciones de toda suerte, esculturales, pictóricas de la vida presente y de la

vida futura, de los pecados y de las virtudes, del demonio y de los ángeles, de la culpa y de la redención, las encuentra hoy la crítica en una escala inmensa, adaptada á todas las inteligencias, tocando todas fibras del sentimiento y de la fantasía humana, en las fachadas de las catedrales góticas, en los retablos bizantinos, en los frescos de los cementerios, en las miniaturas de los códices, en los ejemplos y en los milagros de los santorales, en las leyendas y tradiciones de las romerías, en los libros poéticos, en los poemas y en los escenarios de los atrios y pórticos de las catedrales. Es la existencia á manera de inmensa escuela donde todo enseña, declara y descifra, y donde todo advierte y amonesta; y la Edad Media cristiana cumple con el fin apostólico, sin desdeñar ni la música, ni la escultura, ni la pintura, ni la danza, para que todas las facultades y potencias recogieran lección, advertencia y consejo.

No era difícil prever que la representación escénica saltaría del atrio á la plaza pública, pasando de manos sagradas á manos profanas, y al compás que fuera perdiéndose la influencia de la sagrada sombra que la defendía en el momento de la representación, recibiría en su seno elementos profanos heroicos ó venidos de la vida real y positiva.

En este largo período que ocupa tres siglos, el drama sacerdotal, el drama teológico contrariado ya por la tendencia laica, ya por el espíritu cómico, ya por las reminiscencias clásicas, perdió terreno, limitándose á lo sumo á dramatizar pasajes bíblicos ó parábolas evangélicas, ganando cada vez más cuerpo lo humano, que se enseñoreó por fin desterrando de la escena á lo sobrenatural y divino.

Quedó defendiendo y recordando el espíritu teológico y el drama sacerdotal el Auto ó representación del Corpus Christi, por haber abierto la Iglesia ámplios é incommensurables horizontes al júbilo cristiano en el día de la fiesta de Jesús Sacramentado; aunque no es de creer que los Autos Sacramentales, durante los siglos xiii, xiv y xv, se limitaron exclusivamente á celebrar el Sacramento del altar. Era difícil la empresa, y tomando como base los fragmentos de los siglos xiii y xiv, ó el auto de *San Martín*, no se descubre en ellos relación alguna, próxima ni remota con el misterio de la Eucaristía, ni aun en los análogos pertenecientes al siglo siguiente, ni en las farsas de Juan de Pedrosa y autos de Juan de Timoneda. Se llega al siglo xvi sin que sea permitido señalar un drama teológico. Si en Lope de Vega, ya en las comedias de Santos, ya en el *Viaje del alma*, se advierte un pensamiento moral, hijo legítimo del espíritu cristiano, no se descubre la glorificación del Misterio, á cuyo festejo se consagra aquella solemnidad. Con libertad extrema, tanto Lope de Vega como Valdivielso y los demás poetas de la primera mitad del siglo xvii emplearon alegorías y emblemas y otros medios expresivos propios del arte religioso; pero ninguno de ellos acertó con la forma y la manera adecuada del drama teológico, esencialmente simbólico.

Es vano empeño buscar acción en los Autos Sacramentales de los siglos xv y xvi. Diálogos, romances, villancicos y glosas devotas, dispuestas en pocas escenas, sin lazo lógico ni externo, constituyen todo el artificio de los Autos Sacramentales antes de Calderón de la Barca.

Pero los autos deben estimarse como un florecimiento del culto externo, y una demostración por formas visibles de la verdad y bondad del dogma, siguiendo en ello la tradición didáctica de los siglos medios, combinada con el espíritu simbólico y alegórico de todos los siglos. El Auto Sacramental en manos de Lope de Vega y sus discípulos se separa poco de la fábula y naturaleza de los poemas menores del arte dramático, y solo difiere en accidentes externos de la representación profana.

La representación litúrgica de la Edad Media que había predicado el dogma, enseñado la moral, dirigiendo la vida con ejemplos y parábolas, corría grave riesgo de descender á los juegos de escarnio ó á las farsas juglarescas de los siglos medios, ó de convertirse en los proemios y las loas pedantescas é inoportunas del siglo xvi. Calderón de la Barca creó el verdadero drama teológico, el Auto Sacramental; por que creó la acción, que nada es la poesía escénica sin la representación de un germen que germina y florece, de un pensamiento ó pasión que brota y domina á la voluntad, moviéndola á su placer.

No era fácil el empeño. El drama teológico dogmático ha de demostrar, por los medios de la representación, la verdad y la belleza, no de éste ó de aquel precepto, no de uno ú otro consejo, sino de la perfecta unidad dogmática que resulta en el entendimiento humano, de la coordinación y enlace de todos los dogmas y misterios articulados en el credo religioso. No es solo la vida individual, no es la advertencia de la ancianidad á la juventud; no es el caso de la lucha de una pasión con la virtud; tampoco el cuadro de la paz de la conciencia en el acatamiento y práctica de los mandamientos divinos; es más alto, profundo y extenso el asunto. Trátase de demostrar á Dios, de representar sus misterios y de adorar su verdad en la infinita manifestación de sus inefables atributos. Fuera del mundo, dejando tras sí el tiempo y el espacio, el poeta religioso ha de concebir y amar el dogma, representando después su adoración al través de las formas y de los ejemplares que le suministran las creaciones, inertes ó vivas, así las reales como las puramente imaginadas. La historia es á sus ojos un inmenso razonamiento, cuya conclusión es la verdad del dogma. La creación misma no es otra cosa que una visible demostración viva, perenne, constante y cada vez más

clara de la verdad religiosa. Los sentidos y las potencias, los afectos y las pasiones, cuanto de conocido ó desconocido salta y se desencadena en la naturaleza humana, es un testigo que directa ó indirectamente viene á comprobar la verdad de la revelación divina. Y aun parando mientes y contemplando atentísimamente la justicia, la bondad y el amor de Dios, es necesario que el poeta teológico conciba en su unidad y armonía divina todos esos atributos, para que ninguna duda quebrante el ánimo ni turbe la ardiente y vivificadora llama de la fe, que ilumina cuanto ven los ojos, cuanto toca el entendimiento ó cuanto la voluntad desea en el más apasionado y vehemente de sus impulsos y arrebatos.

Así es el arte teológico y sagrado en el mundo antiguo. Pero las concepciones fantásticas de aquellas religiones permitían una descripción y pintura que fácilmente corría en las escenas de los poemas sagrados de la India ó en los himnos homéricos. Pintando y describiendo el *Todo* quedaba revelado Dios. La descripción bastaba para tal empresa, y el símbolo y la alegoría eran solo hipérbolos que contribuían á la demostración de lo divino. Nada tenía individualidad; no había relación, sino unidad. La unidad que anegaba el sér en la consustancialidad, no permitía el personaje, la individualidad externa que, colocada frente á frente de la divina, debía mantener con ella relaciones absolutas de inteligencia, de amor y de justicia.

Otra y más alta es la concepción cristiana. La creación de un sér espiritual, libre y eterno establecía vínculos entre el Creador y la criatura, que el dogma declaraba con la caída, la redención y la gracia, y cada uno de estos hechos, si bien daban al poeta personajes y acción, y por tanto elementos dramáticos, exigían el profundo y adecuado simbolismo que solo el Dante y Calderón conocieron.

Y sobre todos estos misterios y milagros, el mayor de los misterios y el más portentoso de los milagros, que es la presencia real de Jesús vivo en la hostia consagrada, el inefable misterio de la Eucaristía.

En las loas, y al concluir todos los autos con himnos y con endechas, Calderón canta y glorifica el misterio de los misterios, el milagro del amor divino. La sangre y el cuerpo de Dios vivo úncense á la naturaleza humana, la fortifican y mantienen, y renuevan en su seno el vigor de la gracia. Es la unión por amor de ambas naturalezas y el cumplimiento de la promesa del amor divino, de asistir, amparar y socorrer á la naturaleza humana. Dios está en la vida; Dios está presente; su cuerpo y su sangre llegan á nuestro sér; y un manjar espiritual y de esencia divina mantiene y estrecha el sagrado lazo que une al Creador y á la criatura. Grande y admirable concepto, y símbolo de la unión del hombre con Dios, que justifica el entusiasmo y exaltación del gran poeta.

¡Qué consorcio tan misterioso del hombre y del poeta reclama el asunto! ¡Y qué hombre y qué poeta exige el tratarlo! Del hombre apenas hoy podemos formar concepto. Presos en nuestro egoísta pensamiento, en las angustias constantes del recelo y de la duda, difícilmente imaginamos al que se había agnado de su propio pensar, llenando el alma con el magnífico ordenamiento de la Iglesia católica. Dudando hoy, no ya la inteligencia de lo que conoce, sino la mano de lo que actúa y los ojos de lo que ven, no es fácil que imaginemos al hombre que discurría por montes, praderas y mares, por argumentos y estudios, por historias y afectos, sin encontrar la menor duda, ni la más ligera niebla, ni el velo más tenue que ni por un instante oscureciera la esencia, la naturaleza y el destino de cuanto ve y toca, de cuanto piensa ó imagina. No hay para el poeta teológico misterio ni oscuridad, duda ni vacilación. Como si una leyenda explicativa acompañase á cada sér y á toda existencia ó accidente, todo lo penetra y declara su entendimiento bajo el dictado de la fe, y atraviesa así con frente serena, ánimo tranquilo y confiado ademan el camino que separa la cuna del sepulcro. Ni aun antes de la cuna ni después de la tumba existen perplejidades ni dudas para la inteligencia iluminada por la fe. Perpetuamente embelesada en la contemplación de las maravillas y portentos que repiten uniformemente, aunque en la variedad inmensa de los seres y de las existencias,—la verdad del dogma y la flaqueza y debilidad del espíritu satánico, cuando se presenta delante del celestial y divino, el hombre siente en sí todos los gérmenes, impulsos y entusiasmos de la poesía, y conoce como una nueva creación bajo el augusto patrocinio de esta intensísima iluminación espiritual.

No hay que hablar ya del poeta: el hombre que consigue en cualquier vida religiosa tan perfecto estado de fe y de gracia es esencialmente poeta; y la vida real, y los afectos humanos, y cuanto se mueve y germina en torno suyo son visos, vislumbres, noticias y anticipaciones de la verdad dogmática, que es ya el alma de su alma y la sustancia de su vida.

Si el génio es visión y contemplación espiritual de la belleza, percepción directa de lo divino, y el concepto y el sentido divino llenaban (aparte de accidentes y aderezos históricos) el alma de Calderón, ¡qué mucho que rompiera su fantasía en espléndidas creaciones y en arrebatadoras imágenes al referir los vuelos de su génio y las concentraciones de su inteligencia?

Sin Dios, y sin Dios amado, y amado sobre todas las cosas, no hay Arte. No lo hubo en las edades pasadas; no lo habrá en las futuras. Si es cierto que los tiempos, bajo el consejo de novísimos errores naturalistas, tocan ya en las lindes de las edades ateas y materialistas, ¡fe-

lices nosotros, á quienes llamará la historia los últimos admiradores de Rafael, Murillo, Lope y Calderón, y desventurados nuestros hijos, condenados al espectáculo de lo grotesco y de lo indigno!

Pero un paso más, un grado más de misticismo en el alma católica, y el Arte desaparece; y la contemplación, en vez de producirse en formas y maneras artísticas, permanecerá callada y silenciosa en el fondo del espíritu, envolviéndolo en luz y penetrándolo de amor, sin otras señales de su existencia que el éxtasis y el arrobamiento del que, perdida la conciencia, deja que el espíritu divino encante con interminables prodigios las potencias y las facultades, que apenas consiguen una lejana visión del himeneo espiritual entre el amigo y el amado.

Es así porque el arte es creación, y es punto que maravilla como el misticismo de Calderón co va mas allá de la meta en que vacila y desaparece la forma, lo visible, lo representado.

El carácter de la representación dramática, y más de la popular, como lo era la de los Autos, exige determinaciones claras y concretas; y aunque sea simbólica ó alegóricamente, formas y figuras; y el génio artístico detuvo á la inteligencia ya mística de Calderón de la Barca cuando iba á la muda é interna representación *Del Castillo ó De la Noche oscura del alma*.

Pero las condiciones dramáticas de los Autos, el carácter didáctico y popular de la representación sagrada, que se cumplía en las plazas públicas para enseñanza y edificación de los fieles, retenía la tendencia cada vez más viva y exaltada de Calderón, obligándole á buscar en su génio trazas y maneras de dar la lección teológica en día tan aplaudido y ante concurso tan vario y numeroso. Calderón lo dijo:

No hace nada el que no hace
Que queden de lo que piensa,
Docto y no docto, capaces.

(*Sacro Parnaso.*)

Con toda libertad, y sintiéndose en el momento más alto de la creación artística, desdeñando hasta estas servidumbres que la verdad del tiempo y del espacio imponen al poeta, y colocándose en lo infinito para crear espacio y tiempo por medio de la alegoría y del símbolo, porque

En alegóricos tropos

No se da lugar ni tiempo,

no olvida Calderón ninguno de los usos, de las costumbres, ni ninguna de las instituciones conocidas y populares, para que una analogía fácil y sencilla ayude á la inteligencia de la representación dogmática. Ya es la *Nave del Mercader* que trae el pan divino desde lejos, declarándose el Divino Mercader *fidor* y *principal obligado*, respecto á las deudas contraídas por el hombre, en el momento en que el demonio traba *embargo* y *ejecución* en la naturaleza humana. Ya es la *Inanidad del Sagrado*, á la cual se *acoge* el hombre guiado por la Penitencia y huyendo del Pecado. Ya la *Sentencia de Alimentos*, dictada por Dios respecto al hombre después de la redención. Ya el *Nuevo Palacio del Retiro* ó el *Nuevo Hospital de Pobres*,—como los que entonces se alzaban en Madrid para albergar la majestad ó socorrer á la indigencia,—daban testimonio de aquel Palacio ó de aquel Hospital que la bondad divina edificó, sirviendo de fundamento la sangre del Crucificado. Ya son analogías de costumbres literarias y escolares, como la *Vacante General*, en que quedaron vacantes por el advenimiento de la ley de Gracia las becas, prebendas y dignidades de la ley escrita, ó *Sacros Parnasos*, donde tienen lugar certámenes en que disputan premios poéticos santos Doctores, y dá el vejeñen el ingenio. Ya encuentra títulos en las más aplaudidas de las obras dramáticas, y *El Pintor de su Deshonra* y *La Vida es Sueño* abren, con analogías más ó menos violentas, el camino al entendimiento de la muchedumbre. La Mitología le ofrece numerosas analogías. *El verdadero Dios Pan* es Jesús, que está en el pan sagrado; en *Psiquis* y *Cupido* una y otra vez (1); Cupido es el Redentor y Psiquis la redimida. También suele verse en el *Pastor Fido* la figura del Hijo de María; en *Andrómeda* y *Persé*, la Naturaleza humana en ella, y en él el Amor divino; en *Los Encantos de la Culpa*, Ulises es la Naturaleza, Circe la hechicera infernal que le embriaga, y *El Divino Orfeo* aparece también representando al Creador en toda la grandeza y extensión del poema de la creación.

Cuando podía servir para la más fácil comprensión del dogma eucarístico y de la verdad católica en general se encuentra en las alegorías calderonianas. *La Cena de Baltasar* muestra el castigo de la blasfemia humana, y enaltece la idea de Dios y de su providencia; *La Serpiente de Metal* nos recuerda las ingratitudes del pueblo de Israel; *La Torre de Babilonia*, la eterna y emblemática empresa de la Torre de Babel; *Sueños hay que verdad son*, la dramática historia de José; *Las Espigas de Ruth*, la ocasión para concertar el cuadro bíblico con la espiga y el trigo de que se amasa el pan divino. Del mismo modo que las narraciones bíblicas abren camino á estas analogías, los adagios y refranes populares le sirven de punto y resorte dramático en *No hay más fortuna que Dios*, donde el mal con capa del bien y el bien con capa del mal deslumbran y fascinan á la naturaleza humana, hasta que llora arrepentida á los pies del Redentor. *La Redención de Cautivos*, que tanto influye en la piedad y sentimiento moral de aquel siglo, abre paso á otras analogías, como dan luces é indicaciones en *La Cura y la Enfermedad*, *El Veneno y la Triaca*, *La Semilla y la Zizaña*, la lucha que esconde todas es-

(1) El de Toledo y el de Madrid.

tas frases entre el espíritu del mal y la ley redentora del Amor.

Las leyendas piadosas de Madrid sirven de base *Al cubo de la Almudena*, como las épicas tradiciones de los siglos castellanos á *La Devoción de la Misa* ó *Al Santo Rey Don Fernando*, recogiendo el poeta con solicitud patriótica las puras creaciones de Berceo y del Rey Sábio.

¿No es cierto que sería indisculpable puerilidad que con ocasión de poner de bulto el carácter popular de los Autos, y la necesidad de alegóricas analogías que partieran de lo sabido por todos, defendiera yo á Calderón de las acusaciones moratinianas y de los pedantescos escrípulos de críticos que desconocieron el arte, y principalmente el arte popular?

Cosas más graves que los escrípulos de la crítica galoclásica del último siglo ocupan y solicitan hoy á los amantes de letras y artes.

Pero si en las más de las ocasiones Calderón de la Barca buscaba en las formas del procedimiento jurídico, en las costumbres, en las enseñanzas bíblicas, en las fábulas mitológicas, en los refranes y adagios populares, traza y manera de hacer clara y visible á la inteligencia popular la alegoría empleada para la enseñanza dogmática, en otras ocasiones va directamente al asunto, y sin esas formas ni medios alegóricos, sino en la pureza del símbolo católico, lo presenta á la expectación con una felicísima audacia y con una inspiración teológica maravillosa. *A Dios por razón de Estado*, *La Vida es Sueño*, *Los Misterios de la Misa*, *El Tesoro escondido*, *No hay instante sin milagro*, *Lo que va del hombre á Dios*, son otras tantas joyas que computen la grandeza y magificencia con las más celebradas creaciones del arte antiguo y moderno, y que en el arte católico no tuvieron igual ni parecido.

Dije antes audacia, y dije mal. No hay audacia, no hay atrevimiento en Calderón de la Barca, porque no es su ánimo y su inteligencia la que osa y se atreve; es la intensidad y energía de su fe, que mira como fácil y sencilla toda declaración y toda explicación, aun de la de los misterios más recónditos y sobrenaturales.

Recordad las loas en que sale á plaza la Teología, y retá á todas las ciencias á discutir tres delicadas conclusiones sobre la transustanciación en la Eucaristía. La Filosofía discute, y queda vencida; la medicina disputa, y por fin se postra; la jurisprudencia argumenta, y cae también á los pies de la teología. Para celebrar una de estas victorias tiene lugar el auto *A Dios por razón de Estado*. Ábrese la escena, y los primeros personajes que se presentan son el Pensamiento atraído por una armonía que suena en los espacios diciendo:

Gran Dios que ignoramos,
Abrevia el tiempo,
Y haz que te conozcamos,
Pues te creemos.

¿Cómo al Dios que ignoran aclaman? ¿Cómo dan culto á Dios, de quien no saben qué Dios sea? Dada es esta que aflige al ingenio humano, cuando se alza á sus ojos aquel templo con la letra *Ignoto Deo*, que señala las lindes de las edades antiguas. Dios ignorado implica contradicción, porque, á no ser comunicable Dios, no fuera Dios; que fuera imperfecto el bien no comunicado y en Dios no cabe imperfección. En tanto el pensamiento del hombre batalla con estas dudas, sale la Gentilidad romana, y con himnos y músicas ruega al Dios desconocido que se declare. Expone la contradicción al ingenio y contesta la Gentilidad que tiene noticia, aunque remota, de aquel Dios, y espera, cree y desea tenerla próxima; porque ya sus filósofos hablaron de una primera causa, y creyeron que esto estaba debajo de un Gobierno, y que había, por fin, un Dios supremo, todo manos, todo ojos, todo oídos. Siguen las fiestas al Dios desconocido, y de pronto una conturbación de los elementos interrumpe el festejo y pone espanto en los ánimos. Queda la Gentilidad sola con el ingenio humano, que difícilmente contesta á las preguntas de aquella cuando le interroga sobre la causa de que el cielo se turba y desplome, falteza el sol, húndanse las estrellas, espire la luna, y se extremezca en sus hondos cimientos la naturaleza entera. A lo cual solo contesta el ingenio «que todo espira, pues el Hacedor padece.»—«Dios no puede padecer,» replica la Gentilidad: implica Dios y pasible. También implica Dios é ignorado; y entre estas proposiciones es terrible la vacilación del Pensamiento del hombre, y Calderón la expresa con una grandeza dialéctica verdaderamente trágica:

GENT. Yo no he de creer que haya Dios pasible.
PENS. A tí me atengo.
ING. Yo, que haya ignorado Dios Tampoco creeré.
PENS. A tí vuelvo.
GENT. Bien puede ser ignorado De mf, y de otro no.
PENS. Es cierto.
ING. También puede padecer No como Dios.
PENS. También esto.
GENT. ¿Pues ha de ser otra cosa Siendo Dios?
PENS. Tu duda apruebo.
ING. No sé, más siendo Dios, todo Lo podrá.
PENS. La tuya aprecio.
GENT. Ese es error.
PENS. Tras tí voy.
ING. Es engaño.
PENS. A tí me acerco.
LOS DOS. ¡Oh! ¡Cudí anda entre los dos Vacilando el Pensamiento!

PENS. ¡Qué he de hacer, si ambos iguales Tirais de mí tan á tiempo, Que yendo y viniendo á entrambos Descanso en ninguno tengol

El ingenio humano (recuerdos de San Agustín) busca á Dios en sí, en el cielo, en la tierra, en los mares, en el fuego, en el viento, en los jardines, en los bosques, en el tiempo, sin que les satisfaga ninguna de las deidades gentílicas, porque

Quien tiene muchos dioses No tiene al que yo pretendo.

Continúa su peregrinacion el ingenio humano buscando al Dios ignoto y pasible presentado por la luz natural. Encuentra al grosero ateísmo que explica el trastorno de los elementos como una enfermedad del gran cuerpo de la naturaleza, sin creer más que en el acaso y en que, corrompida la prima materia, engendró al hombre.

Huyendo de quien tiene dioses y de quien no los tiene, llega al Africa, donde tendrá asiento el mahometismo. No niegan los ismaelitas se ha de adorar á un Dios; pero en tanto que el judaísmo aguarda á un Dios, él aguarda á su Profeta. Pero el pensamiento conoce que quien espera á Dios vive sin él, y punto por punto contradice las máximas mahometanas. El Dios que busca el pensamiento humano ha de ser un ente de sí solo, en sí y por sí, incomprendible y divino. Continuando su penosísimo viaje, le sale al paso la Sinagoga y Pablo el Centurion, presos de las mismas ansias causadas por el eclipse, terremoto y sobresalto de la naturaleza entera. En vano la Sinagoga en grandioso y magnífico estilo canta sus glorias, y recordando las profecías, niega sea el Nazareno el Mesías prometido.

Pero la Sinagoga habla de padre é hijo, y estos dos conceptos que contradicen la unidad de Dios, sumen al ingenio en nuevas perplejidades y aguijonean el deseo de la indagacion. En tanto el Centurion es ya San Pablo, que al caer ha subido y que ha llegado á ver cuando estaba más ciego. Ya Cristo vive en él. La Sinagoga queda muda; pero el ingenio humano escucha con atencion á Pablo, interrogándole con ansiedad creciente. Pablo razona:

PAB. ¿El bien no comunicado, No fuera imperfecto bien? ¿Ser que fuera comprendido De quien infinito no es, Fuera infinito sér?

ING. No: Claro está, porque caber Lo más no puede en lo ménos.

PAB. Pues siendo infinito sér Dios, y siendo bien perfecto, Fuerza en una parte fué Comunicarse, y en otra, El comunicarse á quien Siendo él infinito, fuera Infinito como él; Pues si se comunicara, A quien no lo podía ser, Quedara imperfecta toda Aquella distancia, que Lo finito á lo infinito Dejara de comprender: Luego para que no haya En Dios imperfeccion, es Conveniencia de su esencia Y precision de su sér, Por acto de entendimiento, Engendrar un hijo á quien Se comunique infinito. El padre que al hijo vé, El hijo que mira al padre, Llegándose á complacer Uno en otro, ¿no es preciso Proceda de amor tan fiel Un espíritu que sea Igual á los dos, y que, Procedido de los dos, No pueda entre ellos haber Por la comunicacion De personas, ni despues, Ni antes, primero ó postrero, Mayor ó menor?

ING. Sí. PAB. Pues Una en los tres la deidad, Uno en los tres el poder, Uno en los tres el amor, Uno en los tres el saber, Cierto es que en la esencia es uno, Siendo en las personas tres.

Vehementísima y sañuda es la contradiccion de la Sinagoga en un diálogo animadísimo y violento con Pablo; pero escucha satisfacciones á todos sus argumentos y á todas sus réplicas. El ingenio humano, que atentísimo habia seguido la controversia, exclama:

ING. El Dios ignoto y pasible Que ojos, manos y oidos fué, Y primer causa de causas, En boca de Pablo hallé.

Acuden á escuchar esta confesion, trémulos y demudados, el Ateísmo, la Sinagoga y la Gentilidad, y en vistoso panorama con muy lucidas apariencias, representanse á los ojos del espectador las tres edades teológicas del mundo.

La ley natural al pié de un árbol en que se envuelve una serpiente; la ley escrita con las tablas en la mano, y, por último, la ley de Gracia con cruz y venda, que se apresura á explicar todo misterio y á esclarecer toda duda, exclamando:

LEYDEG. Eso yo lo explicaré, Pues por ley de Gracia soy La superior á las tres. No solo esos diez preceptos Confirмо en mí, mas porque

Su cumplimiento tuviese Fianza á no fallecer, Los fortalezo de siete Sacramentos que allí ves De la fuente de la Gracia Perennemente correr.

Y en efecto, bellísima fuente, cuyo remate es hostia y cáliz y al rededor los siete Sacramentos como corrientes que emanan de la hostia, figuran á los ojos de la muchedumbre, que exclamaría con el Ingénio humano:

Nada su ley nos propone, Que bien á todos no esté El creerlo y el amarlo, Llegando á amar y á creer Por razon de estado, cuando Faltara la de la fe.

Persevera en su error la Sinagoga y tambien el Islamismo, pero no así la Gentilidad y el Ateísmo, que se convierten:

Y lo mismo harán los dos, Cuando el mundo venga á ser Solo un pastor y un rebaño.

La Razon queda satisfecha en cuanto á Dios; pero el Ingénio humano aun pregunta qué soy y qué es y qué vale una vida.

¿Qué es la vida? La vida es sueño, dijo el poeta profano por boca de Segismundo; pero en el Auto Sacramental el asunto reviste formas apocalípticas. Sin embargo, ¿cómo completa el Auto á la comedia! ¿Qué grande representacion en un teatro de otros tiempos, la del Auto Sacramental *La Vida es sueño*, como epílogo y conclusion de la comedia *La Vida es sueño*!

El caso dramático humano quedaria explicado por la ley universal, por el dogma, por la creacion que sirve de asunto y da el argumento al Auto Sacramental.

Abrense los artificios y aparecen disputando la preeminencia y lugar principal el agua, el aire, la tierra y el fuego. Aquí el Poder divino, que declara las virtudes y excelencias de cada cual, y la Sabiduría y el Amor llenan la creacion de maravillas y de perfecciones, hasta el punto de que, pasmados todos los elementos, prorumpen en un himno alabando y glorificando al Señor. El mundo pide á Dios ministro á quien en su nombre dar obediencia, y el cielo, asistido del Amor, de la Sabiduría y del Poder divino, crea los sentidos, las potencias, el albedrío, y por último, crea al hombre, adornado y enriquecido con cuanto aconsejó el Amor.

ING. ¿Rompe la prision oscura A la voz de tu Criador! HOMB. ¿Qué acento, qué resplandor Vi, si esto es ver? Oí, Si es oír esto, que hasta aquí, Del no sér pasando al sér, No sé más que no saber Qué soy, qué seré y qué fui.

El problema está planteado con toda claridad El hombre desea saber qué fué, qué es y qué será. La Gracia le invita á que le siga; pero torpe la razon y torpe el paso, muéstrase confuso y sorprendido, y se queja de no poseer aquella holgura, rapidez y seguridad en los movimientos que admira en todos los seres que le rodean. No conociendo su esencia, se cree inferior á los brutos.

La causa de tal diferencia inquieta al hombre:

¿Por qué, si es que es ave aquella Que ramilletes de pluma, Va con ligereza suma, Por esta campaña bella, Nace apenas, cuando en ella, Con libre velocidad, Discurre la variedad Del espacio en que nació, Teniendo más vida yo, Tengo ménos libertad?

¿Por qué, si es pez el que en frio Seno nace, y vive en él, Siendo argentado bajel, Siendo escamado navío, Con alas que le da brio, Surca la vaga lumedad De tan gran inmensidad Como todo un elemento, Teniendo yo más aliento, Tengo ménos libertad?

¿Qué mucho, pues, si se vé Torpe el hombre en su creacion, Que tropiece la razon Donde ha tropezado el pié? Y pues si hasta ahora no sé Quién soy, quién seré, quién fui, Ni más de que ví y oí, Vuelva á sepultarme dentro Este risco, en cuyo centro Se duela mi autor de mí.

El hombre, sin ninguna revelacion del entendimiento ni de la gracia, se duela de haber nacido, de no saber sino lo visto y oido; y no conociendo sus destinos, quiere huir de la vida que acaba de respirar. La Gracia divina escucha sonriendo sus lamentos, y le lleva con majestad, pompa y honor á recibir el debido homenaje como el más perfecto sér de la creacion; en testimonio de lo cual le asisten el entendimiento y el albedrío. Allí queda solo en el momento en que va á usar de su albedrío y va á disponer de su entendimiento. Al verse en tanto honor y en tanta dignidad, vuelve á preguntar quién es, quién fué y quién será. «Polvo fuiste, polvo eres y polvo despues serás,» contéstale el Entendimiento.

El Albedrío en tanto le aconseja desechese tristezas y goce su poder y preeminencias. En va-

no el Entendimiento persevera en el consejo: el Albedrío le lleva á que se contemple en el espejo de las aguas, y queda enamorado y orgulloso de su gentileza y de su hermosura.

Los diferentes encantos de la naturaleza van presentándose uno tras otro al hombre llamándole al pecado. Pero el Entendimiento le advierte y le amonesta cada vez con mayor severidad, y entonces Calderon, siguiendo á la comedia, encuentra uno de los símbolos más bellos y acabados que se ven en sus Autos.

HOMB. Ya este es tema de locura, Más que lealtad; quita, quita, Villano...

ENTEND. Atiende que usas Muy mal de tu entendimiento, Si atropellado le injurias, Peor usas tú del dueño, Pues atrevido le luchas, Sin ver que desde este muro Puedo arrojarte á esas duras Peñas.

HOMB. No podrás sin que Aquí mismo te destruya. ¿Cómo que no podré? Pero Las fuerzas lo dificultan, No el valor: llega, Albedrío, Tú á despeñarme me ayuda. Si haré, pues sin mí no puedes.

ALBED. ¡Mira! AGUA. ¡Advierte! TIERRA. ¡Atiende! FUEGO. ¡Escucha! AIRE. ¡Atiende!

HOMB. Nadie á mi furia se oponga, O teman todos mi furia. (Arrojalo.)

Despeñado el Entendimiento, el hombre se separa de Dios y cae en el pecado. Las lucas se nublan, se estremecen los montes, se embravecen los vientos, apágase la luz de la Gracia divina, y el hombre exclama:

¡Ay de mí, infeliz, que todo El orbe he dejado á oscuras!

Si aplicáramos á Calderon de la Barca la crítica sutil y aguda que encuentra apotegmas filosóficos, máximas heréticas en el Dante, y profundidades insondables en el Fausto de Goethe, ocasion era esta de meditar y discurrir sobre estos dos símbolos, el hombre despeñado al Entendimiento, y el mundo que queda sin luz en el instante en que el hombre aparta el pensamiento de Dios y se separa de su ley. Pero no necesita nuestro poeta de alambicados conceptos para que sea visible la grandeza de sus símbolos y alegorías.

¿Qué es de la naturaleza del hombre despues de la caída?

..... Ruda La razon, ciego el discurso, Torpe el sentido, confusa La vida y suspensa el alma, Le han dejado la escultura Del barro no más, pues soto Bronca, informe, estatura bruta, Tengo ojos y no ven, Tengo oidos y no escuchan, Tengo manos y no tocan, Tengo labios y no gustan, Tengo piés y no se mueven, Tengo voz y no pronuncia, Y, en fin, sin entendimiento Ni albedrío que me acudan, Tengo aliento que no alienta Y corazon que no pulsa.

Entre dolores, lágrimas y suspiros pasa la vida á vueltas con su culpa, y reconociendo y confesando la miseria de la existencia. Pero como la vida es sueño, importa dormir esta triste vida para despertar á otra mejor. Sin embargo, siendo infinito el delito, no es posible dar una satisfaccion infinita; y por lo tanto su miseria es perpétua y eterna al decir de la duda y de la desesperacion. Pero el entendimiento replica:

ENTEND. Ya que dar satisfaccion No pueda, podrá su pio Llanto al cielo entenercer, Para que la dé quien pueda; Pues poder al poder queda, Saber le queda al saber, Y amor al amor; con que Entera satisfaccion Le saque de su prision.

La sabiduría divina rompe por fin sus cadenas, movida á piedad por sus súplicas y arrepentimiento, y por amor al hombre ocupa su puesto y su lugar, dando así á infinita culpa infinita satisfaccion. Cumplida la redencion, los elementos tornan sumisos á colocarse en la dependencia y vasallaje del hombre, y se glorifican; sirviendo el agua al bautismo, la tierra á la espiga y á la vid, que han de ser viandas eternas; el aire llevando la nueva á todos los ámbitos, y el fuego que, sirviendo al amor, enciende todos los corazones.

No es del día buscar antecedentes y noticias en opiniones, de esta manera, precisa y clara de exponer la creacion, la caída y la redencion que se ve en el auto calderoniano. Pero lo que sí cumple es notar cómo el artista consigue dentro del dogma crear una accion con accidentes y peripecias, y cómo dentro del ordenamiento teológico del dogma se resuelve la fábula dramática, y llega á final y conclusion, y deja por último en el alma de los espectadores una enseñanza y un consuelo.

El dogma, la doctrina, el ideal de la vida, en lo que tiene de más recóndito y misterioso para el entendimiento humano, servian de resortes dramáticos al gran poeta, que no titubeaba al buscar explicaciones sencillas y de fácil comprension al misterio mismo de la Trinidad de Dios, ni se embarazaba por la dificultad de traer

á las tablas gigantescas personificaciones de las edades y de la ley mosaica ó de la gentil, desplegando la sucesion de los tiempos al pasar por los distintos periodos de la ley natural, la escrita y la de gracia. Solo en el Dante en algun pasaje de la cantiga del Paraíso se encuentran personificaciones y símbolos de tanta magnitud y grandeza, y entiendo que no llegan á medir tal altura las sombrías creaciones del arte del siglo ni en el Manfredo de Byron, ni en el Fausto de Goethe, ni en el Conrado de Mikiewitz, aplaudidas como peregrinos testimonios de la audacia de la inspiracion moderna.

Con igual seguridad, que hoy llamaríamos atrevimiento dadas las meticolosidades de la fe comun, presenta Calderon en la accion de sus dramas filosóficos á la razon natural iluminando á Adán, y declarándole á la luz de la antorcha, que en ella nace y se mantiene, lo que de comun tiene la naturaleza humana con la piedra que en cualquiera centro ocupa lugar, con las plantas en que nace y crece, con las aves en el vital sentimiento, con el ángel en que entiende y discurre, y con Dios, porque

En la porcion del alma Con él conviene en lo eterno.

La razon natural y la fe, la fe y la razon natural le dan aliento y seguridad bastante para no excluir de sus argumentos é incidentes dramáticos ningun sér, ninguna pasion, hecho ó fantasma que sea posible en los más extensos horizontes de lo imaginable. El ateísmo, la apostasía, la herejía, la soberbia, la mentira, el pecado, la incredulidad, los dogmas gentílicos, mosaicos ó alcoránicos, la blasfemia y la impiedad, todo sale á escena para ser vencido y humillado en buena lid intelectual por la razon, el entendimiento, la teologia, la fe, los sacramentos, la Iglesia y sus doctores. Si el demonio pisa el tablado y sus provocaciones al cielo llegan hasta poner mano en la naturaleza humana, tambien viste forma Cristo, y ahuyenta al espíritu del mal, en tanto que el espectador presente y oye entre asombros crecientes al Padre Eterno.

Si fuese posible mirar y ver á la muchedumbre apiñada en inmensa plaza, en tanto que el dogma religioso se representaba con fastuosos y magníficos artificios y una tras otra iban cayendo á los piés de la verdad las invenciones de las heregías, las maldiciones de la culpa y flaqueza humana, las perplejidades de doctos y los supuestos de la ignorancia, luciendo y campeando con arte primoroso y estro veheméntísimo y musical la verdad de Dios y la bondad de vida creyente y devota, ¿cómo nos sorprenderia el místico gozo de aquellas almas y las serenas alegrías y dulcísimas promesas que los ritmos calderonianos despertaban en todos los corazones! Solo entonces (no hoy, encallecidos en el olvido y agriados por miserias) podríamos comprender que el arte es hermano consustancial de la religion, y que levanta el espíritu y purifica la vida. Dueño, y dueño sin sombra, sin duda de la verdad, Calderon nada teme y de nada desconfía ni recela: su robusta, inquebrantable y creciente fe le lleva á mirar como buenas, fáciles y sencillas, no ya declaraciones y ejemplos de los dogmas, sino explicaciones de los misterios. Renueva en esto rasgos originales y propios de nuestras escuelas teológicas y de nuestros poetas de los siglos medios y muestra una cualidad muy señalada de la antigua fe española.

Con igual grandiosidad en la concepcion, y con igual vigor en el desempeño, pinta y representa el poema de la creacion. El poder divino explica la ley de simpatía y de antipatía que une á los elementos cosmológicos, y que evita sin embargo la confusion y la amalgama. La sabiduría divina divide las aguas de las aguas, llevando el fuego á eminentes sitios, y templea en el aire sus ardores, y el amor divino orna y hermosea lo creado con el sol, la luna y las estrellas para que presidan al día y la noche. Pueblan al aire las aves, habitan los peces el agua, y cubren de vistosos laberintos el suelo, plantas, flores y frutos:

Yo, que sin necesidad De criaturas, de edificios, De pompas y majestades, En principio sin principio, Para fin, tambien sin fin, Dentro estaba de mí mismo; Por ostentar de criador, Saqué, con solo decirlo, Del ejemplar de mi idea Las obras que ya habeis visto.

En *El Divino Orfeo*, no en conjunto, sino siguiendo al orden geneasiaco de los libros sagrados, van apareciendo los días á la voz potente del Creador:

¡Ah de ese informe embrion! ¡Ah de esa masa confusa, A quien llamará el poeta, Cáoos, y nada la Escritural

..... ¡Ah de ese lóbrego seno Sobre cuya faz, de Dios El espíritu fluctúa!

EL TODO. ¿Quién será quien nos busca? ORFEO. Quien de la nada hacer el todo gustará. Hágase la luz hermosa, Y en esa trabada lucha, Dividida de las sombras, Ella salga y todo luzca.

Y así sale la luz, y así brotan las esferas que dividen las aguas de la tierra. Así son las plantas; así los luminares del día y de la noche; así aves y peces; así los animales, hasta que concertados tantos prodigios crease la humana naturaleza para que goce ufana de todo ello: NAT. Que soberano poder

De no ser al ser me muda,
Con vida para que anime
Y alma para que discorra.

Lucen todas las galas del fastuoso ingenio del insigne poeta, al pintar en uno y en otro y en cien pasajes el encanto y la belleza de los primeros días de la creación, y campea también el indecible vigor de su ingenio al describir la perturbación que sufre la naturaleza al prevaricar el hombre, y la hostilidad de todos sus elementos y de todos sus entes contra el que había sido creado para su dueño y señor. Si como poeta descriptivo, rico en luces y atavíos, necesitara algún aumento y aplauso la ya cumplida y colmada fama de Calderón, bastaría leer estas brillantes antítesis, ya en la *Humildad coronada de las plantas*, ya en *Los alimentos del hombre*, ya en cuantas relaciones pone a boca de la naturaleza humana en otros muchos autos, para que la demostración fuera perfecta; pero no necesita de encomios la fantasía del gran poeta, y basta apuntar el dato, cuidando solo de advertir que, si es frecuente en su teatro profano encontrar rasgos que recuerden la influencia del cluteranismo, en estas composiciones dirigidas al vulgo, no á los discretos y cultos concurrentes de los corrales, academias y palacios, rara vez aparecen lunares y manchas gongorinas.

Teólogo que con tanta seguridad y confianza explicaba la Trinidad, la Eucaristía y representaba la creación, no podía menos de tocar con igual desembarazo otros puntos y temas del dogma y del culto, siempre con la intención y con el propósito de enseñar la verdad de Dios y de la Iglesia católica.

Entre las varias lecciones litúrgicas escritas por Calderón, señalase el auto intitolado *Los Misterios de la Misa*. ¿Quién es el protagonista del auto? La sabiduría. Y ¿qué es la sabiduría? SABID. Escucha, ignorancia, escucha:

Yo soy del Eterno Padre
Un atributo á su esencia
Tan conjunto, que como Él,
Sin fin ni principio, eterna
En su mente estoy.

Describe sus galas y los colores de sus plumas, representando cada color el de las facultades universitarias. Explica la misa porque

No hay voz, no hay palabra en ella,
No hay ceremonia, no hay
Vestidura que no tenga
Un misterio en cada acción,
Un secreto en cada letra.

La declaración de estos misterios y de estos secretos se cumple en las distintas escenas del auto; y ceremonia por ceremonia, desde el Introito y la Confesión hasta el último Evangelio, van representándose todas las del Santo Sacrificio, figurándose en Adán, en Moisés, en San Juan, en Cristo, que dice la gloria; en San Pablo, en San Juan Evangelista, que en un bello romance parafrasea el principio de su Evangelio; y por último, llega al Ofertorio, siendo el mismo Cristo el que cumple la ceremonia. Representase asimismo la Pasión, interviniendo el judaísmo en cada una de sus partes, hasta que después de haber consumido el sacerdote, nueva escena figura á los Evangelistas, hasta el Evangelio postrero que será el Evangelio del día del Juicio.

Admira y confunde en Calderón de la Barca la manera ingeniosa, á la par que profunda, con que consigue representar cada una de las ceremonias del Santo Sacrificio, explicándolas en acción y por palabra, de modo tan cumplido y fácil, al mismo tiempo que galano en concepto, dicción y metro.

¿Sería curiosísimo estudio el que se consagrara á exponer los conceptos y juicios de Calderón de la Barca sobre el alcance de los sentidos y la naturaleza de los conocimientos que procuran; sobre la razón, el entendimiento y el ingenio; sobre la voluntad y el albedrío del que siempre canta la fuerza y la espontaneidad, porque hay en estos conceptos una completa enseñanza de Psicología popular en forma figurada y bellísima, que indica hasta qué punto el insigne dramático se penetró del espíritu didáctico que debe acompañar siempre al drama religioso. No sería difícil encontrar las concordancias entre Calderón y los Doctores Lulianos ó Tomistas que en las cátedras explicaban estos problemas; pero interesa mucho más á la gloria del poeta y á los merecimientos del Arte español advertir que en ningún otro teatro del mundo, ni por otro poeta, se ha acertado á vaciar en las apariencias y accidentes de la acción dramática una definición y una demostración de la esencia y modo de las facultades humanas como se admira en los autos calderonianos. Cada sentido, empezando por el del oído, que es el más noble porque sirve de conducto á la fe, y no se satisface con lo propio, sino que queda vencido y satisfecho por lo que escucha, hasta el gusto, que es el más torpe y grosero, porque mata y destruye lo mismo que le complace, son los sentidos verdaderos personajes en todo el rigor dramático, con toda la unidad apetecible, y cuyos actos, más que sus palabras, muestran su esencia y carácter.

De igual manera las facultades humanas, de igual suerte las pasiones, los vicios y las virtudes, que nunca en los autos de Calderón se asemejan á los fríos y desmayados personajes alegóricos que en las primeras edades del teatro aparecen en las peripecias culminantes de la acción, influyendo indirectamente en el pensamiento y en la voluntad del protagonista. En los autos, por el contrario, son personajes vivos, parte integrante de la acción: la explican, la preparan y la impulsan sin perder nunca la unidad del concepto que nace de su nombre y carácter espiritual, despertando vivísimo interés

en el ánimo de los espectadores. Y no solo el profundo talento dramático de Calderón de la Barca le ofrecía camino para vencer las dificultades de la representación alegórica y simbólica, sino que cumplió en estos símbolos novedades que después en otros poetas han sido estimados como rasgos de completa originalidad.

Los diálogos entre el hombre y el demonio, las tentaciones á la naturaleza humana ofreciéndole la ciencia, la perfecta belleza, el poder sumo, que tanto se elogian en los poemas contemporáneos, son frecuentísimos en Calderón de la Barca, como á él se debe la nueva representación del príncipe de las tinieblas en formas y conceptos muy distintos de como aparecía en las esculturas, misterios y poemas de los siglos medios. En Calderón siempre es el ángel caído, es el espíritu del mal; pero no aterrando simplemente los ojos del pueblo con figuras grotescas y horribles, sino asombrando y atrayendo al alma humana con los recuerdos de su grandeza pasada.

Yo soy, pitonisa bella,
Aquel espíritu noble
Que perdió, por su soberbia,
Gracia, patria y hermosura,
Bien que no perdió la ciencia,
Cuya plenitud ninguno
Sabe mejor....., etc.

(Del Cordero de Isaiás.)

Si la concepción de Milton merece aplauso, según los doctos, por haber representado el espíritu del mal bajo conceptos más profundos y en formas más artísticas que las aceptadas por el arte litúrgico de los siglos medios, tribútese igual alabanza á Calderón, que llamándole lucero en *Las Espigas de Ruth*, en *Los alimentos del hombre*, en *El Pintor de su deshonra*, en *El Veneno y la Triaca*, hace que repercute en su figura y en su voz algo de la belleza arcángelica primitiva, y Luzbel, en *El Pastor Fido*, en *La primer Flor del Carmelo*, le dá representaciones grandiosas de hechos y de palabras, y como demonio en *El Viático Cordero*, en *La Divina Filotea*, en *Andrómeda y Perseo*, en *El Año Santo de Roma*, en *El Verdadero Dios Pan*, en *El Valle de la Zarzuela* y en otros muchos, lo representa acariciando á todos los deseos, excitando todas las pasiones, fomentando dudas y soberbias intelectuales y vistiendo todo ropaje de hermosura para cautivar al hombre y separar su inteligencia de la contemplación y esperanza en lo divino.

En medio del atrevimiento del gran poeta, que no retrocedía ni ante el encarnar en forma artística á Cristo, representándolo ya en *El verdadero Dios Pan*, ya en *El Divino Orfeo*, ya en *Cupido*, ya en *El Pastor Fido*, ya en *Perseo*, ya en el *Mercader que toma sobre sí las deudas del género humano*, es de meditar que cuando se trata de Dios, el poeta reprime la tendencia figurativa y plástica de su ingenio, y solo trae á la escena alguno de sus atributos, principalmente el poder, el amor y la sabiduría divina, no atreviéndose á imaginar símbolo ni forma para el ser infinito y absolutamente perfecto.

Aquí no llegó el símbolo católico ni su representación; lo finito y lo limitado no bastan á tanto, y si hay símbolo y representación para Cristo es por la naturaleza humana que en él se une á la divina. Convida esta observación á señalar el puesto que el simbolismo calderoniano ocupa en la historia del arte Indo-europeo, comparando los símbolos representados en sus Autos, no sólo con las alegorías mitológicas, sino también con los de las artes y poesías de los pueblos indios y medos. Pero el tema llega tarde á mi cansada pluma, y me llevaría muy lejos del día, del asunto y del auditorio. Quede para quien tenga ocasión y fuerza para discutirlo. Pero sí creo del caso, para concluir con esa repetida acusación de haber confundido lo sacro y lo profano, lo mitológico y lo católico, demostrar cómo Calderón de la Barca comprendía la Mitología y estimaba la Gentilidad. Por ser sucesora y heredera del Judaísmo, quedaron en la Gentilidad noticias desconcertadas; anuncios inconexos, demostraciones incompletas de la ley antigua, pero que fecundados por la razón natural, iban preparando y abriendo los caminos para el conocimiento de la Buena Nueva. La Mitología á su vez no era más que una reproducción en forma nueva de visos, vislumbres y destellos de la verdad de la ley antigua, de modo que á través de sus fábulas, ó interpretando sus alegorías y sus símbolos, la razón natural encuentra hechos satisfactorios, huellas manifiestas de la ley revelada al pueblo judío, base y raíz de la revelación cristiana. En las mentiras mitológicas se encubren las verdades judías y se anuncian verdades evangélicas. La declaración es terminante:

JUD. ¿Cómo puede ser que funden,
Bárbaras gentilidades,
En mi verdad sus mentiras?
FE. (A la Gentilidad.) Oyendo
Los prodigios singulares
De sus misterios, finjiste
Fábulas vanidades.
A quien los atribuíste;
Con que, como he dicho, nacen
Las sombras de tus mentiras,
De la luz de sus verdades.

JUD. ¿Qué libro es ese?
FE. El Sagrado
GENT. ¿Y ese?
FE. El admirable
Teatro de mis dioses.
FE. Lee
Lo que su Génesis trate.

JUD. (Leyendo.)
«En el principio crió
Dios, cielo y tierra.»

FE. Adelante.
JUD. (Leyendo.)
«La tierra estaba vacía
Entre las oscuridades
De las tinieblas, y sobre
La faz del abismo, el grande
Espíritu de Dios era
Llevado de los combates
De las aguas, y...»

FE. A mi intento
Ese período baste.
¿Cómo los Metamorfóseos
De tus errados anales
Empiezan?

GENT. (Leyendo.) «En el principio
La nada y el todo iguales,
Un globo y masa confusa
Todo y nada eran, sin darse
Prima materia, ni sér,
Hasta que al embrión llegase
A dar el acaso forma
(De un caos en la oscura cárcel)
De aire, fuego, tierra y agua,
Agua, tierra, fuego y aire.»

FE. Bien veis cuánto en sus principios
Hebrea y latina frase
Convienen, simbolizadas
Fábulas y realidades:
En tí la verdad lo diga
Cuando de ese caos sacase
El mundo un fiat, que al punto
La luz de las sombras saque,
Y las aguas de las aguas
Divida, y en seis afanes
De seis días, perfeccione
(Porque al séptimo descansen)
Firmamento que continuo
Se mueva; mar que inconstante
Se enfrente; tierra que yerba
Perezca; sol que radiante
Al día presida; luna
Que ya llena y menguante
Alegre á la noche; estrellas
Que brillen; fuentes que bañen;
Frutas que fértiles crezcan;
Flores que hermosas se esmalten;
Aves que ligeras vuelen;
Peces que veloces naden;
Fieras que vagas discurren:
Y tras fieras, peces y aves,
Astrós, luna, sol, día, noche,
Frutos, plantas y cristales,
Hombre que todo lo goce,
Mujer que todo lo dañe.
Y en tí lo diga el error
De que el acaso lo cause,
Pues hallándolo criado,
En tus dioses lo repartes,
Dando á Júpiter los cielos,
Dando á Neptuno los mares,
Dando á Plutón los abismos,
A Ceres la tierra, el aire,
A Vénus y á Apolo el fuego;
Sin ver cuánto en tí es culpable
El ser los dioses después,
Y las maravillas antes,
Y que haya quien obedezca,
Sin que haya quien se lo mande.
Y porque no en esto solo
El argumento se estable,
Para más prueba, ambos libros
Abrid por cualquiera parte.

(Van abriendo los libros con los versos que van diciendo.)

JUD. En Isaiás, aquí
Encuentro los militares
Estruendos de la primera
Lid entre el dragon y el ángel,
Cuando aspirando soberbio
Al sélio, en vez de sentarse
En el monte de la luz,
En el de las sombras yace.

GENT. Yo encuentro aquí con Faetonte,
Que por querer, arrogante,
Levantarse con el día,
Al mar despeñado cae.

FE. ¿Qué más han de parecerse
Entrambas temeridades?
JUD. Pues porque no se parezcan
Ficciones y autoridades,
Vuelvo donde una vedada
Fruta envenenada hace
Que arda en heredadas lides
Todo el humano linaje.

GENT. Pues para que no blasiones
Que hay en tí lo que en mí falte,
La diosa de la Discordia,
En una manzana trae
Aquí á un banquete aquel fuego,
En que hasta las piedras arden.

JUD. Aquí agonizando el mundo
En desatados raudales
Fallece, y solo á Noé
Permite Dios, que en errante
Fábrica, las no anegadas
Reliquias del mundo salve.
GENT. Pues aquí, de otro diluvio
El gran Júpiter tonante
Libra á Deucalion y á Pirra,
Porque en ellos se propague
Otra vez el mundo.

JUD. Aquí
La tierra aborta gigantes,
Que, alistados de Nembrot,
Torres contra el cielo labren.

GENT. Aquí el bárbaro Tipheo
Del Flegra en los tres volcanes,
Montes sobre montes pone,
Haciendo que al cielo escalen
Las desaforadas iras

JUD. De sus disformes titanes.
Del rocío que la aurora
Llora, y ríe en un instante,
De vellón Gedeon aquí
Está exprimiendo cristales.

GENT. De otro blanco vellocino,
A quien dió el oro su esmalte,
A pesar de horribles fieras,
Jason está aquí triunfante.

JUD. Aquí Dios á Acáz ofrece
(No pidiéndole él señales)
Que mejor rocío oira aurora
En intacto nácar cusaje,
Cuando, lloviendo las nubes
Al Justo, una Virgen Madre
Conciba al que de la fiera
Culpa la cerviz quebrante.

GENT. También encerrada aquí
De otra lluvia de oro, Danae
Concibe al Perseo, que veza
La Medusa inexorable,
En cuya crinada frente
Fué cada cabello un áspid.

JUD. Aquí David en un salmo
Dice: «Que estos principales
Se juntaron con las bellas
Timpanistas, que agradables
Himnos cantaban á Dios.»

GENT. Pues aquí hay otros cantares,
Que en el Parnaso las Musas,
Ninfas de ciencias y artes
A Apolo ofrecen.

JUD. Aquí...
GENT. Aquí...
FE. No vais adelante,
Que para autoridad bastan
Los ya citados lugares:

(El Sacro Parnaso.)

Críticos menos circunspectos ó ganosos de interpretaciones no pasarían por alto ocasión tan propicia de poner en paraaгон estos juicios de nuestro poeta con la mística de Goëres, la simbólica de los doctores Kreuzer y Guignaut, ó con la manera de estudiar el símbolo religioso en los pueblos de origen Ario, que siguen hoy los filólogos y los dados al estudio comparado de las religiones; pero no gusto de separar al hombre de su tiempo, y Calderón era muy de su siglo y bebía con muy afanosos lábios el espíritu de la Iglesia para suponer en él novedades y cosas peregrinas.

Como el pueblo creía, como el pueblo amaba y sentía, y nunca pasó por su entendimiento cosa que pudiera extimarse como licencia teológica, ni como afán ó pretension de pensamiento propio.

Gran ventura es esta para los poetas dramáticos, porque solo así alcanzan aplauso y fama. Renegar desu patria ó de su tiempo (que también hay patria en el tiempo) es cosa apenas permitida al vulgo ó al que presume de excéntrico; pero el artista paga con la inspiración tan negra apostasía.

No creo que influyeran en esta manera de explicar la gentilidad y las fábulas mitológicas doctrinas filosóficas ni atrevimientos de teólogos. El renacimiento de los estudios grecorromanos, que tantas admiraciones despertaron en el siglo xvi, y que tan principal puesto ocupan en el modo de ser de las artes en el siglo xvii, explican el caso. Eran por demás bellas las fábulas mitológicas, y muy excelentes poetas los latinos para que pudiera caer en su odio y aborrecimiento Calderón de la Barca.

Mejor que el odio y el olvido, estimaron esta piadosa interpretación de las deidades geníficas y de los símbolos mitológicos, dejando el cuidado de escandalizarse del amor á la Mitología, á algún siglo escandaloso, más que tibio en la fe, y el de escribirlo á oscuro abate, que quisiera dar golpe llamando *gusano roedor* al estudio de las letras griegas y latinas. La fe robusta, la firmeza inquebrantable en las creencias católicas, daban una libertad y una seguridad á Calderón de la Barca, que solo pueden censurar como audacia los que abrigan tan pálida creencia, que juzgan peligroso el exponerla al contacto de todas las ideas y de todos los hechos, y el sacar á plaza contra todas las herejías y todas las blasfemias. No había para Calderón de la Barca sacro y profano: todo era sagrado á sus ojos; por que todo ten a una significación próxima ó remota, porque todo en el simbolismo universal de las creaciones servía para indicar rasgos, huellas, datos, ó era ocasión para que aprovechándola el entendimiento humano llegue á la fe y á la creencia.

Si á estas grandezas del pensamiento se unen las perfecciones del estilo y del lenguaje, aquel siempre calderoniano; pero más fácil, propio y sereno éste que en su teatro profano; y por último, la abundancia y riqueza métrica que exige la variedad de efectos, pasiones y símbolos que venían á la escena, se podrá formar pálida idea de los autos sacramentales. Desde el soneto á la letrilla de pié quebrado, pasando por todas las formas conocidas de la lírica castellana, á todo acude el ingenio de Calderón para aumentar los encantos del oído, facilitando la influencia de la música, que parte tan principal tomaba en estas representaciones.

Parafrasis de psalmos, letras ajustadas á la tonalidad del canto llano, estrofas cadenciosas, ritmos ligerísimos, imitaciones de versificación yámbica y trocáica, glosas de romances y refranes populares, estribillos, seguidillas, cantares, jécaras, cuanto habían engendrado por sus admirables bodas la música popular y la poesía del pueblo, todo se encuentra leyendo las colecciones de autos.

Que predicó la intolerancia; que santificó los

autos de fe, elogiando el sombrío Tribunal de la Inquisición; que se mostró cruel despiadado con el hereje impenitente; sin perder ocasión que brindara á maldecir á Lutero y Calvino, es muy cierto; y si tal no hubiera sentido, no hubiera escrito autos sacramentales, ni hubiera sido el poeta popular de la España de la segunda mitad del siglo xvii, ni le llamaríamos la voz de la exaltación y de la católica de nuestros antepasados, ni el poeta católico por excelencia.

El drama católico no podía tener más vida que la que le prestaron el ingenio de Calderón y el vasto escenario de la plaza pública; porque el vínculo entre el poeta, el asunto y el pueblo era tan estrecho é íntimo, que el asunto se representaba á la vez en la plaza y en el espíritu de cada uno de los espectadores. El alma lo veía, como lo veían los ojos. Falto de este escenario, que era la fe universal del pueblo, el drama católico no podía vivir. No murió por la pragmática prohibitiva de los autos sacramentales, sino que había muerto al bajar á la tumba el gran sacerdote poeta, y al aparecer en España la enteca generación de hechos y de hombres que llenan el siglo xviii.

No se concilian estos dos conceptos, drama teológico y fábula teatral. Un auto sacramental entre bastidores y bambalinas sería un anacronismo, como si calzaran coturno y ajustaran máscara á su rostro los actores que representan *La Bolsa, La Dama de las Camelias y El Amor y el Dinero*. Esquilo y Calderón necesitaron el vasto escenario griego, ó la amplitud de la plaza pública, para que las pasiones y creencias de la muchedumbre formaran el grandioso coro que completa sus creaciones. Hoy faltarian autores y espectadores, porque faltan creyentes. Los pueblos y las edades sin fe no pueden pedir creaciones á la fe, que es llama y luz y vida, y deben contentarse con las lívidas y eulatas que atraviesan las sombras y penumbras de su espíritu de un modo vaporoso é informe.

Imitando la forma del auto sacramental, Byron y Goethe, después Musset, Hugo, Mikiewicz, Quinet, Soumet y Lamartine, han ensayado el drama y el poema simbólico y filosófico y las creaciones calderonianas; pero la crítica distingue entre el empleo espontáneo é irreflexivo del símbolo por Calderón, y el reflexivo, laborioso y erudito de los poetas contemporáneos. No ha sonado aun la hora de nuevos simbolismos artísticos. La época, á lo sumo, es de predicaciones y tentativas. En el poeta católico, el símbolo y la alegoría eran la palabra y la voz de un pueblo; en los modos nos, el símbolo fantástico y sobrenatural se emplea reflexivamente, y no son otra cosa que el lamento del alma desesperada de Byron, ó la representación que se daba á sí mismo la portentosa imaginación de Goethe al producir en el lenguaje del arte las páginas místico-panteístas de Schelling, ó las palinurias teológicas de Saint-Simon, Fourier, Buchez ó Wrousky en los poetas franceses.

Comparando este acto individual y estas creaciones de la melancolía, de la desesperación y de la negra duda de los tiempos que corren con la magnífica expresión de una creencia universal y apasionadamente sentida, tal como la representada en los autos de Calderón, no cabe desechar la duda de si se van del mundo el arte épico y el arte dramático, y queda únicamente la poesía lírica para expresar la angustia y el afán del alma afligida por dolorosísima ansiedad. Un hombre contará á otro sus penas; dará forma á sus quejidos en poemas líricos; repetirá en estrofas de perfecta estructura y melodía los sollozos de sus insomnios; pero el coro inmenso de una generación que al unísono glorifica una idea ó santifica un hecho, ¿no tendrá voz ni modo de expresión de hoy en adelante en el dominio del arte?

¿Por qué la duda? Lo dije y lo repito al concluir. El arte dramático es una bella extensión de la creencia religiosa; más aun: es parte integrante del culto tributado á una creencia religiosa. Creyendo en Dios, en sus atributos, perfecciones, bondad y belleza, se descubre la esencia del hombre, y es posible entonces imaginar acasos, circunstancias, hechos, pasiones y entusiasmos que saquen á luz todo lo que de nobilísimo, extraordinario y verdaderamente divino se esconde en su esencia. Entonces cabe el dibujar figuras heroicas y representar enternecimientos y piedades que desahagan en lágrimas el alma del espectador; y solo entonces es posible dar sentido y explicación á la vida, razonar la lucha entre el albedrío y el gusto, explicando el fin y el destino de la existencia humana, y la belleza ó fealdad de cada uno de sus pasos y situaciones. Solo de la posesión de lo divino resultan fuerzas, leyes, mandatos, propósitos, deberes y derechos; es decir, el conjunto de recursos y medios dramáticos de que dispone la poesía escénica.

Pero suprimiendo la creencia en lo divino, y substituyéndola con afirmaciones tomadas de algún texto de anatomía comparada ó de clasificación de especies vivas, el arte dramático ni tiene fin ni objeto, ni formas, ni medios. Las glorias de nuestras ascendencias zoológicas las cantará el anatómico, y se representarán en algún Museo de Historia natural; la historia actual de la fiera ya domesticada la tejerán las crónicas de los Tribunales. ¿Qué ha de hacer con tal sujeto el arte que propende siempre á dar figura y bulto á la existencia eterna de lo bello, que todo lo penetra, y que el amor de Dios colocó como promesa y virtud secreta en la sustancia del alma para que con libertad la dijese y declarase?

Es muy propio de tiempos tímidos buscar consuelos en optimismos fingidos. Se perdió el drama católico; más aun: el drama religioso. ¿Qué importa?—se dice.—Queda el drama pro-

fano, y con él la fuente de emociones plácidas y regocijadas. No: la pérdida definitiva y última del drama religioso causaría la del drama profano. ¡Harto lo dicen las representaciones de hoy! Lo que quedaria es la comedia aristofánica para que pudierais motejaros y escarneceros mútua y recíprocamente.

Tocamos en lo porvenir, y los humanos no sabemos de lo futuro; pero la historia nos enseña que el drama simbólico teológico de las edades antiguas murió, y apareciendo nuevo simbolismo floreció en Dante y Calderón de la Barca.

Agotado el simbolismo católico al comenzar el siglo xviii, gozará otro nuevo las edades futuras, no ménos hermoso que el gozado por nuestros padres? ¡Reaparecerá, por lo tanto, la poesía épica, el drama religioso, la tragedia; en una palabra, el arte máximo, vistiendo nuevos y más conmovedores simbolismos? Creo que sí.

La crisis espiritual que atraviesa la Europa es pasajera; durará lo que exija la ejemplaridad del castigo providencial que anuncian los tiempos; pero la vida religiosa es esencial á la naturaleza humana, y el florecimiento del arte acompañará á su renovación. Ni la muerte acaba con lo divino que hay en el hombre, como han de aniquilarlo hipocresías, temeridades y blasfemias?

La espontaneidad no es tampoco un hallazgo que se goza y se pierde; es una propiedad eterna del espíritu, y el simbolismo arranca siempre de esta espontaneidad. El arte, sujeto á síncope y desmayos, como el espíritu de los hombres, reaparecerá con el espíritu y la vida religiosa, purificando y ennobleciendo el alma, cumpliendo con solicitud maternal el cuidado de esclarecer á los ojos de la inteligencia misterios y enigmas, despertando en el último seno de la intención la mayor y más limpia pureza, en actos y propósitos, para atraer á las gentes á la práctica del bien y á la adoración de lo divino.—HE DICHO.

MINAS DE ALMADEN.

Condensación del vapor mercurial

MI sistema de condensación se reduce, primeramente, á dos tubos cilíndricos de seis metros de longitud cada uno, construídos de ladrillo refractario y establecidos á cada lado del horno de reducción, correspondiendo á los orificios abiertos en éste para la salida de los gases. Tienen por objeto separar convenientemente el horno de reducción de los aparatos de condensación, á fin de que la fuerte temperatura de aquel no pueda perjudicar la condensación. A continuación de cada uno de dichos tubos establezco una cámara de nueve metros cuadrados de base por cinco ó seis metros de altura, cuya capacidad divido en tres compartimientos, que recorridos de abajo á arriba y viceversa por el vapor mercurial, hacen su condensación inmediata y rápida; y para hacerla completa, establezco á continuación de cada cámara una tubería de fundición de hierro, de las dimensiones y condiciones expresadas anteriormente de 30 á 60 metros de longitud cada una, y dos depósitos ó canales, que lleno de agua fría y renuevo constantemente, según he referido, en los que sumerjo dichas tuberías. A los extremos de cada una de estas establezco para el tiro dos chimeneas con la altura y sección convenientes y sus correspondientes registros para regularizar aquel en caso necesario.

Con objeto de evitar las pérdidas de azogue que pudieran producirse por filtraciones, tanto en el horno de reducción como en las cámaras, establezco en los cimientos de estos aparatos unas bóvedas, á las que hago llegar el azogue filtrado por encima de planchas de palastro inclinadas, con las que atravieso la mampostería. Preparadas convenientemente, tanto las plazas de las cámaras de condensación como la que á la extremidad de cada tubería forma el pie de las chimeneas de tiro, hago llegar por tuberías de hierro todo el azogue obtenido á un almacén general, donde le recojo en fuertes calderas de hierro, de una capacidad conocida, empotradas entre fuertes muros de mampostería ó en el suelo, estableciendo debajo una pequeña canal.

Con objeto de facilitar la condensación en las cámaras, tienen estas en su parte superior una plancha de hierro, cubierta constantemente de agua fría, y las construyo con muros del menor espesor posible. Para evitar los efectos producidos por los cambios bruscos de temperatura, engatillo fuertemente dichos muros.

Hulla.

Segun lo expuesto, uno de los elementos más esenciales para la práctica, en Almaden, de mi sistema, es la hulla: si esta no pudiera adquirirse en cantidad suficiente y á un precio conveniente, dicho sistema no sería practicable económicamente. Cuando Almaden no estaba unido á la cuenca hullera cordobesa por un ferrocarril, era imposible introducir en dicho establecimiento ninguna reforma económica, ni en la explotación, ni en el beneficio; pero hoy no sucede lo mismo; el tan deseado ferrocarril está ya en explotación hace tiempo, y Almaden puede proveerse económicamente de la cantidad de hulla que pueda necesitar.

Para dar á conocer la importancia de dicha cuenca hullera, citaré lo que en una Memoria sobre las minas de la provincia de Córdoba y publicada en la *Revista minera* dice el ilustrado ingeniero de minas Sr. Denis Lagarde. «Puede admitirse, por consiguiente, que las cuencas de Espiel y Belmez encierran 128.800.000 metros, por lo ménos, de carbon: es decir 155.000.000

toneladas; esto sin incluir las de las cuencas de Villahorta y Fuenteovejuna, y es muy posible que dentro de algunos años, cuando los trabajos hayan adquirido mayor desarrollo, la riqueza de la cuenca carbonífera de Córdoba se eleve á más de 300.000.000 de toneladas de hulla.»

«La cuenca de Espiel y Belmez presenta hullas de todas clases, desde la más grasa, desde la más betuminosa, hasta las hullas más antracitosas.»

Segun los ensayos hechos de las diferentes clases de hulla por el Sr. Bonet, resulta que la composición es, término medio, la siguiente:

Materias volátiles...	27,50 por 100.
Coke.....	67,24 id.
Agua.....	2,92 id.
Cenizas.....	2,34 id.
100,00	

Productos.—Para los siguientes cálculos, tomaremos como costo de la tonelada de hulla de todas clases y dimensiones en la boca-mina 30 reales, coste que no será mayor; seguramente, desde el momento que la explotación anual llegue á 100 ó 150.000 toneladas.

El precio de venta de boca-mina podrá ser con beneficio el siguiente:

Menudo de 30 á 40 rs. tonelada segun calidad.	35 á 50 id.
Mediano.....	45 á 60 id.

Se deduce de lo expuesto, que puede hoy conducirse económicamente á Almaden cuanta hulla se quiera, y por lo tanto, que mi sistema de beneficio, dependiente directamente de tan precioso combustible, no carecerá de él en la cantidad y baratura convenientes.

IV.
Relación histórica de las diferentes opiniones facultativas sobre la bondad científica y económica de los sistemas de Bustamante é Idría y mejoras que deben introducirse en ellos.

Revista minera. Tomo VI.
En una de las Memorias que llevo publicadas sobre aquel establecimiento puse de manifiesto el método que se seguía para este beneficio, planteando al mismo tiempo la cuestión de saber si no sería más conveniente adoptar otro, aunque usando de cierta reserva. Creo, sin embargo, haber dicho lo suficiente para que el Gobierno, á quien he presentado la citada Memoria, se creyese en el deber, como yo esperaba, de fijar su atención en un asunto de tanta importancia. Esa esperanza mía se ha visto defraudada, y ahora seré, por lo mismo, más explícito. Se llama uno y otro día por mejoras materiales, y en muchas cosas miramos con solemne indiferencia aun aquellas de más asequible realización.

El primer establecimiento minero de Europa es, sin duda, el de Almaden, si se toman en cuenta sus cuantiosos productos y la larga serie de años, que á travésando con una riqueza que más bien crece que disminuye. A esa importancia corresponde, seguramente, el grandioso sistema adoptado para su laboreo, á cuyo sostenimiento y mejora me ocupé en suerte contribuir algun tanto.

Pero por lo que toca al de beneficio de los minerales, acaso no haya tampoco en Europa (verguenza dá el decirlo) otro más defectuoso é impropio en medio de los progresos que en lo que vá de siglo ha hecho la metalurgia en general y en particular la del azogue. ¿No lo sabe el Gobierno? ¿No sabe el Gobierno que el aire se lleva allí en azogue por valor de algunos millones de reales cada año, sobre todo, con aquellos defectuosos aparatos de destilación, llamados *Hornos de Bustamante*? ¿Tan ricos estamos que nada nos importe el evitar tales pérdidas?

Entre los varios ensayos que se hicieron para poder fijarlas con alguna aproximación, solo hablaré del que tuvo lugar en el año de 1840, bajo la dirección del ingeniero D. Policarpo Cia, entonces aspirante del cuerpo, y segun el cual, iguales cantidades de mineral y del mismo grado de riqueza, en cuanto fué dable fijarlo, tratadas al mismo tiempo en el par de hornos de cámaras y en otro de cañerías, dió por resultado un 3 por 100 de producto ménos en estos que en aquellos. Y si se considera que en los de cámaras hay tambien bastante pérdida, acaso más del 4 por 100, como luego manifestaré, sería preciso admitir que, segun el referido ensayo, la pérdida efectiva en la destilación por medio de los hornos antiguos es, cuando ménos, de un cuatro por ciento; esto es, que cuando en Almaden se obtienen 20.000 quintales de azogue de unos 250.000 de mineral en estos hornos, si no hubiera habido pérdida alguna, debieran de haberse obtenido 30.000 quintales de azogue.

La pérdida sería, por lo tanto, de 10.000 quintales, que valen diez millones de reales, dando á cada uno aunque no sea más que el valor de 1.000 rs. ¡Diez mil quintales! La mano se resiste á estampar tal guarismo. Pero no hay que hacerse ilusiones; por mucho que se quiera rebajar esta pérdida, aun cuando se la redujese á la mitad, que me parece mucho, ¿no sería esto un escándalo? Y bien pensado, ¿qué se quiere suceda en un aparato donde parte del mineral de la carga que se halla en estado de azogue libre cae y se pierde en el cenicero, otra parte sale en estado de vapor por la boca del atizador, otra, y la más considerable, será por las faltas de las veinte largas cañerías formadas, no de una sola pieza, sino de 700 á 800 piezas groseras de barro, agujereadas de propósito y mal enlazadas entre sí, y finalmente por las cuatro chimeneas establecidas á la parte opuesta de cada par de hornos? ¿Cómo ha podido sostenerse, cómo se sostiene todavía semejante sistema?... Pero no por eso he olvidado yo mis proyectos sobre esta parte. Así es que en el año de 1851, debiendo

pasar por Almaden en una excursión geológica que salí á hacer en la Sierra-Morena, llevé de Madrid una hoja de oro, que entregué al ingeniero D. Lucas Aldana, encargándole tuviese á bien hacer con ella algunas observaciones sobre las pérdidas de azogue que pudiesen resultar por las chimeneas de las cámaras de los hornos de cañerías... Por estos ensayos quedé puesto fuera de toda duda que este metal, despues de las pérdidas que sufre en toda la extensión del aparato, todavia llega á las chimeneas opuestas á los hornos envuelto en la corriente de aire que se pierde en la atmósfera.

Luego, en el año de 1852, dejé otras dos hojas de oro fino al ingeniero D. Jacobo Rubio para que las colocase en las chimeneas extremas de los hornos de cámaras ó Pament de Idría... Grande fué mi sorpresa, cuando luego me han sido devueltas estas hojas sumamente cargadas de azogue. Entre los prácticos se cree que esto no pasa en los referidos hornos de la tercera ó cuarta cámara; y en efecto, si la operación ha sido bien conducida, el vapor de azogue libre no pasa más adelante; pero no sucede lo mismo con aquella parte de que llegue á saturarse el aire atmosférico, que puede ser arrastrada á larga distancia, á lo ménos, segun experimentos que hice en Asturias, á 50 metros del vaso del horno, saliendo el aire por la chimenea á 12 grados del termómetro centígrado, la hoja de oro daba bastantes indicios de azogue....

Quiere esto decir, que tanto en un sistema de destilación como en otro, mientras esta tiene lugar, sale de continuo una corriente de aire saturada de vapor de azogue por las chimeneas extremas, sin contar con el que se extravasa en toda la extensión del aparato. Vemos en los hornos antiguos de cañerías que se hallan cargadas de azogue no se levantan, ni en los otros las paredes de las cámaras se limpian al fin de cada operación, como se hace en Idría; resulta, que el aire no cesa de tomar y arrastrar azogue en los seis ó siete meses que dura cada año el beneficio.

Por lo que toca á los hornos antiguos ó de cañerías, no habrá, seguramente, en toda Europa un solo ingeniero que se declare hoy día en su favor. En Idría se habían adoptado, tomándolos de España; pero desde fines del siglo pasado fueron substituidos por los de cámaras. La misma suerte debieran haber corrido en Almaden hace años; pero no sé qué hado siniestro ofusca nuestra razón y nos quita las fuerzas para muchas cosas en que se atraviesan los más grandes intereses.

No falta quien diga que en Almaden hay azogue para todo, y que es ridículo pararse en tales escrúpulos y curiosidades; pero esto es un despropósito, y en prueba de ello, diré, que hace años se ventiló la cuestión de si conviene ó no abandonar las minas de Almadenejos por poco productivas, ó si se quiere por que sus rendimientos apenas alcanzan á cubrir los gastos.... Paulatinamente se deben ir destruyendo luego los hornos antiguos, comenzando por los más defectuosos, en cuyas paredes y cimientos, por datos que tengo, se hallará azogue suficiente para pagar acaso el costo de los nuevos aparatos, que deben marchar con leña gruesa y mejor con carbon de piedra....

El ilustre y malogrado ingeniero de minas, CASIANO DE PRADO.
Revista minera. Tomo 10.
JOSE NAVARRO Y RECADAS.

POESÍAS ALEMANAS. (1)

La hija de la posadera.
(DE LUDWIG UHLAND.)

Por la orilla del Rhin van tres mancebos que alegres tornan á su pátrio hogar, y en antiguo meson breve descanso á sus fatigas dan.

«Venga, patrona, el trasparente vino; la espumas cerveza, aquí sacad. ¿Dónde la niña de cabellos rubios, dónde la niña está?»

«Rica cerveza en mi bodega hierve, vino sobrado en mis toneles hay. ¡Mi hija! En mal hora la buscai, que yerta en el fétetro está!»

Y cuando entraron en la estancia humilde donde tuvo su lecho virginal, en el negro ataud, entre dos cirios, la vieron reposar.

Uao, alzando la gasa que le cubre, triste mira aquel rostro angelical: «¡Si vivieras aún, hermosa niña, Te amara desde hoy más!»

Echó el segundo el velo sobre el rostro, y vuelto el suyo, comenzó á llorar: «¡Yo que tanto te amé, graciosa niña, he de ver cómo estás!»

El tercero, otra vez la gasa alzando, sobre su boca pálida y glacial casto beso imprimió: «¡Te amé, te amo y siempre te he de amar!»

E. S.

(1) Esta es la primera de una serie de traducciones de los más ilustres poetas alemanes que nos proponemos publicar.

Madrid, 1871.—Imprenta de LA AMÉRICA, á cargo de José C. Conde, Floridablanca, 5.

SECCION DE ANUNCIOS.

Vin de Bugeaud

TONI-NUTRITIF

au Quinquina et au Cacao combinés

43, rue Réaumur
27 et 29, rue Palestro

Chez J. LEBEAULT, pharmacien, à Paris

43, rue Réaumur
27 et 29, rue Palestro

Los facultativos lo recomiendan con éxito en las enfermedades que dependen de la pobreza de la sangre, en las neurosis de todas clases, las flores blancas, la diarrea crónica, pérdidas seminales involuntarias, las hemorragias pasivas, las escrófulas, las afecciones escorbúticas, el período adinámico de las calenturas tifoidales, etc. Finalmente conviene de un modo muy particularmente especial á los convalecientes, á los niños débiles, á las mujeres delicadas, et á las personas de edad debilitadas por los años y los padecimientos. La *Union medical*, la *Gaceta de los Hospitales*, la *Abeja medica*, las Sociedades de medicina, han conatado la superioridad del presente remedio sobre los demas tónicos.

Depositos en La Habana: SARRA y C^a; — En Buénos-Ayres: A. DEMARCHI y HERMANOS, y en las principales farmacias de las Americas.

Los MALES DE ESTOMAGO, GASTRITIS, GASTRALGIA y las IRRITACIONES de los INTESTINOS

Son curados por el uso del **RACAHOUT DE LOS ARABES** de DELANGRENIER, rue Richelieu, 26, en Paris. — Este agradable alimento, que está aprobado por la Academia imperial de Medicina de Francia y por todos los Médicos mas ilustres de Paris, forma un almuerzo tan digestivo como reparador. — Fortifica el estómago y los intestinos, y por sus propiedades analépticas, preserva de las fiebres amarilla y tífóidea y de las enfermedades epidémicas. — *Desconfíese de las Falsificaciones.* — Depósito en las principales Farmacias de las Americas.

INOFENSIVOS de esquisito perfume fortifican y decoloran instantaneamente el cabello y a da su color primitivo, por una simple aplicacion, grasas ni lavar, sin manchar la cara, y sin causar medades de ojos ni Jaquenas.

TEINTURES DU DOCTEUR CALLMANN
QUIMICO, FARMACÉUTICO DE 1^a CLASSE, LAUREADO DE LOS HOSPITALES DE PARIS
12, rue de l'Echiquier, Paris.

Desde el descubrimiento de estos Tintes perfectos, se abandonan esos tintes debiles LLANADOS AGUAS, que exigen operaciones repetidas y que mojan demasiado la cabeza. — Oscuro, castaño, castaño claro, 8 frs. — Negro rubio, 40 frs. — Dr. CALLMANN, 12, rue de l'Echiquier, PARIS. — LA HABANA, SARRA y C^a.

IRRIGADOR

Invencion del Doctor ÉGUISIER.



Los irrigadores que llevan la estampa de DRAPIER & FILS, son los únicos que nada dejan que desear. Estos instrumentos reconocidos como superiores y de perfeccion acabada, ninguna relacion tienen con los numerosas imitaciones esparcidas en el comercio.

Precio: 14 á 32 fr. segun el tamaño

DRAPIER & FILS, 41, rue de Rivoli, y 7, boulevard Sébastopol, en Paris.

BRAGUERO CON MODERADO

Nueva Invencion, con privilegio s. g. d. g.

PARA EL TRATAMIENTO Y LA CURACION DE LAS HERNIAS.

Estos nuevos Aparatos, de superioridad incontestable, reunen todas las perfecciones del ARTE HERNIARIO; ofrecen una fuerza que uno mismo modera á su gusto. Todas las pelotillas son en el interior de cauchú maleable; no tienen accion ninguna irritante y no perforan el anillo.

Se encuentran en nuestros almacenes toda especie de Bragueros y Suspensorios.

Se encuentran en nuestros almacenes toda especie de Bragueros y Suspensorios.

Medalla á la Sociedad de las Ciencias industriales de Paris.

NO MAS CANAS

MELANOGENA
TINTURA SOBRE ALIENIE DE DICQUEMARE siné

DE RUAN
Para teñir en un minuto, en todos los matices, los cabellos y la barba, sin peligro para la piel y sin ningun olor.
Esta tintura es superior á todas las usadas hasta el día de hoy.

Fábrica en Ruán, rue Saint-Nicolas, 59.
Depósito en casa de los principales peladores y perfumadores del mundo.
Casa en Paris, rue St-Honoré, 167.

VERDADERO LE ROY

EN LIQUIDO ó PILDORAS

Del Doctor SIGNORET, único Sucesor, 51, rue de Seine, PARIS

Los médicos mas célebres reconocen hoy dia la superioridad de los evacuativos sobre todos los demas medtos que se han empleado para la

CURACION DE LAS ENFERMEDADES

ocasionadas por la alteracion de los humores. Los evacuativos de LE ROY son los mas infalibles y mas eficaces: curan con toda seguridad sin producir jamas malas consecuencias. Se toman con la mayor facilidad, dosados generalmente para los adultos á una ó dos cucharadas ó á 2 ó 4 Pildoras durante cuatro ó cinco dias seguidos. Nuestros frascos van acompañados siempre de una instruccion indicando el tratamiento que debe seguirse. Recomendamos leerla con toda atencion y que se exija el verdadero Le Roy. En los taponos de los frascos hay el sello imperial de Francia y la firma.

Signoret
DOCTEUR-MÉDECIN
ET PHARMACIEN

ROB BOYVEAU LAFFECTEUR

AUTORIZADO EN FRANCIA, EN AUSTRIA, EN BELGICA Y EN RUSSIA.

Los médicos de los hospitales recomiendan el ROB-VEGETAL BOYVEAU LAFFECTEUR, aprobado por la Real Sociedad de Medicina, y garantizado con la firma del doctor Girardeau de Saint-Gervais, médico de la Facultad de Paris. Este remedio, de muy buen gusto y muy fácil de tomar con el mayor sigilo, se emplea en la marina real hace mas de sesenta años, y cura en poco tiempo, con pocos gastos y sin temor de recaídas, todas las enfermedades sífilíticas.

Depósito general en la casa del Doctor Girardeau de Saint-Gervais, 12, calle Richer, PARIS.
— Depósito en todas las boticas. — *Desconfíese de las falsificaciones, y exija la firma que viste la tapa, y lleva la firma Girardeau de Saint-Gervais.*

PEPSINE BOUDAULT



EXPOSICION UNIVERSAL DE 1867

la medalla unica para la pepsina pura ha sido otorgada

A NUESTRA PEPSINA BOUDAULT

la sola aconsejada por el D^r CORVISART

médico del Emperador Napoleon III

y la sola empleada en los HOSPITALES DE PARIS, con éxito infalible en Elixir, Vino, Jarabe BOUDAULT y polvos (Frascos de una onza), en las

Gastritis Gastralgias Agruras Náuseas Eructos
Opresion Pituitas Gases Jaquena Diarreas

y los vomitos de las mujeres embarazadas

PARIS, EN CASA DE HOTTOT, Succ^a, 24 RUE DES LOMBARDS.

DESCONFÍESE DE LAS FALSIFICACIONES DE LA VERDADERA PEPSINA BOUDAULT

JARABE DE LABELONYE

Farmacéutico de 1^a clase de la Facultad de Paris.

Este Jarabe este empleado, hace mas de 30 años, por los mas célebres médicos de todos los países, para curar las enfermedades del corazon y las diversas hidropesias. Tambien se emplea con feliz éxito para la curacion de las palpitaciones y opresiones nerviosas, del asma, de los catarros crónicos, bronquitis, tos convulsiva, espustos de sangre, extincion de voz, etc.

Deposito general en casa de LABELONYE y C^a, calle d'Aboukir, 99, plaza del Cairo.

Depósitos: en Habana, Leriverend; Reyes; Fernandez y C^a; Sara y C^a; — en Méjico, E. van Wingaert y C^a; Santa Maria Da; — en Panamá, Kratochwill; — en Caracas, Starup y C^a; Brann y C^a; — en Cartagena, J. Veloz; — en Montevideo, Ventura Garaicochea; Lascazes; — en Buenos-Ayres, Demarchi hermanos; — en Santiago y Valparaiso, Mongiardini; — en Callao, Botica central; — en Lima, Dupeyron y C^a; — en Guayaquil, Gault; Calvo y C^a; y en las principales farmacias de la America y de las Filipinas.

GRAGEAS DE GÉLIS Y CONTE

Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

Resulta de dos informes dirigidos a dicha Academia el año 1840, y hace poco tiempo, que las Grageas de Gélis y Conté, son el mas grato y mejor ferruginoso para la curacion de la clorosis (colores pálidos); las pérdidas blancas; las debilidades de temperamento, en ambos sexos; para facilitar la menstruacion, sobre todo a las jóvenes, etc.

NICASIO EZQUERRA.

ESTABLECIDO CON LIBRERÍA MERCERÍA Y ÚTILES DE ESCRITORIO

en Valparaiso, Santiago y Copiapó, los tres puntos mas importantes de la república de Chile.

admite toda clase de consignaciones, bien sea en los ramos arriba indicados ó en cualquiera otro que se le confie bajo condiciones equitativas para el remilente.

Nota. La correspondencia debe dirigirse á Nicasio Ezquerra, Valparaiso (Chile.)



PILDORAS DEHAUT

—Esta nueva combinación, fundada sobre principios no conocidos por los médicos antiguos, llena, con una precisión digna de atención, todas las condiciones del problema del medicamento purgante.

PASTA Y JARABE DE NAFÉ de DELANGRENIER

Los únicos pectorales aprobados por los profesores de la Facultad de Medicina de Francia y por 50 médicos de los Hospitales de París.

RACAHOIT DE LOS ARABES de DELANGRENIER

Único alimento aprobado por la Academia de Medicina de Francia. Restituye a las personas enfermas del Estómago ó de los Intestinos.

EXPRESO ISLA DE CUBA.

EL MAS ANTIGUO EN ESTA CAPITAL. Remite á la Península por los vapores-correos toda clase de efectos y se hace cargo de agenciar en la corte cualquier comision que se le confie.

EL UNIVERSAL.

PRECIOS DE SUSCRICION. Madrid, un mes. 8 reales. Provincias, un trimestre, directamente. 30 »

EL TARTUFO, COMEDIA EN TRES ACTOS.

Se vende en Madrid, en la librería de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

CATECISMO DE LA RELIGION NATURAL,

por D. JUAN ALONSO Y EGUILAZ,

REDACTOR DE «EL UNIVERSAL.»

Este folleto encierra en una forma clara, metódica y compendiosa, el resumen sustancial de los principios de la religion natural, es decir de la religion que á todos los hombres ilustrados y de sano criterio dicta su simple buen sentido.

VAPORES-CORREOS DE A. LOPEZ Y COMPANIA.

LINEA TRASATLANTICA.

Salida de Cádiz, los días 15 y 30 de cada mes, á la una de la tarde, para Puerto-Rico y la Habana.

TARIFA DE PASAJES.

Table with 3 columns: Primera cámara, Segunda cámara, Tercera ó entrapuente. Rows for Puerto-Rico, Habana, and Habana á Cádiz.

Camarotes reservados de primera cámara de solo dos literas, á Puerto-Rico, 170 pesas; á la Habana, 200 cada litera.

LINEA DEL MEDITERRANEO.

Salida de Barcelona los días 7 y 22 de cada mes á las diez de la mañana para Valencia, Alicante, Málaga y Cádiz, en combinación con los correos trasatlánticos.

TARIFA DE PASAJES.

Table with 5 columns: Barcelona, Valencia, Alicante, Málaga, Cádiz. Each column has 3 sub-columns (1.ª, 2.ª, Cubta) and 3 rows (Pesos, Pesos, Pesos).

CORRESPONSALES DE LA AMÉRICA EN ULTRAMAR Y DEMAS CONDICIONES DE LA SUSCRICION.

Large table listing correspondents for various regions: ISLA DE CUBA, FILIPINAS, CENTRO AMÉRICA, BOLIVIA, BRASIL, PARAGUAY, URUGUAY, GUYANA INGLESA, TRINIDAD, ESTADOS-UNIDOS, EXTRANJERO.

CONDICIONES DE LA PUBLICACION.

POLITICA, ADMINISTRACION, COMERCIO, ARTES, CIENCIAS, INDUSTRIA, LITERATURA, etc.—Este periódico, que se publica en Madrid los días 13 y 28 de cada mes, hace dos numerosas ediciones, una para España, Filipinas y el extranjero, y otra para nuestras Antillas, Santo Domingo, San Thomas, Jamaica y demás posesiones extranjeras.

La correspondencia se dirigirá á D. Víctor Balaguer. Se suscribe en Madrid: Librería de Durán, Carrera de San Gerónimo; Lopez, Carmen; Moya y Plaza, Carretas.—Provincias: en las principales librerías, ó por medio de libranzas de la Tesorería Central, Giro Mútuo, etc., ó sellos de Correos, en carta certificada.—Extranjero: Lisboa, librería de Campos, rua nova de Almada, 68.

Para los anuncios extranjeros, reclamos y comunicados, se entenderán exclusivamente en París con los señores Laborde y compañía, rue de Bondy, 42.

TENEDURIA DE LIBROS.

POR D. EMILIO GALLUR.

Nueva edicion refundida con notables aumentos en la teoría y en la práctica.

Obra recomendada por la Sociedad Económica de Amigos del pais de Alicante, y de grande aceptación por el comercio en España y América. Un tomo de 500 páginas próximamente, en 4.ª prolongado, que se vende á 20 reales en las principales librerías, y haciendo el pedido al autor en Alicante.



CORS CALLOS

Juanetes, Callosidades, Ojos de Pollo, Uñeros, etc., en 39 minutos se desembaraza uno de ellos con las LIMAS AMERICANAS de P. Mourihé, con privilegio s. g. d. g., proveedor de los ejércitos, aprobadas por diversas academias y por 15 gobiernos.

ENFERMEDADES DEL PECHO

CLOSORIS ANEMIA OPILACION

Alivio pronto y efectivo por medio de los Jarabes de hipofosfito de sosa, de cal y de hierro del Doctor Churchill. Precio 4 francos el frasco en París.

FLOWERS DE DEVON.—El perfume más delicioso para el toilette y la toilet, mas dulce, suave y duradero que ninguno otro. Este exquisito perfume es la destilación de las flores que solo nacen en el Condado de Devonshire, llamado el Jardin de Inglaterra por efecto de su belleza y fertilidad.

OBRAS DE TEXTO

POR SALVADOR Y AZNAR.

TENEDURIA DE LIBROS POR PARTIDA DOBLE.—Nueva edicion, aplicada á las contabilidades mercantiles, industriales, de la propiedad, la general del Estado y de las corporaciones, 12 reales. PRÁCTICAS DE CONTABILIDAD MERCANTIL ó problemas resueltos por el autor de una contabilidad completa, para su redacción en el Diario y Libro mayor, 8 reales. Librería Moya y Plaza, y principales de Madrid y provincias. El autor, que vive en Venecia, 5, principal, los envía por el correo á 15, rs., y 10 rs. en sellos ó libranzas.